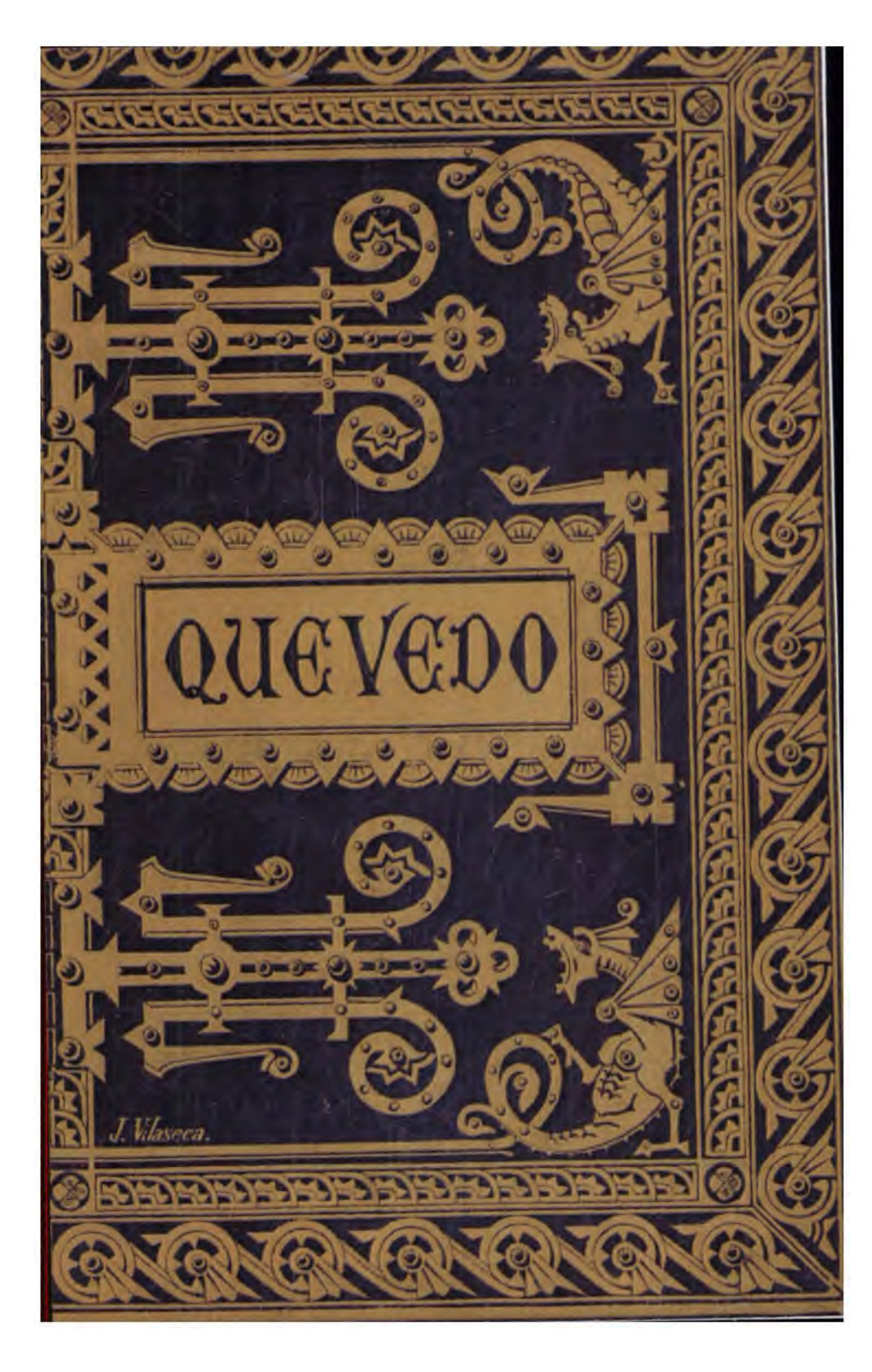
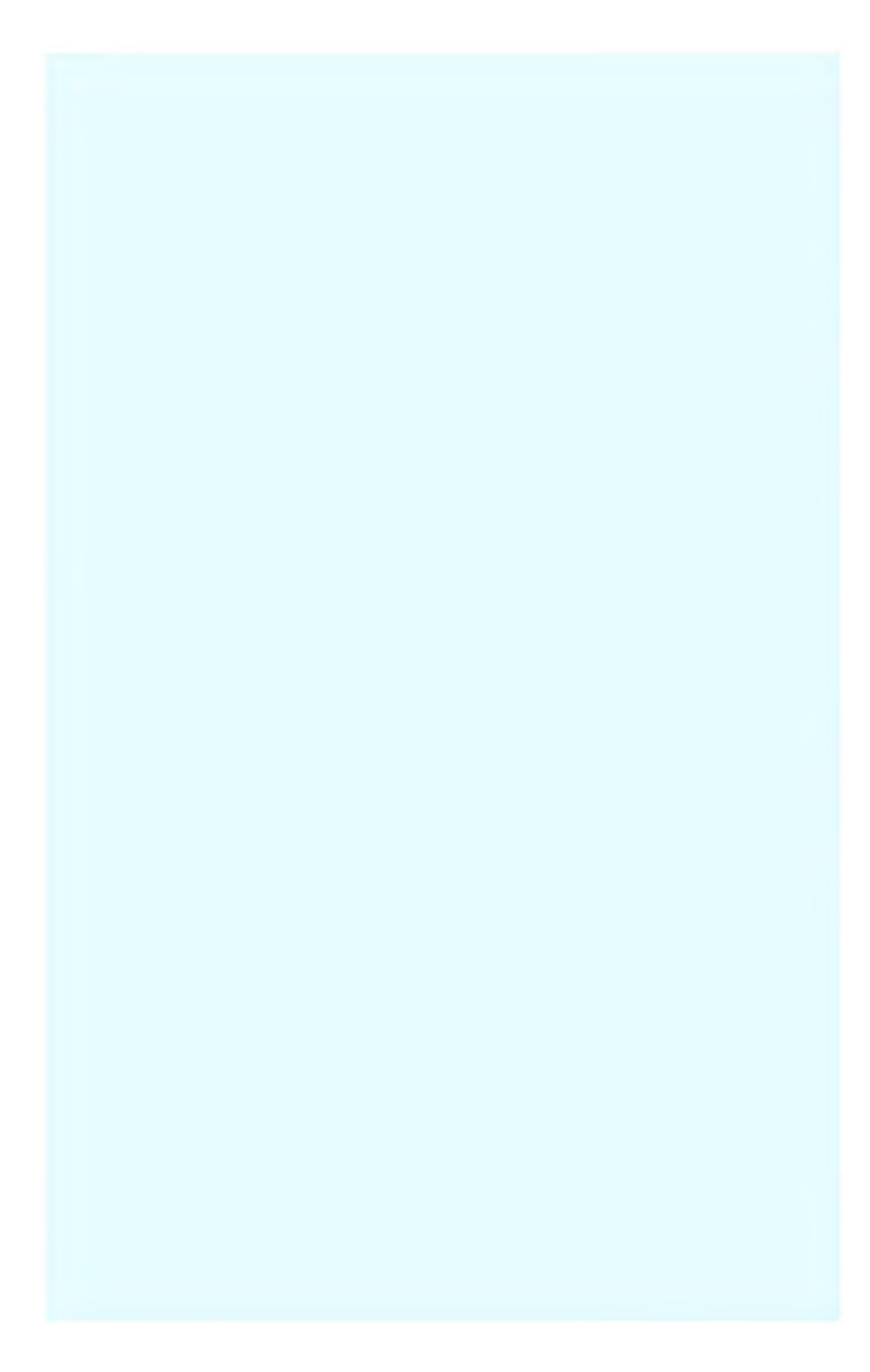
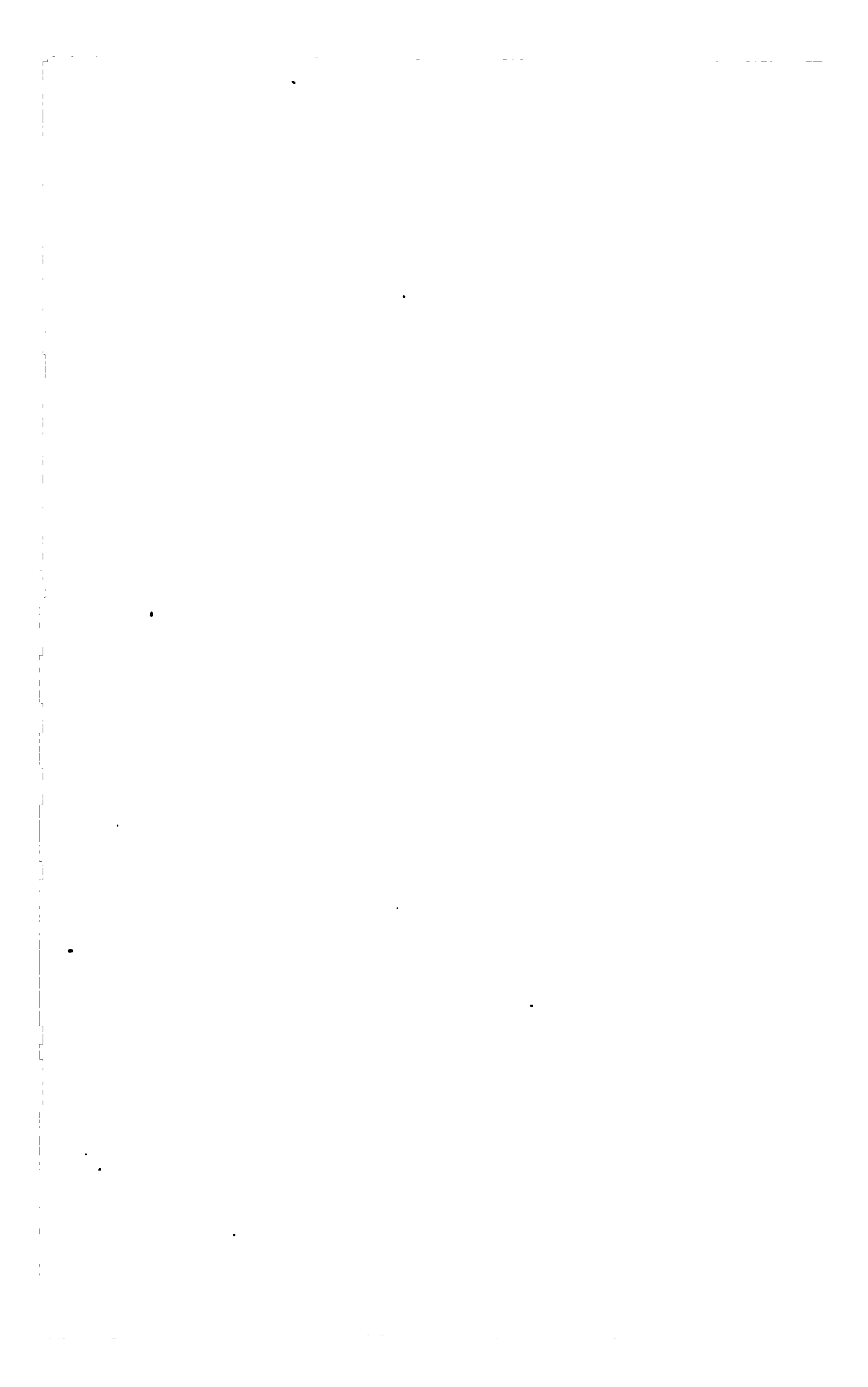

QUEVEDO
J. Vilaseca.







EL GRAN TACAÑO





D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

EL
GRAN TACAÑO

VISITA DE LOS CHISTES

CUENTO DE CUENTOS — CASA DE LOS LOCOS DE AMOR

LIBRO DE TODAS LAS COSAS Y OTRAS MUCHAS MÁS

PRAGMÁTICA DEL TIEMPO



BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA
DANIEL CORTEZO Y C.ª - *Ausias-March, 95*
1884



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

CAPITULO I

En que cuenta quién es y de dónde

Yo, señor, soy de Segovia: mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fué el tal, como todos dicen, de oficio barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa; y según él bebía, era cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lépido Ziuraconte.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja; aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendía de los del Triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los copleros de España hacían cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacía la barba á navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi

hermano, de siete años, les sacaba (muy á su salvo) los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque (según á mí me han dicho) después salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salían por verle á las ventanas; que siempre pareció bien mi padre, á pié y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ageno soy de ella. Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un día, alabándomela una vieja, que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban; sólo diz que le dijo no sé qué de un cabrón, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas y resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otras aljebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcahueta, y flux de los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para más atraerles las voluntades. No me detendré en decir la penitencia áspera que hacía. Tenía su aposento donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como chiquito podía), todo rodeado de calaveras, que ella decía eran para recuerdos y memorias de la muerte; y otros por vituperarla, decían, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado; y decíame á mí:

—¿Qué piensas? Con el recuerdo de esto aconsejo á los que bien quiero, que para que se libren de ellas vivan con la barba sobre el hombro; de suerte, que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren.

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre á quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno, ni á otro. Decíame mi padre:

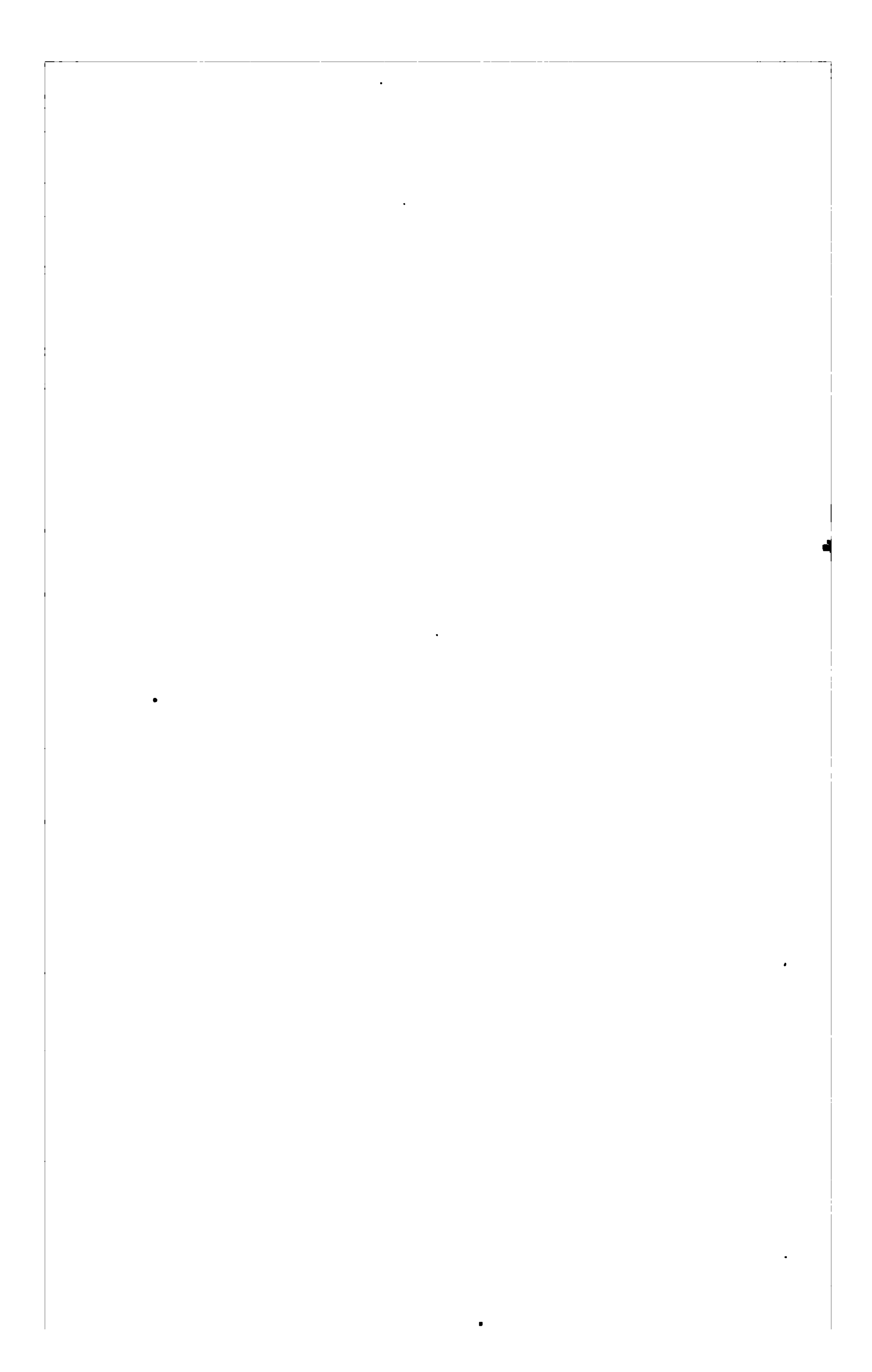
—Hijo, esto de ser ladrón, no es arte mecánica sino liberal.

Y de allí á un rato, habiendo suspirado, decía:

—De manos; quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habían bataneado las costillas), porque no querrían que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mis mocedades siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado caballero en el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé, sino cuando lo manda la Santa Madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio, he sustentado á tu madre lo más honradamente que he podido.

—¿Cómo me habéis sustentado?—dijo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á brujo).—Yo os he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes; y si no temiera que me habían de oir en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenía metidos en paz. Yo les dije que quería aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiesen á la escuela, pues sin leer, ni escribir, no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas; y mi padre fué á rapar á uno (así lo dijo él) no sé si la barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios, que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.



CAPITULO II

De como fuí á la escuela y lo que en ella me sucedio

A otrò día ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fuí, señor, á la escuela; recibióme muy alegre, diciendo que tenia cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, dí muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto á sí; ganaba la palmatoria los más dias por venir antes, y íbame el postrero por hacer algunos recaudos de la señora (que así llamábamos á la mujer del maestro). Tenialos á todos, con semejantes caricias, obligados. Favoreciéronme demasiado, y con esto creció la envidia entre los demás niños. Llegábame de todos á los hijos de caballeros, y particularmente á un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Íbame á su casa los dias de fiesta y acompañábale cada día. Los otros, ó porque no les hablaba, ó porque les parecia demasiado punto el mio, siempre andaban poniéndome nombres, tocante al oficio de mis padres. Unos me llamaban don Navaja; otros me llamaban don Ventosa. Cuál decía (por disculpar la envidia) que me quería mal, porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas, de noche. Otro decia que á mi padre

le habían llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decían: Zape, cuando pasaba, y otros: Miz. Cuál decía: Yo le tiré dos berengenas á su madre, cuando fué obispa. Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corría, disimulábalo y todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió á decirme á voces:

—Hijo de una tal y hechicera; lo cual, como lo dijo tan claro (que aún si lo dijera turbio, no me pesara), agarré una piedra y descalabréle. Fuíme á mi madre corriendo que me escondiese, y contéla todo el caso; á lo cual me dijo:

—Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.

Cuando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos), volvíme á ella y dije:

—¡Ah, madre! pésame sólo de que algunos de los que allí se hallaron, me dijeron no tenía que ofenderme por ello; y no les pregunté si era por la poca edad del que lo había dicho.

Roguéla que me declarase si pudiera haberle desmentido con verdad; y que me dijese si me había concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo:

—¡Ah! noramala; ¿eso sabes decir? no serás bobo; gracias tienes; muy bien hiciste en quebrarle la cabeza; que estas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.

Yo con esto quedé como muerto, determinando de coger lo que pudiese en breves días y salirme de casa de mi padre; tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvióme á la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido. En todo esto siempre me visitaba el hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente; que yo troca-

ba con él los peones, si eran mejores los míos. Dábale de lo que almorzaba, y no le pedía de lo que él comía; comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más dias los padres del caballero, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me dejasen con él á comer, cenar, y aun dormir los más días. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de consejero, que el don Dieguito me dijo:

—¡Hola! llámale Poncio Pilato, y da á correr.

Yo, por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí, con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme, huyendo, en casa del maestro. Entró el hombre dando gritos tras mí; y defendiéndome el maestro, asegurando que no me matase, prometiéndole de castigarme; y así luégo, aunque la señora le rogó por mí (movida de lo que la servía) no aprovechó, y mandándome desatacar y azotándome, decía tras de cada azote:

—¿Diréis más Poncio Pilato?

Yo respondía:

—No señor; y respondílo dos veces á otros tantos azotes que me dió.

Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones á los otros, llegando al Credo (advierta vuesa merced la inocente malicia) al tiempo de decir: Padeció so el poder de Poncio Pilato, acordándome que no había de decir más Pilato, dije:

—Padeció so el poder de Poncio de Aguirre.

Dióle al maestro tanta risa de oir mi simplicidad y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese; con esto fuí muy con-

tento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las Carnestolendas; y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese Rey de gallos. Echamos suertes entre doce, señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el día, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo de camello, y más largo: la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía á cargo en el ganarle la ración. Yendo, pues, en él dando vueltas á un lado y á otro, como fariseo en paso, y los demás niños todos aderezados tras mí, pasamos por la plaza (aún de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verduleras (Dios nos libre) agarró mi caballo un repollo á una; y ni fué visto ni oído, cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gaznate, llegó en breve tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó á dar voces. Llegáronse otras, y con ellas pícaros, y alzando zanahorias garrafales, nabos frisones, berengenas y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal y que no se había de hacer á caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo á empinarse, cayó conmigo (hablando con perdón) en una privada... Púseme cual Vmd. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras y daban tras las verduleras, y descalabraron dos. Yo á todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió á berceras y muchachos, mirando á todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunas dagas de las que traían por gala, y otras espadas pequeñas. Llegó á mí, y viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metídolas en una casa á secar con la capa y sombrero, pidióme, como digo, las armas, al cual respondí todo sucio, que si no eran ofen-

sivas contra las narices, que yo no tenía otras. Y de paso quiero confesar á vuesa merced que, cuando me empezaron á tirar las berengenas, nabos, etc., como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habían tenido por mi madre, y que la tiraban, como habían hecho otras veces; y así, como necio y muchacho, empecé á decir:

—Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza Saturno de Rebollo, mi madre; como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme á la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme; tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos leguas de rocín esprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos; y viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuíme á ver á mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, á sus padres resueltos, por ello, de no le enviar más á la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó á tirar dos coces, y de puro flaco se le desgajaron las ancas y quedó en el lodo, bien cerca de acabar. Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determiné de no volver más á la escuela, ni á casa de mis padres, sino quedarme á servir á don Diego, ó por mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa que ya no había menester ir más á la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero, lo que se requería era escribir mal; y así desde luégo renunciaba la escuela, por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia, no les vería.



CAPITULO III

De cómo fuí á un pupilaje por criado de D. Diego Coronel

DETERMINÓ, pues, don Alonso de poner á su hijo en pupilaje; lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrarse de cuidados. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice: ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas bubas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecía que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gaznate largo como

avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor ó compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy despacio; si se descomponía sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla ética: la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño con fondos de caspa.

La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños; parecía con los cabellos largos, la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. ¿Pues su aposento? aun arañas no había en él; conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin era archipobre y protomiseria. Á poder, pues, de éste vine, y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer; estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer, fuímos allá; comían los amos primero y servíamos los criados. El refectorio era un aposento como un medio celemín; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros: yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi pregunté cómo no los había á un criado antiguo, el cual de flaco estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo:

—¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.

Yo con esto me comencé á afligir, y más me asustó cuando advertí que todos los que antes vivían en el pupilaje estaban como lesnas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra, y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso más que en la fuente; noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo, que estaba en el suelo.

Decía Cabra, á cada sorbo:

—Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.

Acabando de decirlo, echóse su escudilla á pechos, diciendo:

—Todo esto es salud y otro tanto ingenio.

—¡Mal ingenio te acabe!—decía yo, cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro:

—¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale; coman, que me huelgo de verlos comer.

Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía:

—Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.

Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezan de hambre. Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos sobre la mesa y en el plato unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero:

—Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo.

—¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado,—decía yo,—que tal amenaza has hecho á mis tripas!

Echó la bendición y dijo:

—Ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.

Entonces yo no pude tener la risa abriendo toda la boca.

Enojóse mucho, y dijome que aprendiese modestia y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuése. Sentámonos nosotros, y yo que ví el negocio mal parado y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato como arremetieron todos y envoquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir; entró Cabra al ruido, diciendo:

—Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.

Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico á vuesa merced que había uno de ellos que se llamaba Surre, vizcaino, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces á los ojos y de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacían), y diéronme un vaso con agua, y no le hube bien llegado á la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con gran dolor de mi ánima viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas y no hacían la razón. Dióme gana de descomer (aunque no había comido) digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y dijome:

—No lo sé; en esta casa no las hay; para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, donde quiera podéis; que aquí estoy dos meses há y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como vos ahora, de lo que cené en mi casa la noche antes.

¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuer-

po, no osé (aunque tenía gana) de echar nada de él. Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego, que qué haría él para persuadir á las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vaguidos en aquella casa como en otra ahítos. Llegó la hora de cenar; pasóse la merienda en blanco; cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire vuesa merced si inventara el diablo tal cosa. Decía:

—Es muy saludable y provechoso el cenar poco para tener el estómago desocupado;—y citaba una retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que ahorraba un hombre de sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa, sino que comían. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir, él trazando de quejarse á su padre y pedir que le sacase de allí, yo aconsejándole que lo hiciese; y últimamente le dije:

—Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron y que somos ánimas que estamos en el Purgatorio; y así es por demás decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado. Entre estas pláticas y un poco que dormimos, se llegó la hora de levantar; dieron las seis y llamó Cabra á lección; fuímos y oímosla todos. Ya mis espaldas y hijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar á otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas amarillos (vestidos de desesperación). Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de dos razones comiéndolas; y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa, recién venido, dos frisones, y que á dos días salieron caballos ligeros que volaban por

los aires; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una Cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los piés, otros las manos y otros todo el cuerpo en el portal de su casa (esto por muy gran rato), y mucha gente venía á solo aquello de fuera; y preguntando un día ¿qué sería? porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió: que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que en metiéndoles en aquella casa, morían de hambre; de manera que no comían de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo; dígolo, porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo á la leccion, dióla y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado; sólo añadió á la comida tocino en la olla por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera; y así tenía una caja de hierro toda agujereada como salvadera; abríala y metía un pedazo de tocino en ella que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla para que la diese algún zumo por los agujeros y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho, y dió en asomar el tocino en la olla. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscamos para no levantarnos de mañana; y así trazábamos de decir que teníamos algún mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo; dijimos al fin que nos dolían las tripas y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscaría remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una receta que había heredado de su padre que fué boticario. Supo el mal y aderezó una melecina, y llamando una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego, el

desventurado atajóse, y la vieja en vez de echársela dentro, disparóla por entre la camisa y espinazo, y dióle con ella en el cogote y vino á servir por defuera guarnición la que dentro habia de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos: vino Cabra, y viéndolo dijo que me echasen á mí la otra, que luégo tornaria á don Diego. Yo me vestia, pero valióme poco, porque teniéndome Cabra y otros me la echó la vieja, á la cual de retorno di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo y dijo que él me echaria de su casa, que bien se echaba de ver que era todo bellaqueria; mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos á don Alonso, y el de Cabra le hacia creer que lo haciamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama para que guisase y sirviese á los pupilos, y despidió al criado porque le halló el viernes de mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe; era tan sorda que no oía nada; entendía por señas, ciega y tan gran rezadera que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trajo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decian: ¿garbanzos negros? sin duda son de Etiopia. Otros decían: ¿garbanzos con luto? ¿quién se les habrá muerto? Mi amo fué el que se encajó una cuenta y al mascarla se quebró un diente. Los viernes nos solia enviar unos huevos á fuerza de pelos y canas suyas que podían pretender corregimiento ó abogacía. Pues meter badil por cucharón, enviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba, en la olla, y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasamos este trabajo hasta la Cuaresma que vino; y á la entrada de ella estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar al médico hasta que ya él pedía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que el hambre le había ganado por la mano en matar á aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió (que había un día que no hablaba) dijo:

—Señor mio Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.

Imprimiéronseme estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo; enterrámosle muy pobremente por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oidos de don Alonso Coronel, y como no tenía otro hijo, desengañóse de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Mandónos llevar en dos sillas á casa; despedímonos de los compañeros que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPITULO IV

De la convalecencia é ida á estudiar á Alcalá de Henares

ENTRÁMOS en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos del hambre. Trajeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara; y á mí, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorros el polvo de las bocas como retablos, y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada, y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacia novedad. Mandaron los doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzaron á volver y cobrar algún aliento; pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así se dió orden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro dias, y

aún pareciamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la cautividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus crueles manos. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Soliamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decía males de la gula (no habiéndola él conocido en toda su vida); y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de no matarás, metía perdices y capones y todas las cosas que no quería darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecía que tenía por pecado no sólo el matarla, sino el criarla, según recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de enviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de gramática. Díjome á mí si quería ir; y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo como vería. Y con esto dióle un criado para mayordomo, que le gobernase la casa, y le tuviese cuenta del dinero del gasto que nos daba, remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje: era media camita y otra de cordeles con ruedas, para meterla debajo de otra mía y del mayordomo, que se llamaba Aranda: cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche; salimos á la tardecita, antes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros; el ventero era morisco y ladrón, y en mi vida ví perro y gato juntos con la paz de aquel día: hizonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (que ya habían llegado también con el hato antes, porque nosotros veníamos despacio), pegóse al

coche, dióme á mi la mano para salir del estribo, y díjome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro donde estaban dos rufianes con unas mujercillas y un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregones de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en venta y muchacho, dijo:

—Señor huésped, déme de lo que hubiere para mí y dos criados.

—Todos lo somos de vuesa merced, — dijeron al punto los rufianes,—y le hemos de servir. Hola, huésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la despensa.

Y diciendo esto, llegóse uno y quitóle la capa, diciendo:

—Descanse vuesa merced, mi señor.

Y púsola en un poyo.

Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la ventana.

Dijo una de las ninfas:

—¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es vuesa merced su criado?

Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando uno de los estudiantes se llegó á él medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

—¡Oh mi señor don Diego, quién me dijera á mí ahora diez años que había de ver á vuesa merced de esa manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá vuesa merced!

Él se quedó admirado y yo también, que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo:

—¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontrarle y conocerle, según está de grande! Dios le guarde.

Y empezó á santiguarse. (¿Quién no creyera que se ha-

bían criado con nosotros?) Don Diego se le ofreció mucho; y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo:

—Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfría.

Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trajo un plato. Los estudiantes dijeron:

—Cene vuesa merced, que entretanto que á nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa.

—¡Jesús! —dijo don Diego— vuesas mercedes se sienten, si son servidos.

Y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos):

—Luégo, mi señor, que aún no está todo á punto.

Yo cuando ví á los unos convidados y á los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo, dijeron:

—No es esa razón que donde está un caballero tan principal, se queden estas damas por comer. Mande vuesa merced que alcancen un bocado.

Él, haciendo del galán, convidólas; sentáronse y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron en cuatro bocados sino un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante, le dijo:

—Un abuelo tuvo vuesa merced, tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba: ¡qué hombre era tan cabal!

Y diciendo esto, se puso un panecillo y el otro otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron:

—Pues padre, ¿ahí se está? llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced á todos.

No bien se lo dijeron, cuando se sentó; y cuando vió mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes:

—No cene mucho, señor, que le hará mal.

Y replicaba el maldito estudiante:

—Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá.

Yo y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en el corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el rufián y dijo:

—¡Oh pecador de mí! no habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vuesas mercedes. Há, seor huésped, déles todo lo que hubiere; ve aquí un doblón.

Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar) y dijo:

—Aunque vuesa merced me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía: ¿conoce por dicha á mi señor primo? Él dará á sus criados, y aun á los nuestros, si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros. No se enoje vuesa merced, que no le conocía.

Maldiciones le eché cuando vi tan gran disimulación, que no pensé acabar. Levantaron las mesas, y todos dijeron á don Diego que se acostase; él quería pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando, y preguntóle su nombre al estudiante, y le dijo que se llamaba don Carlos Coronel. En malos infiernos arda el embustero, en donde quiera que esté. Vió que dormía el avariento, y dijo:

—¿Vuesa merced quiere reir? Pues hagamos alguna burla á este viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo.

Los rufianes dijeron:

—Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón.

Con esto se llegó, y sacó al pobre viejo, que dormía, debajo de los piés unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas había, y en su lugar puso piedras, palos, y lo que halló; luégo se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones; cerró la caja, y dijo:

—Pues aún no basta, que bota tiene.

Sacóle el vino, y defundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa, y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora ó media que quedaba, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gabán echó una gran piedra, y fuése á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavía dormía; llamáronle, y al levantarse no podía levantar la capilla del gabán; miró lo que era, y el ventero adrede le riñó, diciendo:

—Cuerpo de Dios: ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece á vuesas mercedes si yo no le hubiera visto? Cosa que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.

Juraba y perjuraba, diciendo que él no había metido tal en la capilla. Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Léganos la suma. Decían los estudiantes:

—¡Cómo hemos de servir á vuesa merced en Alcalá!

Quedamos ajustados en el gasto; almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas, y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas á escuras debajo del gabán, y agarrando un yesón untado, echóselo en la boca y fué á hincarle una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y hacer gestos de asco y de dolor. Llegamos todos á él, y el cura el primero, diciéndole que qué tenía. Comenzóse á ofrecer

á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo:

—Arredro vayas, Satán: cata la cruz.

Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era y pidió le dejasen enjuagar la boca con un poco de vino que él traía en la bota. Dejáronle, y sacándola abrióla; y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo; pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien de callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche; y aún no bien había comenzado á caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decía:

—Señor nuevo, á pocas estrenas como ésta, envejecerá.

El cura decía:

—Sacerdote soy, allá se lo diré de misas.

Y el estudiante maldito voceaba:

—Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma y no después.

El otro decía:

—Sarna dé á vuesa merced, señor don Diego.

Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos. Con estas y otras cosas llegamos á la villa; apeámonos en un mesón, y en todo el día (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.



CAPITULO V

De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo

Antes que anocheciese salimos del mesón á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera de la puerta de Santiago, patio de Estudiantes, donde había muchos juntos, aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía, ó sobre falso. Moriscos los llaman en el pueblo, que aún hay muy grande cosecha de esta gente y de la que tiene sobradas narices, y sólo les faltan para oler tocino; digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera cura y le pidiera la cédula de confesión; no sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo de ellos, que no es mucho tenga mala condición quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodamos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche. Amaneció, y helos aquí en camisa á todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían. Y yo entretanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre

dos colchones, y sólo tenía la cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y cantando comenzaron una gritería del diablo, diciendo:

—Viva el compañero, y sea admitido á nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos.

Y con esto (¡mire vuesa merced qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. Á mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general; pero yo, que había de entrar en otro diferente y fuí solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pié, cuando me encararon y empezaron á decir:

—Nuevo.

Yo, por disimular, dí en reir, como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose á mí ocho ó nueve, comenzaron á reirse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo:

—Por resucitar está este Lázaro, según hiede.

Y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos y dije:

—Vuesas mercedes tienen razón, que huele muy mal.

Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma; y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, ví que se aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo:

—Esto hago.

Yo entonces que me ví perdido, dije:

—Juro á Dios que me la...

Iba á decirlo; pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de piés á cabeza; pero un bellaco, viéndome cu-

bierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera:

—Basta, no le matéis.

Yo, que según me trataban, creí de ellos que lo harían, me destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me clavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita, que me aturdieron; y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas, aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras de esto darme de pescozones; pero no había dónde, sin llevarse en las manos la mitad de aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme; iba hecho aljofaina de viejo á pura saliva; fuíme á casa, que apenas acerté á entrar en ella; y fué ventura ser de mañana, porque sólo topé dos ó tres muchachos (que debían ser bien inclinados), porque no me tiraron más de cuatro ó seis trapazos y luégo se fueron. Entré en casa, y el morisco, que me vió, comenzó á irse y hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije:

—Tened, huésped, que no soy Ecce-Homo.

Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio baldado subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato; al fin le quité y me eché en la cama y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa ventura, enojóse y comenzóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos más me despierta calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo:

—¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida.

Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije:

—Bien me anima vuesa merced en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo, que han servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamás en paso

de Semana Santa; y con esto empecé á llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí, y dijo:

—Pablo, abre el ojo, que asan carne; mira por ti, que aquí no tienes otro padre, ni madre.

Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí; y con esto á la noche después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar, diciendo:

—No se hiciera entre luteranos. ¡Hay tal maldad!

Otro decía:

—El rector tiene la culpa en no poner remedio: ¿conocerá los que eran?

Yo respondí que no, y agradecíles la merced que mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía estaba con mi padre y mis hermanos. Debían de ser las doce, cuando el uno de ellos me despertó á puros gritos, diciendo:

—¡Ay que me matan! ¡ladrones!

Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo; yo levanté la cabeza y dije:

—¿Qué es eso?

Y apenas me descubrí cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quíseme levantar, quejábase el otro también y dábame á mí solo...

Yo comencé á decir:

—¡Justicia de Dios!—pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio, sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los otros que dormían empezaron á dar gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entretanto aquel maldito que estaba junto á mí, pasó á mi cama, y proveyó en ella, y cubrióla; y pasándose á la suya cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, diciendo:

—Es gran bellaquería, y no ha de pasar así.

Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba y subíme á mi cama. Preguntado si acaso les habían hecho mal, todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté me hallé sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no había diablos que me moviesen de un lado; estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y muy disimulados á preguntarme cómo estaba, y yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podía haber sido; y ellos decían:

—Á fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá; pero dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho.

Y diciendo esto, fueron á levantar la ropa, con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo:

—¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho ¿y estás en la cama? Levántate enhoramala.

Los otros por asegurarme, contaron á don Diego el caso

todo y pidiéronle que me dejase dormir; y decía uno:

—Si vuesa merced no lo cree, levante conmigo.

Y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida de los dientes para no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno:

—¡Cuerpo de tal y cómo hiede!

Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad, y luégo tras él comenzaron todos á mirar si había en el aposento algún servicio: decían que no podía estar allí. Dijo uno:

—Pues es muy bueno eso para haber de estudiar.

Miraron las camas y quitáronlas para ver debajo, y dijeron:

—Sin duda debajo de la de Pablos hay algo: pasémosle á alguna de las nuestras y miremos debajo de ella.

Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón: agarréme á los palos é hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo diciendo:

—¡Gran lástima!

Don Diego me tomó el dedo del corazón, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento.

—Pobre de él—decían los grandísimos bellacos; y yo hacía el desmayado.—Tírele vuesa merced mucho de ese dedo del corazón; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían:

—El pobrecito ahora sin duda se ensució cuando le dió el mal.

¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí! Lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro que me diesen garrote. Al fin, de miedo que me lo diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos) hice que había vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo:

—¡Jesús, y qué flojo sois!

Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede:

—Más va en vuestra salud, que en haberos ensuciado; callad.

Y con esto me pusieron en la cama, después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía á solas sino considerar cómo casi era más lo que había pasado en Alcalá en un día, que todo lo que me sucedió con Cabra. Á medio día me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapo, y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana, y después juntándonos todos á parlar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta, y dije entre mí:

—Avisón, Pablos, alerta.

Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.



CAPITULO VI

De las crueldades del ama y travesuras que yo hice

HAZ como vieres, dice el refrán, y dice bien; de puro considerar en él vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más si pudiese que todos. No sé si salí con ello; pero aseguro á vuesa merced hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa y á los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que ví en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados y oílos gruñir, y dije á uno:

—Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa.

Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá, diciendo que era gran bellaquería y atrevimiento venir á gruñir á casas agenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luégo los acogotamos; y porque no se oyese el ruido que hacían todos á la par, dábamos grandísimos gritos, como que cantábamos, y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte, que cuan-

do vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino era los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad por no detenernos les habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podían valer) á volver por mí. Preguntábame don Diego qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia; á lo cual respondí yo: que me llamaría hambre, que es el sagrado de los estudiantes; y si no me valiese, diría: como se entraron sin llamar á la puerta como en su casa, entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego:

—Á fe, Pablos, que os hacéis á las armas.

Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso y á mí tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabía el alma de contento porque éramos los dos al mohino; habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de más á menos; y la vez que podía echar cabra ú oveja, no echaba carnero, y si había huesos, no entraba cosa magra; y así hacía unas ollas tísicas de puro flacas, unos caldos que á estar cuajados se podían hacer sartas de cristal de las Pascuas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar unos cabos de velas de sebo. Ella decía (cuando yo estaba delante) á mi amo:

—Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvele vuesa merced, que bien se le puede sufrir el ser travieso, por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.

Yo por el consiguiente decía de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón ó tocino, escondíamos la mitad; y cuando nos parecía, decíamos el ama y yo:

—Modérense vuesas mercedes en el gasto, que en verdad si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbón, pues tal priesa se han dado; mande vuesa merced comprar más; á fe que se ha de lucir de otra manera; dénle dineros á Pablicos.

Dábanmelos y vendíamosles la mitad sisada, y de lo que comprábamos la otra mitad, y esto era en todo. Y si alguna vez compraba algo en la plaza por lo que valía, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía, como enojada:

—No me digas á mí, Pablicos, que estos son dos cuartos de ensalada.

Yo hacía que lloraba, daba muchas voces, íbame á quejar á mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos en mí á las obras y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego muy satisfecho de mí:

—Así fuese Pablicos aplicado á virtud, como es de fiar.

Tuvímoslos de esta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que vuesa merced se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no obligaba á restitución, porque el ama confesaba de ocho á ocho días, y nunca le ví rastro, ni imaginación de volver nada, ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar una haz de leña acuestas. De él colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decía que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el «Justo juez» y acababa con el «conquibules» (que ella decía) y en la «salve rehila.» Decía las oraciones en latín adrede por fingirse inocente, de suerte quė nos despedazábamos de risa

todos. Tenia otras habilidades: era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia curar de lamparones. Pensará vuesa merced que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una; tenía doce ó trece pollos grandecitos; y un día estando dándoles de comer, comenzó á decir «pío, pío,» y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comenzé á dar voces, y dije:

—¡Oh cuerpo de tal, ama! ¡no hubiérades muerto un hombre ó hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir! ¡Mal aventurado de mí y de vos!

Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto, y dijo:

—Pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.

—¿Cómo burlas? ¡pesia tal! yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisición, porque sino estaré descomulgado.

—¿Inquisición?—dijo ella, y empezó á temblar;—¿pues yo he hecho algo contra la fe?

—Eso es lo peor,—decía yo,—no os burléis con los inquisidores: decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato.

Ella, con el miedo, dijo:

—Pues, Pablos, ¿si me desdigo, castigaránme?

Respondíle:

—No, porque sólo os absolverán.

—Pues yo me desdigo,—dijo;—pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertís en qué? No sé cómo me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os

acordáis que dijisteis á los pollos «pío, pío,» y es Pío nombre de los Papas, vicarios de Dios, y cabezas de la Iglesia? ¡Papaos ese pecadillo!

Ella quedó como muerta, y dijo:

—Pablos, yo lo dije; pero no me perdone Dios si fué con malicia; yo me desdigo; mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición.

—Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo.

Ella muy contenta dijo:

—Pues llévatelos, Pablos, ahora, que mañana juraré.

Yo, por más asegurarla, dije:

—Lo peor es, Cipriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entretanto me podrá hacer vejación; llevadlos vos, que yo pardiez que temo.

—Pablos, —decía cuando me oyó esto, —por amor de Dios que te duelas de mí y los lleves, que á ti no te puede suceder nada.

Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que quería) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera y volví diciendo:

—Mejor se ha hecho, que yo pensaba; quería el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer; pero lindamente le he engañado y negociado.

Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él á donde había dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena,

que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me ví mal con el ama y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y dí en lo que llaman los estudiantes: correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve (que ya andaba poca gente) por la calle Mayor, ví una confitería y en ella un cofín de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, dí á correr, y el confitero dió tras mi y otros criados y vecinos. Yo, como ya iba cargado, y ví que aunque les llevaba ventaja me habían de alcanzar, al volver una esquina sentéme sobre él, envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir, con la pierna en la mano:

—¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado.

Oyéronme eso, y llegando, empecé á decir:

—Por tan alta señora y lo ordinario de la «hora menguada» y «aire corrupto».

Ellos se venían desgañifando, y dijéronme:

—¿Va por ahí un hombre, hermano?

—Ahí adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor.

Arrancaron con esto y fuéronse; quedé solo, llevéme el cofín á casa, conté la burla y no quisieron creer que había sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero, por lo que le sucedió al otro de las pasas, alerta. Vine, pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije:

—¡Muera!—y tiré una estocada por delante el confitero; dejóse caer pidiendo confesión, y yo dí la estocada en una caja y la pasé, y saqué en la espada y me fuí con ella.

Admiráronse de ver la traza, muriéndose de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le había heri-

do, y que era un hombre con quien había tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban alrededor, echó de ver la burla y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar, en nombre rebozado. Yo, como era muchacho y veía que me halagaban el ingenio con que salía de estas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada día traía la pretina de jarras de monjas que las pedía para beber y me venía con ellas, é introduje que no diesen nada sin prenda primero; y así prometí á don Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál había de ser, y fuímos juntos y yo delante; y al columbrar la justicia, me llegué con otros de los criados de casa muy alborotado, y dije:

—¿Justicia?

Respondieron:

—Sí.

—¿Es el corregidor?

Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas, y dije:

—Señor, en sus manos de vuesa merced está mi remedio y venganza, y mucho provecho de la república; mande vuesa merced oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prisión.

Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y díjele:

—Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres, los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mío por robarlos, y le está probado esto; vienen acompañando, según les he oído decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les he oído, que es (y bajando más la voz dije) de Antonio Pérez.

Con esto el corregidor dió un salto hacia arriba, y dijo:

—¿Adónde están?

—Señor, en la casa pública; no se detenga vuesa merced, que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones, y el rey.

Decía:

—¡Jesús! no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela.

Yo le dije, tornándole á apartar:

—Señor, perderse ha, si vuesa merced hace eso; antes importa que todos entren sin espadas y uno á uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos.

Cuadróle al corregidor la traza, con la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor advertido mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo, que está frente casi de la casa; pusiéronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hízolo así; y al entrar todos, quedéme atrás el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, dí cantonada y envoquéme por una callejuela que va á dar á la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros, que todo es uno, comenzaron á buscarme, y no me hallando sospecharon lo que fué; yendo á buscar sus espadas, no hallaron media.

¿Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios, reconociendo las camas. Llegaron á casa; y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador, con una vela en la mano y un Cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir, y los demás rezando las letanías. Llegó el rector y la justicia, y viendo el espectáculo se salieron, no persuadiéndose que

allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con esto se fueron desesperados de no hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá; y por no ser largo, dejo de contar cómo hacían mote la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fuí Rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros y apenas me dejaban servir á don Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenía.

---*---

CAPITULO VII

De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolución que tomé en mis cosas para adelante

En este tiempo, vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío, llamado Alonso Ramplón, hombre allegado á toda virtud y muy conocido en Segovia, por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuatro años á esta parte, han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero una águila en el oficio. Vérsele hacer, daba gana de dejarse ahorcar. Éste, pues, me escribió una carta á Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

CARTA.

«Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenía, me llamaba así): las ocupaciones grandes de esta plaza, en que me tiene ocupado S. M., no me han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días há, con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo, como quien le guindó. Subió en

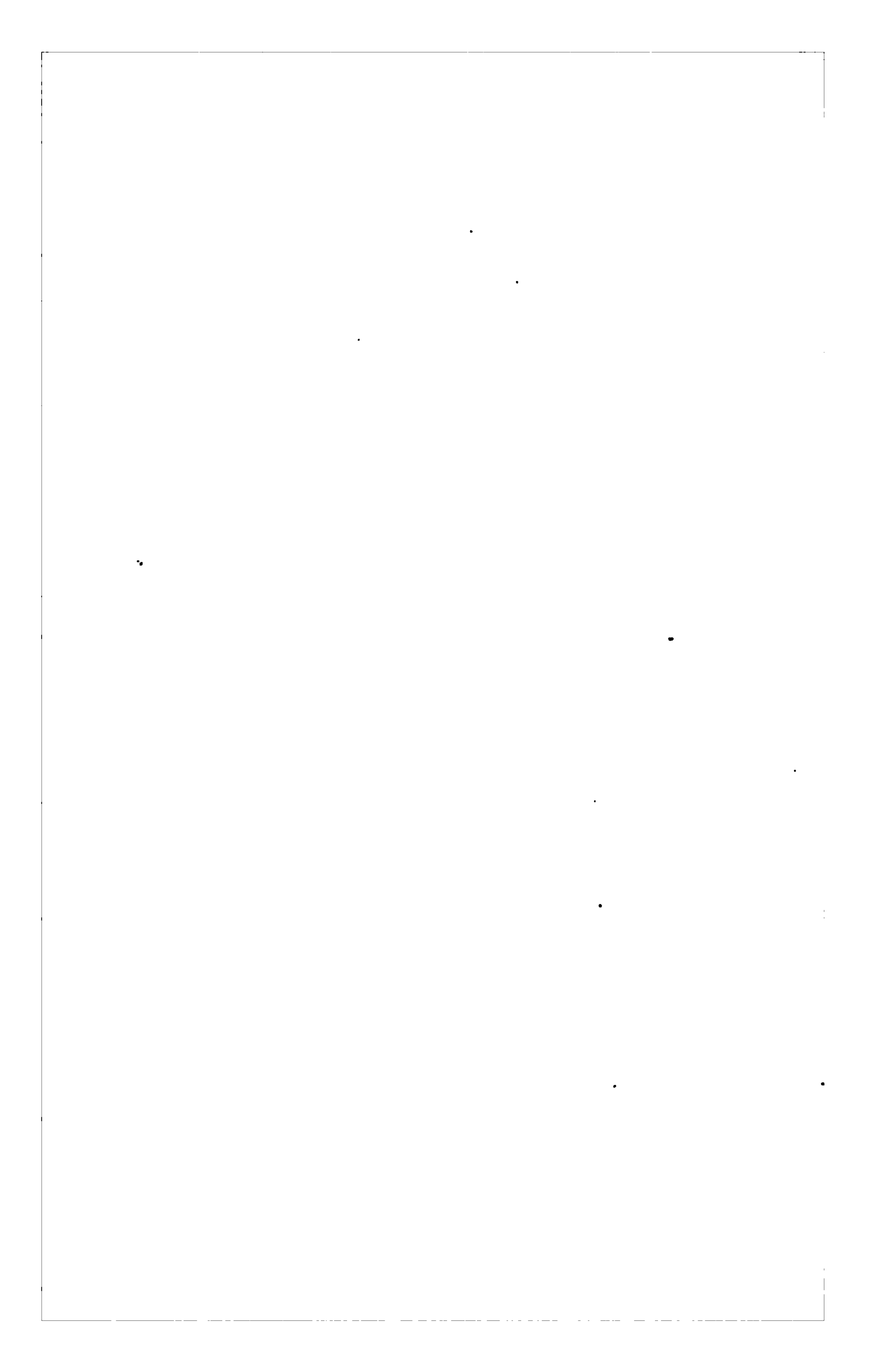
el asno, sin poner pié en el estribo; veníale el sayo baquero, que parecía haberse hecho para él; y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los Cristos delante, que no le juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado, mirando á las ventanas y haciendo cortesías á los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, é íbales alabando lo que decían bueno. Llegó á la de palo, puso un pié en la escalera, no subió á gatas, ni de espacio; y viendo un escalón hendido, volvióse á la justicia, y dijo que mandase aderezar aquel para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la soga y púsola en la nuez; y viendo que el teatino lo quería predicar, vuelto á él, le dijo: «Padre, yo lo doy predicado, y vaya un poco de Credo; acabemos presto, que no querría parecer prolijo»; hízose así; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las babas; yo lo hice así; cayó sin encoger las piernas, ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no había más que pedir; hícele cuartos y díle por sepultura los caminos. Dios sabe lo que á mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros de esta tierra nos consolarán, acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo, que está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos, sin ser murmuradora. Dícese que daba paz cada noche á un cabrón, en el ojo que no tenía niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas, que en una capilla de milagros; y lo menos que hacía, era contrahacer doncellas. Dicen que representaba en auto, el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte; pésame, que nos deshonra á todos, y á mí principalmente, que al fin soy ministro del rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda, escondida, de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados; vuestro

tío soy, lo que tengo ha de ser para vos. Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica, seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luégo; y entretanto Dios os guarde. Segovia, etc.»

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta; pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuíme corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome cómo se determinaba ir y todo lo que le mandaba su padre; que á él le pesaba de dejarme; y á mí más. Díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo, para que le sirviese. Yo, en esto, riéndome le dije:

—Señor, yo soy otro y otros mis pensamientos; más alto picó, y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo á mi padre.

Declaréle cómo había muerto tan honradamente, como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda; y cómo me había escrito mi señor tío el verdugo de esto, de la prisioncilla de mamá, que á él, como quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro día él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa, disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso, no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia, con intención de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes para huir de ellos.



CAPITULO VIII

Del camino de Alcalá para Segovia y lo que me sucedió en él hasta Rejas donde dormí aquella noche

LLEGÓ el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía de secreto para el camino, y con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde no tenía que sacar más de mi sombrero. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por el arrendamiento de la casa? Uno decía: «Siempre me lo dijo el corazón.» Otro: «Bien me lo decían á mí, que éste era un gran embustero y trampista.» Al fin, yo salí tan bien quisto del pueblo, que dejé con mi ausencia á la mitad de él llorando, y á la otra mitad riéndose de los que lloraban. Íbame entreteniendo por el camino, considerando en estas, cuando pasado Torote encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran priesa, y tan embebecido, que aun estando á su lado no me veía. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba; y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si bajaba el Turco y de

las fuerzas del rey. Comenzó á decir de qué manera se podía ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno.

Proseguimos en la conversación, propia de pícaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir:

—Más me cuestan á mí esos estados, que al rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.

—¿Qué cosa puede ser—le dije—que conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer?

—¿Quién dice á vuesa merced—dijo luégo—que no se puede hacer? Hacerse puede; que ser imposible es otra cosa; y sino fuera por dar pesadumbre á vuesa merced, le contara lo que es; pero allá se verá, que ahora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al rey modo de ganar á Ostende por dos caminos.

Roguéle que los dijese; y sacándole de las faltriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo:

—Bien ve vuesa merced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas, y quitarle de allí.

Dí yo con este desatino una gran risada; y él, mirándome á la cara, me dijo:

—Á nadie se lo he dicho, que no haya hecho otro tanto; que á todos le da gran contento.

—Eso tengo yo por cierto—le dije—de oir cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vuesa merced que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luégo la mar á echar más.

—No hará la mar tal cosa, que lo tengo yo eso por muy apurado—me respondió;—fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar, por aquella parte, doce estados.

No le osé replicar, de miedo que no me dijese tenía arbitrio para tirar el cielo acá bajo; no ví en mi vida tan grande orate. Decíame que Juanelo no había hecho nada; que él trazaba ahora de subir toda el agua del Tajo á Toledo, de otra manera más fácil; y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire vuesa merced quién tal oyó en el mundo! Y al cabo, me dijo:

—Y no lo pienso poner en ejecución, si primero el rey no me da una encomienda, que la puedo tener muy bien y tengo una ejecutoria muy honrada.

Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejón, donde se quedó, que venía á ver á una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios y enhorabuena, desde lejos ví una mula suelta, y un hombre á pié junto á ella, que mirando un libro hacía unas rayas, que medía con un compás. Daba vueltas y saltos á un lado y á otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde lejos á verlo) que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintióme; cerró el libro; y al poner el pié en el estribo, resbalóse y cayó. Levantéle y díjome:

—No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir.

Yo no entendí lo que dijo, y luégo temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres; preguntóme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflexo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflexo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mía, y mirándola dijo:

—Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas;— y empezó á meter una parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba.

Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haría

bueno en cualquier parte. Yo, movido á risa, le dije:

—Pues en verdad que por lo que yo ví hacer á vuesa merced en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos.

—Eso—me dijo—era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor, cautivando la espada para matar sin confesión al contrario, porque no diga quién lo hizo; y estaba poniéndolo en términos de matemática.

—¿Es posible—le dije yo—que hay matemática en eso?

—No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y medicina.

—Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.

—No os burléis—me dijo—que ahora aprendéis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprendan en sí las espirales de la espada.

—No entiendo cosa de cuántas me decís, chica, ni grande.

—Pues este libro las dice—me respondió—que se llama Grandezas de la espada; y es muy bueno y dice milagros. Y para que lo creáis, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudéis que cualquiera que leyere en este libro, matará todos los que quisiere.

—Ó ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso—dije yo—algún doctor.

—¿Cómo, doctor? Bien lo entiende—me dijo;—es un gran sabio, y aún estoy por decir más.

En estas pláticas, llegamos á Rejas; apeámonos en una posada; y al apearnos me advirtió, con grandes voces, que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reir, y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luégo al huésped, y díjole:

—Señor, déme vuesa merced dos asadores para dos ó tres ángulos, que al momento se los volveré.

—¡Jesús!—dijo el huésped—déme acá los ángulos, que mi mujer los asará; aunque aves son que no las he oído nombrar.

—Que no son aves—dijo volviéndose á mí—¡mire vuesa merced lo que es no saber! Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir, que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy, que todo lo que ha ganado en su vida.

En fin, los asadores estaban ocupados y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decía:

—Con este compás alcanzo más y gano los grados de perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar al natural; esta había de ser cuchillada y este tajo.

No llegaba á mí desde una legua y andaba alrededor con el cucharón; y como yo no estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale estando al fuego. Díjome:

—Al fin, esto es lo bueno y no las borracheras que enseñan esos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber.

No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo, mostrando las presas, con sombrero engerto en guardasol y un coleto de ante bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas, á lo águila imperial; la cara con un *persignum crucis de inimicis suis:* la barba de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas, que un locutorio de monjas; y mirando al suelo, dijo:

—Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que hago pedazos á quien tratare mal á tanto buen hijo, como profesa la destreza.

Yo, que vi la ocasión, metíme en medio, y dije, que no hablaba con él y que así no tenía de qué picarse.

—Meta mano á la blanca, si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones.

El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces:

—Este libro lo dice, y está impreso con licencia del rey; y yo sustanciaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí, y en otra parte; y sino, midámoslo; y sacó el compás y comenzó á decir: Este ángulo es obtuso.

Y entonces el maestro sacó la daga, y dijo:

—Yo no sé quién es ángulo, ni obtuso, ni en mi vida oí decir tales nombres; pero con esta en la mano le haré pedazos.

Acometió al pobre diablo, el cual empezó á huir dando saltos por la casa, diciendo:

—No me puede herir, que le he ganado los grados del perfil.

Metímoslos en paz el huésped y yo, y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover. Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él; cenamos y acostámonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á oscuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mí; y no contento con esto, bajó al huesped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo á la estocada sajita por la cuerda.

El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco; y con esto se subió, y me dijo, que si me quería levantar, vería la treta tan famosa que había hallado contra el Turco y sus alfanjes; y decía que luégo se la quería ir á enseñar al rey, por ser en favor de los católicos.

En esto amaneció, vestímonos todos, y pagamos la posada. Hiciéronlos amigos á él y al maestro de armas, el cual se apartó diciendo, que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacía más locos que diestros, porque los más, por lo menos, no lo entendían.

CAPITULO IX

De lo que me sucedió, hasta llegar á Madrid, con un poeta

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí por diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído:

—Por vida de vuesa merced que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento.

Yo lo prometí de hacerlo; tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso. Con esto caminé más de una legua, que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luégo tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme á mí estos pensamientos tan honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decía á solas:

—Más se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus abuelos.

En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Traba-

mos plática, y luégo me preguntó de adónde venía. Yo le dije que de Alcalá:

—Maldiga Dios—dijo él—tan mala gente, pues faltaba entre tantos un hombre de discurso.

Preguntéle que cómo ó por qué se podía decir tal del lugar donde asistían tantos varones doctos; y él, muy enojado, dijo:

—¿Doctos? Yo le diré á vuesa merced que tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (donde he sido sacristán) las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcicos, que porque vea vuesa merced la sin razón que me hicieron, se los he de leer. Y comenzó de esta manera:

¿Pastores, no es lindo chiste,
que es hoy el Señor San Corpus Christe?
Y es el día de las danzas,
en que el cordero sin mancilla
tanto se humilla,
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas,
entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
pues en nuestro bien consiste:
¿Pastores, no es lindo chiste, etc.?

¿Qué pudiera decir más—me dijo—el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra: Pastores; más me costó de un mes de estudio.

Yo no pude con esto tener la risa, que á borbotones se me salía por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije:

—¡Cosa admirable! pero sólo reparo en que llama vuesa merced Señor San Corpus Christi, y Corpus Christi no es Santo, sino el día de la institución del Santísimo Sacramento.

—¡Qué lindo es eso!—me respondió, haciendo burla—yo le daré en el calendario, y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza.

No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije que eran dignas de cualquier premio, y que no había leído cosa tan graciosa en mi vida:

—¿No?—dijo al mismo punto;—pues oiga vuesa merced un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil Vírgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica.

Yo, por excusarme de oir tanto millón de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia que tenía más jornadas, que el camino de Jerusalén. Decíame:

—Hícela en dos días, y este es el borrador; y sería hasta cinco manos de papel.

El título era: El Arca de Noé. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalíes, como fábulas de Esopo. Yo sólo alabé la traza y la invención, á lo cual me respondió:

—Ello cosa mía es; pero no se ha hecho otra tal en el mundo; y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.

—¿Cómo se podrá representar—le dije yo—si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?

—Esa es la dificultad; que á no haber esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremés monas.

—Por cierto, alta cosa es esa.

—Otras más altas he hecho yo—dijo—por una mujer á quien amo; y ve aquí novecientos y un sonetos, y doce redondillas (que parece que contaba escudos por maravedís) hechos á las piernas de mi dama.

Yo le dije que si se las había visto él, y respondióme que no había hecho tal, por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oirle, tuve miedo á tantos versos malos; y así comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres, y respondía él:

—Pues empezaré por uno donde la comparo á ese animal; y empezaba luégo.

Yo, por divertirle, le decía:

—¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de día?

Á lo cual dijo:

—En acabando este, le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos.

Afligíme tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando ví que llegamos á Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños olían poeta, no quedaría troncho que no viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una Pragmática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme muy congojado que la leyese, si la tenía. Prometí de hacerlo en la posada; fuímos á una adonde él se acostumbraba á apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido; abrazólos á todos; y luégo comenzaron unos á pedirle oración para el Justo Juez, en verso grave y sentencioso, tal, que provocase á gestos; otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y díjome:

—Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así, con licencia de vuesa merced, me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la Pragmática.

¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que no lo son.

CAPITULO X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla, donde dormí

RECOGIÓSE un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto, se hizo hora de comer; comimos, y luégo pidieron se leyese la Pragmática. Yo, por no haber otro qué hacer, la saqué y la leí, la cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprender en ella. Decía de este tenor:

PRAGMÁTICA

CONTRA LOS POETAS HUEROS, CHIRLES Y EBENES

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo,y dijo:

—Hablara yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo y es sólo contra los poetas ebenes.

Cayóme á mí muy en gracia oirle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía:

«Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos), viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listo-

nes y zapatillas, haciendo otros pecados más enormes: mandamos, que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos, y para ello señalamos casas de arrepentidos.

»Item: advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares, y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas: les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

»Item: habiendo considerado que esta secta infernal de hombres, condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres: declaramos que nos tenemos por desquitados, con este mal que las hemos hecho, del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas para sacar el oro, plata y perlas; pues en los más versos hacen á sus damas de todos metales.»

Aquí no lo pudo sufrir el sacristán, y levantándose en pié, dijo:

—Mas no, sino quitarnos las haciendas; no pase vuesa merced adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecución de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo eclesiástico hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal Pragmática; y luégo quiero irlo á averiguar ante la justicia.

En parte, me dió gana de reir; pero por no detenerme (que se me hacia tarde) le dije:

—Señor, esta Pragmática es hecha por gracia; que no tiene fuerza, ni apremia, por estar falta de autoridad.

—¡Oh pecador de mí!—dijo muy alborotado.—Avisara vuesa merced, que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe vuesa merced qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oir eso? Prosiga vuesa merced y Dios se lo perdone el susto que me ha dado.

Proseguí, diciendo:

«Item: advirtiendo que después que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas y tan embebecidos en su música, que no pacen: mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de la soledad, y á los demás (por ser oficio alegre y de pullas) que se acomoden de mozos de mulas.

—Algún cornudo..... judío..... ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaría á un hombre lampiño como yo la ermita! ¿Y un hombre vinajeroso y sacristán ha de ser mozo de mulas? ¡Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas!

—Ya le he dicho á vuesa merced—repliqué yo—que son burlas, y que las oiga como tales.

Proseguí, diciendo:

«Item: por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón á Castilla, ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora.»

Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas de puro vieja, y con tantas cazcarrias, que para enterrarse no era menester más de estregársela encima; el manteo podíase con él estercolar dos heredades; y así, medio riéndome, le dije que mandaba también poner entre los desesperados que se ahorcan y despeñan; y que como á tales no las enterrasen en sagrado á las mujeres que se enamorasen de poetas á secas. Y que advirtiendo á

la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido estos años fértiles, mandamos que los legajos que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelación. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así:

«Pero advirtiendo, con ojos de piedad, que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes: mandamos que pueda haber algunos oficiales de este arte, con tal que tengan carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes, limitando á los poetas de farsantes, que no acaben los entremeses con palos, ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos, que no sucedan los casos en Tetuán, desterrándoles estos vocablos: ***hermanal*** y ***pundonores***. Y mandámosles que para decir: ***la presente obra***, no digan: ***zozobra***. Y á los sacristanes, que no hagan los villancicos con Gil, ni Pascual; que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre, se vuelven á cada fiesta; y finalmente, mandamos á todos los poetas en común que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.»

Á todos los que oyeron la Pragmática pareció cuánto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella; sólo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las vísperas solemnes, introitos y kiries, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos; y que él sabía mejor lo que había de hacer, que nadie; y últimamente dijo:

—Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel.

Y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega, como lo estaba de mí; y que había visto á don Alonso de Ercilla, mil veces; y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía y malos. Enseñólos, y dióles esto á todos tanta risa,

que no querían salir de la posada. Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el Puerto. Quiso Dios que, porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado; luégo trabamos plática, y preguntóme que si venía de la corte. Dije que, de paso había estado en ella:

—No está para más—dijo luégo—que es pueblo para gente ruín; mas quiero, voto á Cristo, estar en un sitio la nieve á la cinta hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien.

Á esto le dije yo que advirtiese que en la corte había de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte:

—¡Qué estimar!—dijo muy enojado—si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicio y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas.

Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de bubas, como el sol es claro; luégo en los calcañares me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mías que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa á puras líneas.

—Estas—me dijo—me dieron en París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña ¡voto á Cristo! hombre, vive Dios, tan señalado.

Y decía verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y á enseñarme papeles que debían de ser de otro, á quien había tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza; y que el

Cid, ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo:

—¿Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni García de Paredes, Julián Romero, ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí que entonces sí que no había artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte vuesa merced en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.

—¿Es vuesa merced acaso?—le dije yo;—y él me respondió:

—¿Pues qué otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre.

Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludámosle con el Deo gracias acostumbrado, y empezó á alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo:

—¡Ah, padre! más espesas he visto yo las picas sobre mí; y ¡voto á Cristo! que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, ¡juro á Dios!

El ermitaño le reprendía que no jurase tanto. El soldado le respondió:

—Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprende mi propio oficio.

Dióme á mi gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún picarón, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia y estima, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto; el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña, hecha bolas de madera, que á cada Ave María sonaba un cabe, y el soldado comparando las peñas á los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se había de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temía el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado.

—¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte de este puerto—decía—y hiciera buena obra á los caminantes!

En estas y otras conversaciones llegamos á Cerecedilla; entramos en la posada todos tres juntos, ya anochecido; mandamos aderezar la cena; era viernes, y entretanto el ermitaño dijo:

—Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios: juguemos Ave Marías.

Y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo:

—No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.

Yo, codicioso, dije que jugaría otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal servicio aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, y que eran hasta ducientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérselo; pero así le suceden todos sus intentos al Turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabía el juego, y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luégo nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida; retiróla el ladrón con las ancas de la mano, que era lástima; perdía una sencilla y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pesias, aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda; no dejaba santo que no llamaba. Acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas, y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento, que éramos prójimos, y que no había de tratar de otra cosa.

—No juren—decía—que á mí, porque me encomendaba á Dios, me ha sucedido bien.

Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte.

—¡Pesia tal!—decía el pobre alférez, que él me dijo entonces que lo era—entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo.

Él se reía, á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos *in puribus*. Prometió hacerlo, y metióse sesenta huevos. ¡No ví tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar; dormimos todos en una sala con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traían, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persignó, y nosotros nos santiguamos de él; durmió, y yo estuve desvelado trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hízose hora de levantar; pidió luz muy apriesa, trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundía la casa á gritos, pidiendo que le diesen sus servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo y trajo tres bacines, diciendo:

—He ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios? entendiendo que nos habían dado cámaras. Aquí fué ello, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, gritando que le había de matar, porque hacía burla de él, que se había hallado en la naval, San Quintín y otras, trayéndole servicios, en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aún no podíamos. Decía el huésped:

—Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas.

Apaciguámoslos y tornamos al aposento. El ermitaño receloso se quedó en la cama, diciendo que le había hecho

mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero. Topamos con un ginovés (digo de estos ante-cristos de las monedas de España) que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabamos conversación con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzón, y si era bien dar dineros ó no á Visanzón; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió, riéndose:

—Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda;—de lo cual sacamos que en Visanzón se lleva el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil escudos, y todo lo juraba por su conciencia (aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como doncellez en cotorrera, que se vende sin haberse). Nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo. En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria que con los sucesos de Cabra me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino, aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de cómo salí, con punta de barbas y bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tío (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón, diciendo que no le conocían. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo; cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados

delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien había dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensé morirme de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y díjome:

—Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente, que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo.

Yo, que me vi á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos que azotado, dije que le aguardaría allí; y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida, ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas; volvió y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI

Del hospedaje de mi tío y visitas, y la cobranza de mi hacienda y vuelta á la corte

TENÍA mi buen tío su alojamiento junto al Matadero, en casa de un aguador; entramos en ella, y díjome:

—No es alcázar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios.

Subimos por una escalera, que sólo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, escarpias y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba, y yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío! Díjome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los piés, morada, uno de los que piden para las ánimas; y haciendo són con la cajeta, dijo:

—Tanto me han valido á mí las ánimas hoy, como á ti los azotados: ¡encaja!

Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos, entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocílo por el (hablando con perdón) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso, sólo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del rey, y un coleto de ante. Traía la cara de punto, porque á puros chirlos la tenía toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de la casa, y á mi tío le dijo:

—Á fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso.

Saltó el de las ánimas, y dijo:

—Cuatro ducados dí yo á Frechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas, cuando me palmearon al envés.

—Vive Dios—dijo el corchete—que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno, en Murcia, porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacón me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas.

Y el porquero, concomiéndose, dijo:

—Aún están doncellas mis espaldas.

—Á cada puerco le viene su San Martín—dijo el demandador.

—Alabarme puedo yo—dijo mi buen tío—entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda, hago lo que debo; sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla.

Yo, que ví cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza; echómelo de ver el corchete, y dijo:

—¿Es el padre el que padeció el otro día, á quien se dieron ciertos empujones en el envés?

Yo dije que no era hombre que padecía como ellos.

En esto se levantó mi tío, y dijo:

—Es mi sobrino, Maeso en Alcalá, gran supuesto.

Pidiéronme perdón y ofreciéronme toda su caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegón que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos, y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador, y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogía al vuelo, y hacía más razones, que decíamos todos. No había memoria de agua, ni menos voluntad de ella. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, después de haber quitado las ojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem æternam,* por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío:

—Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre.

Vínoseme á la memoria; ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos y quedéme con la costumbre; y así siempre que como pasteles, rezo una *Ave María* por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas que parecían dedos de negro, dijo uno que para qué traían pebetes guisados.

Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo (con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto):

—Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imagen y

semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta.

Yo, que vi al corchete, que alargando la mano tomó el salero y dijo: Caliente está este caldo; y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo: Bueno es el anisillo para beber, y se lo echó todo en la boca; comenzé á reirme por una parte y rabiar por otra.

Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo:

—Dios bendijo la limpieza.

Y por subírsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo, que era vergüenza. Él, que se vió así, fuése á levantar, y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa, que era de estas movedizas; trastornóla y manchó á los demás. Tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada; asiéronse á puñadas, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuánto había comido, en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quién había traido á su casa tantos clérigos. Yo que vi que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tío en la cama, el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, al cual, ya que dormían los otros, no había medio de hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese más tonadas, y que él quería tañer con el órgano. Al fin yo no me aparté de ellos hasta que vi que dormían. Salíme á la calle, entretúveme en ver tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné á casa á la

noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallo al uno despierto y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levántole y dejó dormir á los demás hasta las once de la noche que despertaron, y esperezándose preguntó uno qué hora era. Respondió el porquero (que aún no la había desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacía grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen la capilla:

—Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento.

Y fuése, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado á medio día, y que había un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo que ví la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias y vilezas que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos uno por uno lo mejor que pude, y acosté á mi tío, que aunque no tenía zorra, tenía raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí. Pasamos de esta manera la noche; y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda y cobrarla de presto, diciendo que estaba molido y que no sabía de qué. Echó una pierna, levantó, tratamos largo de mis cosas, y tuve harto trabajo, por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de mi hacienda (aunque no de toda), y así me la dió de unos trescientos ducados, que mi buen padre había ganado por sus puños, y dejádolos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á vuesa merced digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado, que fué harto, para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que

yo me graduaría con esto, y que estudiando podría ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía:

—Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quién parecer; dinero llevas; yo no te he de faltar, que cuánto sirvo y cuánto tengo para ti lo quiero.

Agradecíle mucho la oferta; gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tío, el porquero y demandador; éste jugaba misas, como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba, cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, y acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya había prevenido para mí un colchón. Amaneció, y antes que él despertase, yo me levanté y me fuí á una posada, sin que me sintiese; torné á cerrar la puerta defuera, y eché la llave por una gatera. Como he dicho, me fuí á un mesón á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no le había de ver.

CAPITULO XII

De mi huída y los sucesos en ella hasta la corte

PARTÍA aquella mañana del mesón un arriero con cargas á la corte; llevaba un jumento, alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta, fuera del lugar. Salió, y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo:

—Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates.

Consideraba yo que iba á la corte, donde nadie me conocía (que era la cosa que más me consolaba), y que había de valerme por mi industria y habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso; pero volvamos á las cosas que el dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

CARTA.

«Señor Alonso Ramplón: tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes, como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre en Toledo, donde (por lo menos) sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en vuesa

merced lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos, y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos; sirva al rey y á Dios.»

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar á nadie, cuando desde lejos ví venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto y el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así emparejando, le saludé. Miróme y dijo:

—Irá vuesa merced, señor licenciado, en ese borrico, con harto más descanso, que yo con todo mi aparato.

Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que se dejaba atrás, dije:

—En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar, que el del coche; porque aunque vuesa merced vendrá en el que trae detrás con regalo, aquellos vuelcos que da inquietan.

—¿Cuál coche detrás?—dijo él muy alborotado.

Y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una abujeta que traía, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía rapado el rabo, de medio ojo, le dije:

—Por Dios, señor, que si vuesa merced no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo atacado únicamente.

—Si hace vuesa merced burla—dijo él con las calzas en la mano—vaya; porque no entiendo eso de los criados.

Y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó, á media legua que anduvimos, que si no le hacía

merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Movido á compasión me apeé, y como él no podía sacar las calzas, húbele yo de subir, y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque por la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. Él, que sintió lo que había visto, como discreto se previno, diciendo:

—Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer á vuesa merced, viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. ¡Cómo de estos ojaldres cubren en el mundo lo que vuesa merced ha tentado!

Yo le dije que le aseguraba me había persuadido á muy diferentes cosas de las que veía:

—Pues aún no ha visto vuesa merced nada—replicó,—que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí vuesa merced un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que si como sustento la nobleza me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijodalgo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de ejecutorias, después que, hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas, por decir que no tienen letras de oro; pero más valiera el oro en las píldoras, que en las letras, y de más provecho es, y con todo hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura, por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero (que todos estos nombres tenía) se perdió en una fianza; sólo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él; pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, azadón, podón, baldón, bordón y otros así.

Confieso que, aunque iban mezcladas de risa las calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba, y á dónde iba, y á qué. Dijo todos los nombres de su padre: don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y de Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba á la corte, porque un mayorazgo raido como él, en un pueblo corto olia mal á dos días, y no se podia sustentar: y que por eso se iba á la patria común, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros: «y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro lo que toca.» Yo ví el cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la corte los que no tenian como él, porque me parecia dificultoso: que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas.

—Muchos hay de esos, hijo, y muchos de esotros; es la lisonja llave maestra que abre á todos voluntades en tales pueblos: y porque no te se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarán de esta duda.

CAPITULO XIII

En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido en su vida y costumbres

Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio, y el más rico, y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raíz, ni mueble, ni otra cosa de la que descienden los tales; entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros ebenes; otros hueros, chanflones, chirles, traspillados y caninos; es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío; que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas; somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos; somos gente que comemos un puerro, y representamos un capón. Entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, y mondaduras de frutas; la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día, y reñimos, en entrando, al huésped:

—¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? Perdóneme vuesa merced que han comido aquí unos amigos, y esos criados, etc.

Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite. ¿Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa); decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias; si han empezado, decimos que sí, y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos:

—Ahora, deje vuesa merced, que le quiero servir de maestresala; que solía, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar más de verme partir, que de comer.

Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos:

—¡Oh, qué bien huele! Cierto que haría grande agravio á la guisandera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene!

Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo; el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devoción, que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego, con el cuidado que sirve y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes, y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria, para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de

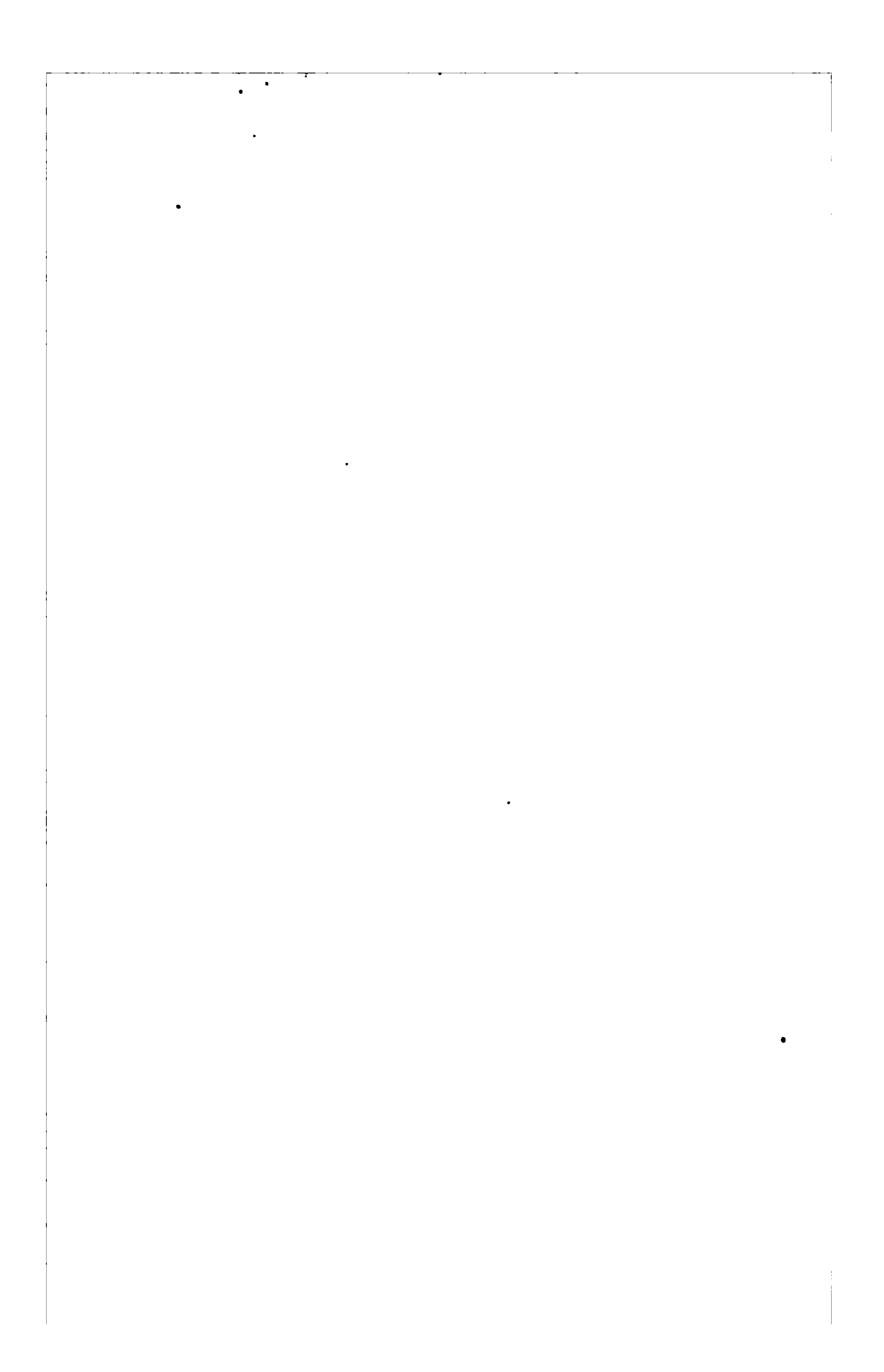
ver las diversidades de cosas que sacamos; que, como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras les hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas; sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire, y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en día claro andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas, se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos, que no haya sido otra cosa, y no tenga historia. Verbi gratia: bien ve vuesa merced esta ropilla; pues primero fué gregüescos, nieta de una capa, y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas, y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de esto nos aprovechamos para papel, y en papel escribimos y después hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. ¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los ferreruelos calvos y las ropillas lampiñas? que no hay más pelo en ellas, que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba, y quitárnosle en la capa; y por no gastar en barberos, prevenimos siempre de aguardar que uno de los nuestros tenga pelambre, y entonces nos las quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: *Ayudaos como buenos hermanos;* y tenemos cuenta de no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro.

Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo, una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos, aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte; señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos «sanctus», aunque sea en el «introibo»; levantámonos, y arrimándonos á una esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca; encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores, ó están muertos, ó muy lejos; y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos, sino de *pane lucrando,* que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque, comiendo tan poco y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas por su tanda, todas están contentas.

Quien ve estas botas mías: ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viere cuello: ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero, señor licenciado; pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno, porque así es grande ornato de la persona; y después de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento, porque se ceba el hombre en almidón, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros

ha de tener más faltas, que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga.

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué á pié hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la corte con los demás cofrades del estafón), y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, á obligarle á mi amistad. Compréle del huésped tres abujetas; atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.



CAPITULO XIV

De lo que me sucedió en la corte, luégo que llegué hasta que anocheció

A las diez de la mañana entramos en la corte; fuímonos á apear de conformidad en casa de los amigos de don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesión de la vida barata, y yo en atender á todo. Á las doce y media entró por la puerta un estantigua vestido de bayeta hasta los piés, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pedir para un pobre) los había allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yó le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. Á todo esto noté que no se desarrebozaba, y pregunté (como nuevo para saber) la causa de estar siempre envuelto en la capa, á lo cual respondió:

—Hijo, tengo en las espaldas una gatera acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite: este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar.

Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran á modo de ellas, cuando él para entrarse á espulgar), se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón que traía atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacían apariencias debajo del luto, porque el tal no traía camisa, ni gregüescos, que apenas tenía que espulgar según andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla como las que ponen en las sacristías, que decía: «Espulgador hay», porque no entrase otro. Grandes gracias dí á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.

—Yo—dijo mi buen amigo—vengo del camino con mal de calzas, y así me habré de recoger á remendar.

Preguntó si había algunos retazos, y la vieja (que recogía trapos dos días á la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros) dijo que no, y que por falta de trapos se estaba quince días había en la cama, de mal de ropilla, don Lorenzo Iñíguez de Pedroso.

En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados; supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traía (¡mire vuesa merced quién tal pensara!) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él, con gran disimulación, dijo:

—Haráse á las armas y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.

Yo dije que por galantería y por dar lugar á la vista:

—Antes por estorbarla—dijo;—sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver.

Y diciendo esto sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquellas; traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía ; escribía nuevas que inventaba á las personas más honradas, y dábalas en aquel traje, cobrando los portes, y esto hacía cada mes, cosa que me espantó ver tal novedad de vida. Entraron luégo otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valón, y su capa de lo mismo, levantado el cuello porque no se viese el anjeo que estaba roto. Los valones eran de camelote, mas no eran más de lo que se descubrían, y lo demás de bayeta colorada. Éste venía dando voces con el otro que traía valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa ; y una muleta con una pierna liada en trapos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y á título de soldado, entraba en cualquier parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos :

—La mitad me debéis, ó por lo menos mucha parte ; si no me la dáis, juro á Dios...

—No jure á Dios—dijo el otro—que en llegando á casa no soy cojo y os daré con esta muleta mil palos.

Si daréis, no daréis, y con los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos, á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado :

—¿Á mí chanzas? No llevaréis, ni medio. Han de saber vuesas mercedes que, estando en San Salvador, llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traía en las manos. Llevómele, y dijo (nombrándome alférez):

—Mire vuesa merced qué le quiere este niño ;—y como le entendí, dije que yo era.

Recibí el recado y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre que los enviaba á alguno de aquel nombre; pídeme ahora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices.

Juzgóse la causa en su favor, y sólo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse está vedado.

Llegó la noche, y acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en un estuche. Pasóse la cena de claro en claro; no se desnudaron los más, que con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO XV

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos

Amaneció el Señor y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa, de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración á cada uno, como sacerdote que se viste; á cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía á hallar, adonde menos convenía, asomada; otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron abuja y hilo, para hacer un punteado en un rasgado y otro; cuál, para curcusirse debajo del brazo, estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, que remedaba un cinco de guarismo, socorría á los cañones; otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco, como yo ví, porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse

mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron irse fuera, y yo dije que quería trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno y quitarme la sotana:

—Eso no—dijeron ellos—el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luégo, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien, deposité el dinero, y, en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el ferreruelo, quedó bueno; y lo que sobró de él trocaron á un sombrero reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos; el cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no mas de por delante, que lados y traseras eran unas camuzas; las medias calzas de seda aún no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, y estos cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto de puro roto; pusiéronmele, y dijeron:

—El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. Vuesa merced, si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él como la flor del sol: si fueren dos, y miraren por los lados, saque piés; y para los de atrás, traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello, y descubra toda la frente, y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo.

Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel, abuja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacillos, y un cuchillo; pusiéronme una espuela en la pretina, y yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo:

—Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos, ni deudos; en esta se encierra todo nuestro remedio; tome y guárdela.

Señaláronme por cuartel, para buscar mi vida, el de San Luís, y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los

otros; si bien por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á misa-cantano, por padrino el mismo que me trajo y convirtió. Salimos de casa con paso tardo y los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado; á todos hacíamos cortesía; á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas; á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho más. Á uno decía mi buen ayo: Mañana me traen dineros; á otro: Aguárdeme vuesa merced un día, que me trae en palabras el Banco. Cuál le pedía la capa, cuál le daba priesa por la pretina; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra, de una acera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas y camisas, de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos (según dijo) por una deuda, mas no podía el dinero; y porque no le conociese, soltó detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó Nazareno, entre Verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía (que no le había visto), por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad, que ví al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quería echar , hacíase más cruces que un ensalmador, y diciendo: ¡Jesús! pensé que era él. Á quien bueyes ha perdido, etc.

Yo me moría de risa, de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal á recoger la melena y el parche, y dijo:

—Estos son los aderezos de negar deudas; aprended, hermano, que veréis mil cosas de estas en el pueblo.

Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario y aguardiente de una picarona, lo que nos dió de gracia. Después de dar el bienvenido á mi adiestrador, díjome:

—Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy: por lo menos no puede faltar.

Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliquéle afligido por parte de mi estómago, á lo cual respondió:

—Poca fe tiene con la religión y orden de los caminos; no falta el Señor á los cuervos, ni á los grajos, ni aun á los escribanos, ¿y había de faltar á los traspillados? Poco estómago tenéis.

—Verdad es—dije;—pero temo tener aún menos, y nada en él.

Estando en esto dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenía hambre, como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo, y dije:

—Hermano, este del hambre es recio noviciado; estaba hecho el hombre á comer más que un sabañón y hanme metido á vigilias; si vos no la tenéis, no es mucho, que criado con hambre desde niño (como el otro rey con parbona) os sustentéis ya con ella; no os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así yo determino hacer la que pudiere.

—¡Cuerpo de Dios—replicó—con vos! Pues dan ahora las doce, ¿y tanta priesa? Tenéis muy puntuales ganas, y han menester llevarse con paciencia algunas pagas atrasasadas; no sino comer todo el día, ¿qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes de puro mal proveídos no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios, y si tanta priesa tenéis, yo me voy á la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche, como capones, y allí haré el buche; si vos queréis seguirme, venid; y sino, á sus aventuras cada uno.

—Á Dios—dije yo,—que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle.

Mi amigo iba pisando tieso y mirándose á los piés; sacó unas migajas de pan que traía para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestido, de suerte que parecía haber comido; yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraban. Iba yo confiado en mis escudillos, y aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer á su costa quien vive de tripas horras en el mundo, ya iba yo determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luís, adonde vivía un pastelero; asomábase uno de á ocho tostado, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero; puesto en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel, como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez á pagarlo. En esto dió la una, y angustiéme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegón. Yo, que iba haciendo punta á uno (Dios que lo quiso), topo con un licenciado Flechilla, amigo mío, que venía aldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino y tantos rabos, que parecía un chirrión; arremetió á mí en viéndome (y según estaba, fué mucho conocerme). Yo le abracé; preguntóme cómo estaba, y díjele luégo:

—Señor licenciado, ¡qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa que me he de ir esa noche.

—Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, é ir con priesa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

—¿Qué, aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado.

Abrí los ojos en oyendo que no había comido; fuíme con él, y empecéle á contar que una mujercilla (que él había

querido mucho en Alcalá) sabía yo dónde estaba, que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luégo al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa; entramos, yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose á otra cosa, sino á que yo venía con cuidado por venir á tal hora, comenzaron á decir que si supieran que habían de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión, y convidéme diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me había convidado, ni le pasaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo cual llevaba mejor el engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia; pero con priesa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre que no come un cuerpo más presto el montón de la antigua de Valladolid (que le deshace en veinticuatro horas) que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario correo.

Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los huesos y el destrozo de la carne; y si va á decir la verdad, entre vuelta y juego empedré la faltriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, y apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida á casa de la dicha, la cual le facilité mucho: y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban en la calle, y dije:

—¿Á mí, señor? Ya bajo.

Pedíle licencia, diciendo que luégo volvería; quedóme aguardando hasta hoy, que me desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas ve-

ces, y disculpéme con él, contándole mil embustes que no importan para el caso. Fuíme por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes; quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecé luégo (para trabar conversación) á jugar del vócablo tercio y pelado, y pelo y apelo y por peli, y no dejé hueso sano á la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecíles lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que había sido atrevimiento ofrecerlas nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habían traído de Milán, que á la noche llevaría un paje, que les dije que era mío por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacía sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno les hacía cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron, con esto y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor, como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita de ellas, en prendas de que las había de ver á otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podía entrar paje en la suya á todas horas, por ser gente principal.

Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de Ca-

rretas escogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenía un coche, sin caballos á la puerta. Díjeles que aquella era y que allí estaba ella, el coche y dueños para servirlas. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta, delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano, é hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí; y en verdad que le pregunté si era criado del Comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados agenos, como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, que era natural de Olías; había sido capitán en una comedia, y se había combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes decía que había estado en la China, y á los de China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir muchas veces de Luís Quijada que había sido honrado amigo. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas coplas que andaban de esto; y como él no sabía nada de mar, porque no tenía nada de naval, más de comer nabos, dijo, contando la batalla que había tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabía el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luégo mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, y lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido á la sopa de San Jerónimo, y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronsela á los otros mendigos para dársela, y ellos con el enojo siguiéronle, y vieron que, en un rincón detrás

de la puerta, estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar á otros para sí, se levantaron voces y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con dos jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con más priesa, que convenía. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y aún no los podía meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decía:

—Yo volveré lo que he comido.

Y aún no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedía para otros, y no se preciaba de sopón.

—Miren el todo trapos como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta, más remiendos que una pía, más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música—decía un estudiantón de estos de la capacha, gorrinazo—que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo, ú otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer, graduado de bachiller en Artes por Sigüenza.

Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al bodrio, era descendiente del Gran Capitán, y que tenía deudos. Aquí lo dejó, porque el compañero estaba ya fuera, desaprensando los huesos.

CAPITULO XVI

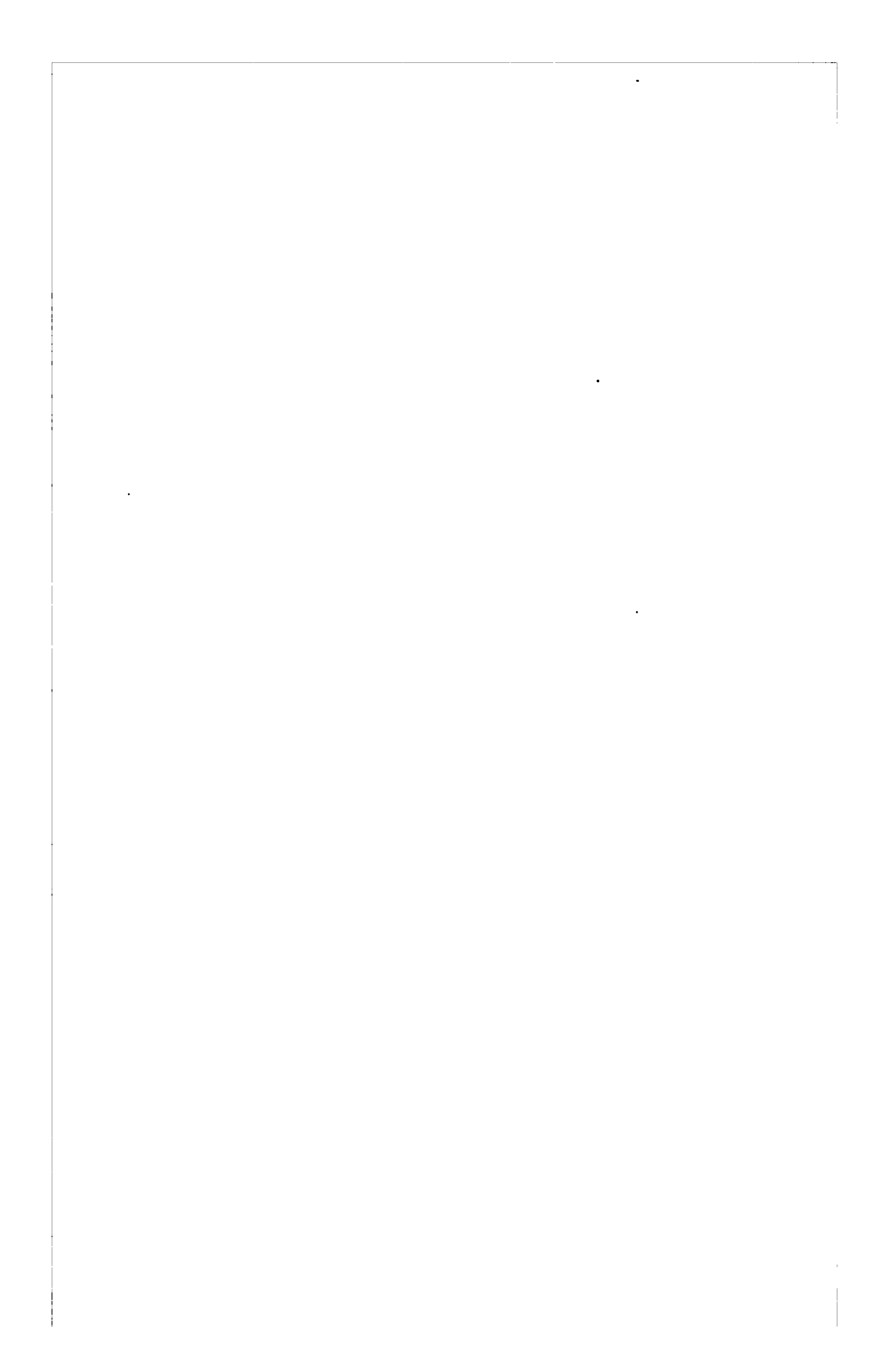
En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel

Entró Merlo Díaz, hecha en la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, había agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena, la cual había trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubría pelo al que la llevó por ser desbarbada. Usaba éste quitarse la capa, como que quería jugar y ponerla con las otras, y luégo (como que no hacía partido), iba por su capa y tomaba la que mejor le parecía, y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar á don Cosme cercado de muchachos con lamparones, sarna, cáncer y lepra, heridos y mancos, el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que había aprendido de una vieja. Ganaba éste por todos, porque si el que venía á curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faltriquera, ó no piaban algunos capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino; hacía creer cuánto quería, porque no ha nacido tal artífice en el mentir, tanto, que aun por descuido no decía verdad. Ha-

blaba del niño Jesús; entraba en las casas con «Deo gracias» y decía lo del «Espíritu Santo sea con todos»; traía todo el ajuar de hipócrita, un rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicado con sangre de narices; hacía creer (concomiéndose) que los piojos eran silicios, y que la hambre canina era ayuno voluntario. Contaba tentaciones. En nombrando el demonio, decía: Dios nos libre y Dios nos guarde. Besaba la tierra, al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos á las mujeres. Con estas cosas traía al pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo, porque á más de ser jugador, era cierto (así se llama por mal nombre), fullero. Juraba en nombre de Dios, unas veces en vano y otras en vacío; pues en lo que toca á mujeres, tenía sus hijos y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, vendía. Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche de esta suerte, diciendo: *Acordaos de la muerte y haced bien á las almas,* etc. Con esto cogía mucha limosna y entrábase en las casas que veía abiertas, y si no había testigos, ni estorbo, robaba cuánto topaba; si los hallaba, tocaba la campanilla, y decía (con una voz que él fingía muy penitente): *Acordaos, hermanos,* etc. Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos.

Volvamos ahora á que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razón para venderle, la cual se iba por las casas diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacía de él para comer, y ya tenía para cada cosa su embuste y traza. Lloraba la vieja á cada paso; enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos á todos; traía (encima de muy buena camisa, jubón, ropa, saya y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que

tenía en las cuestas de Alcalá. Ésta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría. Quiso, pues, el diablo (que nunca está ocioso en cosas, tocante á sus siervos), que yendo á vender no sé qué ropa y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya; trajo un alguacil y agarráronme á la vieja, que se llamaba la madre Lebrusca, y confesó luégo todo el caso, y dijo cómo vivíamos todos y que éramos caballeros de rapiña. Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa y halló en ella á todos mis compañeros y á mí con ellos. Traía media docena de corchetes (verdugos de á pié), y dió con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.



CAPITULO XVII

En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza y yo en fiado

Á cada uno, en entrando, nos echaron dos pares de grillos y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me ví ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo, y sacando un doblón, dije al carcelero:

—Señor, óigame vuesa merced en secreto;—y para que lo hiciese, díle un escudo como cara, y en viéndolo me apartó.—Suplícole á vuesa merced—le dije—que se duela de un hombre de bien.

Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los veinte y cuatro, y diciendo:

—Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo.

Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera y á los amigos descolgáronles abajo. Dejo de contar la risa tan grande que, en la cárcel y por las calles, había con nosotros, porque como nos traían atados y á empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pías remendados, y otros aloques de tinto y blanco. Aquel, por asirle de alguna parte segura (por estar

todo tan manido), le agarraba el corchete de las puras carnes, y aún no hallaba de qué asir, según las tenía roidas la hambre. Otros iban dejando á los corchetes, en las manos, los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la soga en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos. Al fin, yo fuí (llegada la noche) á dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi camilla; era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traían de día; otros desnudarse de un golpe todo cuánto traían encima; cuáles jugaban; y al fin se mató la luz. Olvidamos, todos, los grillos; estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche, no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á turbarme; mas viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olían tanto, que por fuerza detenía las narices en la cama; unos traían cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me ví forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado, y sobre si le viene muy ancho ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete, que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. Él, por levantarse apriesa, le derramó, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos, á escuras; y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos, y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entró luz é informóse del caso. Condenáronme todos, y yo me disculpaba con decir que en toda la noche no me habían dejado cerrar los ojos, á puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado, le daría otro doblón, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir, antes que apellizcar el talego más de lo que estaba. Fuí llevado abajo, donde me recibieron con mucha albórbora y placer los camaradas y amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Se-

ñor y salímonos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fué notificado fué dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla), so pena de culebrazo fino. Yo dí luégo seis reales; mis compañeros no tenían qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas: traía más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el jayán; decía que estaba preso por cosas de aire, y así sospeché yo que era por algunos fuelles, chirimías ó abanillos. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller de verdugo y depositario general de culpas. Otras veces, le amenazaba diciendo:

—¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que te ha de hacer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino.

Había confesado esto y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas las traseras como mastines, y no había quien osase ventosear, de miedo de acordarle donde tenía las asentaderas. Éste hacía amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decía que estaba preso por liberalidades, y apurado, eran de manos en pescar lo que topaba. Había sido más azotado que postillón, porque todos los verdugos habían probado la mano en él. La cara tenía tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos no se la ganara un flux. Tenía nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien, como la cuchillada que se las partía. Á estos se llegaban otros cuatro hombres (rapantes como leones de armas) todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo. Decían ellos que presto podrían decir que habían servido á su rey, por mar y por tierra. No se podía creer la notable alegría con que aguardaban su despacho. Todos mohinos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo, con una soga dedicada al efecto. Vino la noche; fuímos ahuchados á la postrera faltriquera de la casa, mataron la luz, y yo metíme luégo debajo de la tari-

ma. Empezaron á silbar dos de ellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apretaron de manera las carnes (ayunas, cenadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos), que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos ó chinches en cama; sonaban los golpes en la tabla y callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes y empezaron á tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote á don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces: que le mataban. Los bellacos, porque no oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruido con las prisiones. Él, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver, cómo con la fuerza que hacían, les sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pié; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenía el dicho don Toribio más golpes en la cabeza, que una ropilla abierta; y no hallando ningún remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir (sin tener cosa de santidad, ni aun de bondad) dijo que le dejasen salir, que él pagaría luégo y daría sus vestidos en prendas. Consintiéronselo; y á pesar de los otros, que se defendían con él, descalabrado y como pudo se levantó y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas, que pelos. Ofrecieron para pagar la patente sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos, que por heridos; y así aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podía hacer una mecha á un candil.

Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llamaban ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luégo á sentir su abrigo, porque

había piojo con hambre canina, y otro que, con un bocado de uno de ellos, quebraba ayuno de ocho días. Habíalos frisones, y otros que se podían echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo, diciendo que me perdonasen si no les hacía mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné á repasarle las manos al carcelero, con tres de á ocho; y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento y empecéle á decir (después de haber tratado de la causa) como yo tenía no sé qué dinero; supliquéle me lo guardase, y en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hidalgo desgraciado, que por engaño había incurrido en tal delito.

—Crea vuesa merced,—dijo, después de haber pescado la mosca,—que en nosotros está todo el juego; y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré á paz y á salvo:

Fuése con esto, y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego García el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo:

—Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido (que las más veces lo están), y hacer una acción, destruye un cristiano.

Díme por entendido y añadí otros cincuenta reales; y en pago, me dijo que enderezase el cuello de la capa y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad de la cárcel; y últimamente me dijo:

—Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que le dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud, sino por interés.

Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fué; yo dí al carcelero un escudo, quitóme los grillos y dejábame entrar en su casa. Tenía una ballena por mujer, y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero (que se llamaba el tal Blandones de San Pablo, y la mujer Doña Ana Moráez) vino á comer estando yo allí, muy enojado y bufando; no quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo:

—¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros, el aposentador, me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no sois limpia?

—¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco?—dijo ella. —Por el siglo de mi abuelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo á sus criados que me limpien?

Y volviéndose á mí, dijo:

—Vale Dios que no me podrá decir judía como él, y que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho, maravedís de hebreo. Á fe, señor don Pablo, que si le oyera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa de San Andrés.

Entonces, muy afligido el alcaide, replicó:

—¡Ay, mujer! callé, porque dijo que en esa teníades vos dos ó tres madejas; que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no comerlo.

—¿Luégo judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana Moráez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?

—¿Cómo hija—dije yo—de Juan de Madrid?

—De Juan de Madrid—respondió ella—el de Auñón.

—Voto á N. que el bellaco que tal dijo es un judío, puerco y cornudo.

Y volviéndome á ellas, dije:

—Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es, y cómo esto me toca á mí, y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco; ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos, con letras de oro.

Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenía, ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo, y porque no me cogiese en mentira, hice que me salía de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase, ni pensase más en ello. Yo, de rato en rato, salía muy al descuido, diciendo:

—¿Juan de Madrid? Burlando es la probanza que yo tengo suya. Otras veces decía:

—¿Juan de Madrid el mayor? Su padre, Juan de Madrid, fué casado con Ana de Acevedo, la Gorda.

Y callaba otro poco. Al fin, con estas cosas el alcaide me daba de comer, y cama en su casa, y el buen escribano (solicitado de él, y cohechado con el dinero) lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos, en un palafrén pardo á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregón este:

—«Á esta mujer, por ladrona.»

Llevábale el compás en las costillas el verdugo, según lo que le habían recitado los señores de los ropones. Seguían luégo todos mis compañeros en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya defuera. Desterráronles por seis años; yo salí en fiado por virtud del escribano, y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones y mascó cláusulas enteras.



CAPITULO XVIII

De cómo tomé posada, y la desgracia que en ella me sucedio

SALÍ de la cárcel, halléme solo, y sin los amigos; y aunque me avisaron que iban camino de Sevilla, á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida, y á veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenía miedo á los ratones; preciábase de manos, y por enseñarlas, siempre despavilaba las velas y partía la comida en la mesa; en la iglesia, siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué cosa era de uno y cuál era de otro; en el estrado, de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba á algún juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos; hacía que bostezaba adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes, y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres.

Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenía trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fuí el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hiciéronme muy buena acogida. Á mí no me pareció mal la moza para

el deleite; y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Di en poner en ella los ojos; contábales cuentos, que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese: servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamientos, que era nigromántico, que haría que pareciese que se hundía la casa, y que se abrasaba; y otras cosas que ellas (como buenas creederas), tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido, como era razón (aunque ya me había algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comía), no hacían de mí el caso que era justo. Di para acreditarme de rico, que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme, cuando no estaba en ella. Entró uno, primero, preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro, un hombre de negocios rico, que hizo ahora dos asientos con el rey. Desconociéronme en esto las huéspedas, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzmán, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre:

—Ese es—replicó—el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios, que la que tiene de más de dos mil ducados.

Contóles otros embustes; quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traía á cobrar en mí, de nueve mil escudos; díjoles que me la diesen para que aceptase; y fuése. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luégo para marido. Vine yo con gran disimulación, y en entrando, me dieron la cédula, diciendo:

—Dineros y amor, mal se encubren, señor don Ramiro: ¿cómo que nos escondía vuesa merced quién es, debiéndonos tanta voluntad?

Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme á mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire, como el mío. Yo, que las ví tan cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

Apartámonos, y una noche (para confirmarlas más en mi riqueza) cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado; y sacando cincuenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fué esto (de verme con tanto dinero) para ellas, todo lo que podía desear, porque se desvelaban por regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o senhor Vasco de Meneses, caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Rebolledo (que así se llamaba); enamorábala sentándose á conversación, y suspirando más que beata en sermón de cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable, que Dios crió. Comía á tercianas de tres en tres días, y el pan tan duro, que apenas le podía morder un maldiciente. Pretendía por lo bravo, y sino era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente.

Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado; y el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y á veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder.

Al fin la moza me hablaba, y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario:

—Este atrevimiento..., su mucha hermosura de vuesa merced.....

Decía lo de «me abraso»; trataba de penar, ofrecíame

por esclavo, y firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegamos á los túes; y yo (para alimentar más el crédito de mi calidad) salíme de casa, alquilé una mula, y arrebozado, y mudando la voz, vine á la posada, y pregunté por mí mismo diciendo: Si vivía allí su merced el señor don Ramiro de Guzmán, señor de Valcerrado y Vellorete.

—Aquí vive—respondió la niña—un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo.

Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese: que Diego de Solorzano, su mayordomo que fué de las depositarías, pasaba á las cobranzas, y le había venido á besar las manos. Con esto me fuí, y volví á casa de allí un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el señor de Valcerrado y Vellorete; y diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese hablar á la una de la noche, por un corredor que caía á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento.

El diablo, que es agudo en todo, ordenó que, venida la noche, y yo deseoso de gozar de la ocasión, me subiese al corredor; y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los piés, y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas, y quedaron estampadas en mis costillas. Al ruido, despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos de ellos los de este oficio), subieron al tejado. Yo, que ví esto, quíseme esconder detrás de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano, dos criados y un hermano me molieron á palos, y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo le había dicho que sabía hacer burlas y encantamientos, pensó que había caído por gracia y nigromancia; y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno, que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir.

Comenzó luégo á hacer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera, dijo y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán, y rióse mucho. Yo triste (que me había visto moler á palos delante de mi dama, y me ví llevar preso sin razón, y con mal nombre) no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios, y ni por esas, ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase. Todo esto pasaba en el tejado; que los tales aun de tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme, y lo hicieron por una ventana que caía á una pieza que servía de cocina.



CAPITULO XIX

En que se prosigue lo mismo, con otros varios sucesos

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas, que decía haberme hallado en la faltriquera, y las hojas que había escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca, como culpa en poder de escribano.

Pasé la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba á rogárselo por Jesucristo; y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar; pero sentíame luégo, y levantábase á visitarme los nudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste, que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no había otros levantados sino él, y los testimonios. Agarró la correa, y volvióme á repasar muy bien las costillas, reprimiéndome el mal vicio de hurtar, como quien también lo sabía. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes), cuando incitados, y forzados de los amorosos ruegos de mi querida, que me había visto caer

y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar al punto por cómplices en el proceso. El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero fidalgo de la casa del rey, y que yo era un home muyto fidalgo, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el escribano clamó con algazara: ¡Resistencia! y dos criados suyos (entre corchetes y ganapanes) pisaron las capas, y deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al rey. Los dos, al fin, me desataron; y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo:

—Voto á tal que eso no se puede hacer conmigo, y que á no ser vuesas mercedes quién son, les podría costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés.

Yo ví luégo la letra, saqué ocho reales y díselos; y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido, lo dejé y me fuí con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos.

Reíase el catalán mucho, y decía á la niña, que se casase conmigo, para volver el refrán al revés, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado en estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luégo de varear; otras veces de leña y madera. Yo, que me ví corrido, y afrentado, y que me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama, ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender.

Llegaron la señalada, y requirieron á la huéspeda, que venían de parte del Santo Oficio, y que convenía secreto. Temblaron todos, por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí, callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaba al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían á buscar, que eran demonios, y que yo tenía familiar; y cuando les contaba del dinero que yo había contado, decían, que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa, y comida horra. Dí traza con los que me ayudaron, de mudar de hábito, y ponerme calza de obra, vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo, en menudos dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con ostentación, á título de rico, que era cosa que sucedía muchas veces en la corte; y aún añadieron que ellos me encaminarían á parte conveniente, y que me estuviese bien, y con algún arcaduz por donde se siguiese.

Yo, negro, codicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer día, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual en su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías, los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado, á bureo; y yo (que si no lo tenían á enfado) los acompañaría. Dejé dicho al mercader, que si venían allí mis pajes, y un lacayo, que los encaminase al Prado; dí señas de la librea, metíme entre los dos, y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veía era imposible el determinar, y juzgar cuyos eran los pajes y lacayos, ni

cuál era el que los llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo que tenía porcelana. Encarecíles mucho el Roldanesco, que esperaba que me habían de traer de Córdoba. En topando algún paje, caballo, ó lacayo, les hacía parar, y les preguntaba cuyo era, y también decía de las señales, y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle; y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarla. Quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo quién será este tagarote escuderón, porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto, dije yo, que andaba en busca de buenos caballos para mí, y otro primo mío, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pié del estri- y puse el talón por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro, y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cual decía: Este yo le he visto á pié; otro: Lindo va el buscón. Yo hacía como que no oía nada, y paseábame. Llegaron á un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tía.

Eran las vejezuelas alegres: la una de cincuenta y la otra, punto menos. Díjelas mil ternezas, y oíanme (que no hay mujer por vieja que sea, que tenga tantos años, como presunción). Prometílas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas; y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario, que las viesen colocadas como merecían; y agradóles mucho la palabra colocadas. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea, necia y mal nacida, por el mucho dote. Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia, en cueros, que

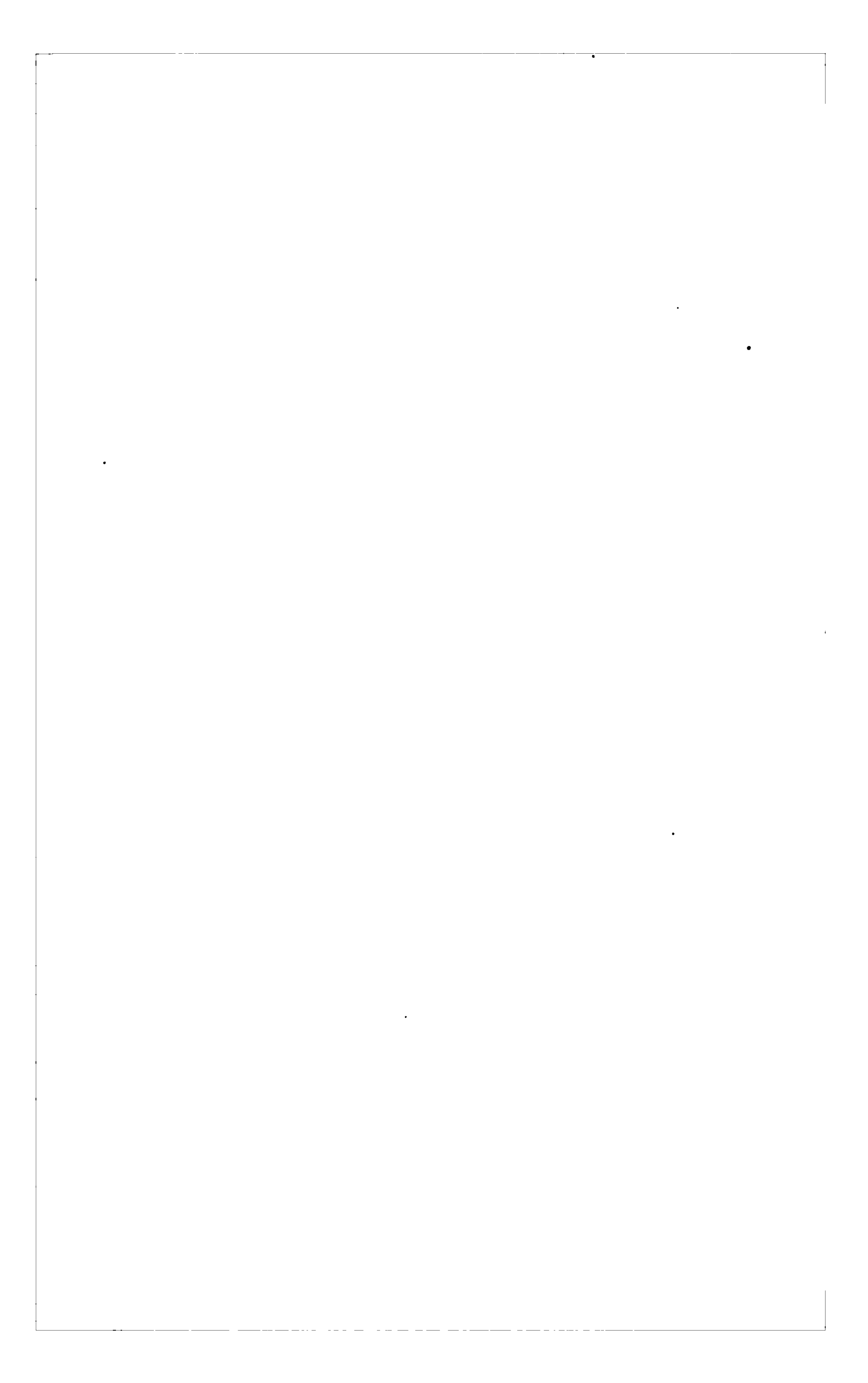
una judía poderosa; que (por la bondad de Dios) mi mayorazgo vale al pié de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada. Saltó tan presto la tía:

—¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con no ser yo muy rica, no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos) por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre.

—Eso creo yo muy bien—dije yo.

En esto, las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar á mis amigos. Mirábase el uno al otro, y á todos temblaba la barba. Yo, que vi la ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quién enviar á casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y las supliqué se fuesen á la Casa de Campo al otro día y que yo las enviaría algo fiambre. Aceptaron luégo; dijéronme su casa y preguntaron la mía; y con esto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar á mis criados y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia.

Fuíme, quedando concertado de vernos á la tarde del otro día, en la Casa de Campo. Fuí á dar el caballo al alquilador y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda, sin falta, y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos, en estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que había de hacer con el dote; y lo que más me tenía en duda era el hacer de él una casa ó darlo á censo, que no sabía yo qué sería mejor y de más provecho para mí.



CAPITULO XX

En que se prosigue el cuento, con otros sucesos y desgracias notables

AMANECIÓ, y despertamos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo á un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenía alquilado un caballico. Tomé el camino, á la hora señalada, para la Casa de Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, asomándose algunos de ellos. Llegué, y estaban allá las dichas, los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán; y en todo el día no había otra cosa, sino don Felipe acá, y don Felipe allá. Yo comencé á decir que me había visto tan ocupado con negocios de S. M. y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir; y que, así, les apercibía á merienda de repente.

En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle

que fuése al cenador y que aderezase allí, que entretanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazositas. La otra no era mala; pero tenía más desenvoltura, y dábame sospechas, de hocicada.

Fuímos á los estanques, vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente; no sabía hablar; pero como yo no quiero á las mujeres para consejeras, ni bufonas, sino para casarme con ellas; y si son feas y discretas, es lo mismo que casarse con Aristóteles ó Séneca, ó con un libro, procúrolas de buenas partes, para el arte de las ofensas: esto me consoló.

Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada, prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróseme un poco. Llegó la niña y prendiómela con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro día, que allí le aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña.

Estaba todo cumplidísimo, mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles; y estando en esto, ví venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cato, conozco á mi buen don Diego Coronel. Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él. Preguntóles (según se echó de ver después) mi nombre, y ellos dijeron:

—Don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico.

Veíame y santiguábase. Al fin, delante de ellas se llegó á mí, y dijo:

—Vuesa merced me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.

Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo:

—¡Jesús!—hacía el don Diego—¿cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida.

Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un picarón tan bajo como aquel; y (porque no se sospechase nada de ellas) dijo la una:

—Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido, en Ocaña.

Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servirlas con mi poca posibilidad, en todas partes.

El don Diego se me ofreció, y pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero; y añadía:

—No lo creerá vuesa merced: su madre era hechicera, su padre ladrón, su tío verdugo, y él el más ruín hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.

¿Qué sentiría yo, oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba (aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar yo y los otros dos, y nos despedimos; y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y tía dijeron como yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase, y vería era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la

calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuímos á casa juntos, como la otra noche; pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor y sentéme; sacaron naipes (eran hechizos como pasteles); perdí una mano, dí en irme por abajo, y ganéles cosa de trescientos reales, y con tanto me despedí y vine á mi casa.

Topé á mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando, en unos dados, tretas flamantes, y en viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me había sucedido; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión, por ningún camino, ni manera.

En esto supimos que se jugaba, en casa de un vecino boticario, juego de parar; entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un Mayo, y barajas hechas lindas. Determinamos de ir á darles un muerto (que así llaman al enterrar una bolsa); envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarían de jugar con un fraile Benito, que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo, y traía mucho del real de á ocho y escudo.

Creciólos á todos el ojo, y clamaron:

—Venga el fraile en hora buena.

—Es hombre muy grave en la Orden—replicó Pero López—y como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación.

—Venga, venga y sea por lo que fuere.

—Por el recato—dijo Brandalagas.

—No hay tratar de más—respondió el huésped.

Con esto ellos quedaron ciertos del caso y creída la mentira. Vinieron los acólitos; ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile Benito (que en cierta ocasión vino á mi poder), unos anteojos, y la barba, que por ser atusada no desayudaba.

Entré muy humilde; sentéme; comenzóse el juego; ellos levantaban bien, é iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les dí tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales. Dí barato, y con mi «loado sea el Señor» me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa.

Los otros (que habían perdido cuánto tenían) dábanse á mil diablos; despedíme, y salímos fuera. Venimos á casa á la una y media, y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto en algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que había otros muchos como yo; pues andar á pié parecía mal, y más entonces.

Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado, que tenía un caballo y le aguardaba, que se había acabado de apear á oir misa; metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió, subí en él, y dí dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo que la ví, y no sabía las mañas del caballo, ni era buen jinete, quise hacer galanterías; díle dos varazos, tiréle de la rienda, empinóse, y tirando dos coces aprieta á correr, y da conmigo, por las orejas, en un charco.

Yo que me ví así, rodeado de niños que se habían llegado (y delante de mi dama), empecé á decir:

—¡Oh mala bestia! ¡No fuérades vos Valenzuela! Estas temeridades me han de acabar; habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él.

Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luégo; yo torné á subir; y al ruido se había asomado don Diego Coronel (que vivía en la misma casa de sus primas).

Yo que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa que no saliese su amo y lo viese, que había de ir á palacio.

Yo soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué que, volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razón, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra.

Al fin me hube de apear. Subió el letrado y fuése; y yo, por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije:

—En mi vida subí en tan mala bestia; está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y trotón. Dije como yo lo corría y hacía parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría (y era de este licenciado). Quise probarlo; no se puede creer qué duro es de caderas; y con tan mala silla, que fué milagro no matarme.

—Sí fué—dijo don Diego—y con todo, parece que se siente vuesa merced de esa pierna.

—Sí siento—dije yo entonces—y me querría ir á tomar mi caballo y á casa.

La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento (como se le eché de ver) de mi caída; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que había pasado en la calle; y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron; y la mayor y fundamento de las otras fué, que cuando llegué á casa y fuí á una arca á donde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y de lo ganado al juego, menos cien reales que yo traía

conmigo, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello, y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí:

—¡Mal haya quien fía en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿Qué haré?

No sabía si ir á buscarlos ó si dar parte á la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían habían de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder también el casamiento (que ya me consideraba remediado con el dote), determiné de quedarme y apretarlo sumamente.

Comí, y á la tarde alquilé mi caballico y fuíme hacia la calle de mi dama; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, antes de entrar, á que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás de él, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás, hasta que volviese otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta.

Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, ó si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó qué se fué, que él se puso á inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba.

En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles, bravamente; y él acosado de ellas, que tenían gana de acabarlo, andando en mi busca topó con el licenciado Flechilla (que fué el que me convidó á comer, cuando yo estaba con los caballeros); y éste, enojado de que yo no le había vuelto á ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer; y que no había dos días que me había topado á caballo, muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísimamente.

No aguardó más don Diego; y volviéndose á su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena, amigos míos, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y díjoles que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle me magullasen los cascos, y que me conocerían en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y entrando en la calle topáronme, y disimuláronse de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos míos, como entonces.

Estuvimos en conversación, tratando de lo que sería bien hacer á la noche, hasta el Ave María.

Entonces, despidiéndose los dos, echaron hacia abajo; y yo y don Diego quedamos solos y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego:

—Por vida de don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

—Sea en buen hora —dije yo.

Tomé la suya inocentemente, y díle la mía en mala; ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él (que tenía trazado deshacerme las mías) dijo que le importaba ir solo; que me fuése.

No bien me aparté de él con su capa, cuando ordena el diablo que dos que le aguardaban para cintarearlo por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo; huyeron, y quedéme en la calle, con los cintarazos; disimulé tres ó cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle, de miedo.

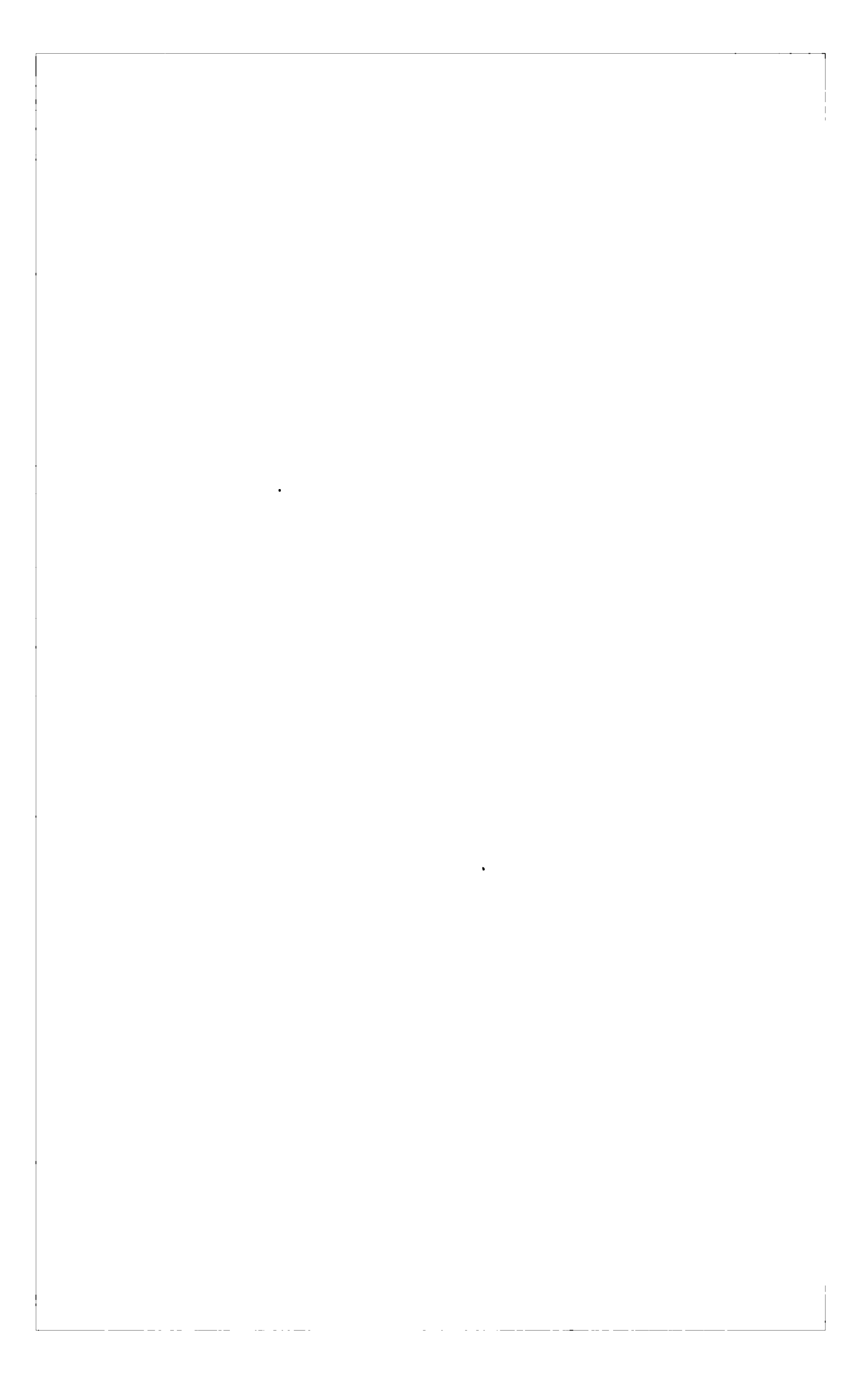
En fin, á las doce, que era la hora que solía hablar á mi dama, llegué á la puerta, y emparejando, cierra conmigo uno de los dos (que me aguardaban por don Diego), y con un garrote, dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja á oreja; quítanme la capa, y déjanme en el suelo, diciendo:

—Así pagan los pícaros embustidores, mal nacidos.

Comencé á dar gritos y á pedir confesión; y como no sabía lo que era, sospechaba, por las palabras, que acaso era el huésped, de quien me había salido con la traza de la Inquisición, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huídos; y al fin, yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía á quién echársela; pero nunca sospeché en don Diego, ni en lo que era. Daba voces á los capeadores, y á ellas vino la justicia. Levantáronme; y viendo mi cara con una zanja de un palmo y sin capa, ni saber lo que era, asiéronme para llevarme á curar.

Metiéronme en casa de un barbero; curóme; preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá; acostéme y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas, ni las sentía.

Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podía seguir á los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la corte, ni ir fuera.



CAPITULO XXI

De mi cura y otros sucesos peregrinos

HED aquí que, á la mañana, amanece en mi cabecera la huéspeda de casa, vieja de bien, edad de Marzo, cincuenta y cinco, con su rosario grande y su cara hecha en orejón ó cáscara de nuez, según estaba arada. Tenía buena fama en el lugar, y echábase á dormir con ella y con cuántos querían; templaba gustos y careaba placeres; llamábase Tal de la Guía; alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas había de descubrir de su cara. Á la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; á la de buenas manos, se las enseñaba á esgrimir; á la rubia, un bamboleo de cabellos, y un asomo de guedejas por el manto y la toca; á buenos ojos, lindos bailes con las niñas, ya dormidillos, cerrándolos, ya elevaciones, mirando hacia arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban, y les corregía las caras, que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos; y en lo que ella era más extremada, era en remendar doncellas. En solos ocho días que yo estuve en

casa la vi hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pelar, y á las mujeres refranes que dijesen. Allí les decía cómo habían de engarzar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa en Burgos, mujeres de todo embustir.

Esto he dicho, para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras (que siempre hablaba por refranes):

—De dó sacan y no ponen (hijo don Felipe) presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir; mozo eres; no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí que has desperdiciado mucha hacienda, sin saber cómo; y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Díme con quién andas, hijo, y diréte quien eres; cada oveja con su pareja; sábete, hijo, que de la mano á la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo, que si te inquietan mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas, así que enseño, como que pongo, y quedámonos con ellas en la casa; y no andarte con un pícaro, y otro pícaro, tras una alcorzada, y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados, si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haga buen casamiento; y aun los que me debes de la posada no te los pidiera, á no haberlos menester para unas candelicas, y yerbas (que trataba en botes, sin ser boticario; y si la untaban las manos, se untaba, y salía de noche por la puerta del humo).

Yo, que vi que había acabado la plática y sermón en pedirme, que con ser su tema acabó en él, y no comenzó como todos lo hacen, no me espanté de la visita, que no me la había hecho otra vez mientras había sido su huésped, sino fué un día que me vino á dar satisfacciones de que había oído que me habían dicho no sé qué de hechizos y que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vínome á desengañar, y á decir que era otra guía; y no es de espantar, que con tales guías vamos todos descaminados. Yo la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo que se acuerda de mí, trazó que la vinieron á prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa.

Entraron en mi aposento; y como me vieron en la cama, y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro ó seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama; y á ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcahueta y bruja. ¡Quién tal no pensara de una mujer que hacía la vida referida!

Á las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió á correr; ellos, que lo vieron y supieron (por lo que decía otro huésped de casa) que yo no lo era, arrancaron tras el pícaro; asiéronle, y dejáronme repelado y apuñeteado, y con todo mi trabajo me reía de lo que los picarones decían á la vieja; porque uno la miraba y decía:

—¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgará de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio!

Otro:

—Ya tienen escogida plumas los señores alcaldes, para que entréis bizarra.

Al fin, trajeron al picarón, y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdón, y dejáronme solo.

Yo quedé en algo aliviado de ver á mi buena huéspeda en el estado en que tenía sus negocios; y así no me que-

daba otro cuidado, sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja; aunque (según las cosas que contaba una criada que quedó en casa) desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir. Diéronme doce puntos en la cara, y hube de ponerme muletas. Hallémе sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada; y así, determinéme, por no hacer más gasto, no teniendo dinero, de salir con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que dieron un coleto de cordobán viejo, un jubonazo de estopa famoso, mi gabán de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatos grandes; la capilla del gabán en la cabeza, un Cristo de bronce colgado del cuello, y un rosario. Impúsome, en la voz y frases doloridas de pedir, un pobre que entendía bien del arte; y así comencé luégo á ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales, que me sobraron, en el jubón; y con esto me metí á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho días por las calles, aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamiento de plegarias:

—Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo, y me deseo.

Esto decía los días de trabajo; pero los de fiesta, comenzaba con diferente voz, y decía:

—Fieles cristianos, y devotos del Señor, por tan alta Princesa como la Reina de los ángeles Madre de Dios, dadle limosna al pobre tullido, y lastimado de la mano del Señor.

Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luégo añadía:

—Un aire corruto, en hora menguada, trabajando en una viña me trabó mis miembros; que me ví sano y bueno, como se ven, y se vean; ¡loado sea Dios!

Venían con esto los ochavos trompicando, y ganaba mu-

cho dinero; y ganara más, si no se me atravesara un mocetón mal carado, manco de los brazos, y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogía más limosna, con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando en chillido:

—Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; dadle al pobre lo que Dios reciba.

Y añadía: «Por el buen Jesú», y ganaba, que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús; quitábale la s, y movía á más devoción. Al fin, yo mudé de frasecicas, y cogía maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano, con un pobre de cantón (uno de los mayores bellacos que Dios crió); estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano, y manca y con calentura todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra de fuera, tan grande como una bola de puente, y decía: «¡Miren la pobreza y regalo que hace el Señor al cristiano!» Si pasaba una mujer, decía: «Señora hermosa, sea Dios en su ánima;» y las más, porque las llamase así, le daban limosna, y pasaban por allí, aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: «¡Ah, señor capitán!»—decía;—y si otro hombre cualquiera: «¡Ah, señor caballero!» Si iba alguno en coche, luégo le llamaba «señoría»; y si clérigo en mula, «señor arcediano»; en fin, él adulaba terriblemente.

Tenía modo diferente para pedir los días de los santos, y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos días estuvimos ricos; y era, que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles, y hurtaban lo que podían. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba; iba á la parte con dos niños de cajeta, en las sangrías qne hacían de ellas. Yo, con los consejos de tan buen maestro, y con las lecciones que

me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme, en menos de un mes, con más de docientos reales horros; y últimamente me declaró (con intento que nos fuésemos juntos) el mayor secreto, y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos: y era, que hurtábamos niños cada día entre los dos, cuatro ó cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros á preguntar las señas, y decíamos:

—Por cierto, señor, que lo topé á tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro; en casa está.

Dábanos el hallazgo y venimos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traía entrepajadas. Determiné de salirme de la corte, y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía, ni me conocía nadie. Al fin yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcazar (que era el pobre que dije), y busqué por los mesones en que ir á Toledo.

CAPITULO XXII

En que me hago representante, poeta y galán de monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente

En una posada topé una compañía de farsantes que iban á Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo había sido mío de estudio en Alcalá, y había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá y salir de la corte, y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse, *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad (por mi dinero) de alcanzar de los demás lugar para que yo fuése con ellos. Íbamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que también hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció extremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo, sin pensar á quién hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele:

—¿Esta mujer por qué orden la podríamos hablar para gastar con ella veinte escudos, que me ha parecido hermosa?

—No me está bien á mí el decirlo, que soy su marido, —dijo el hombre, —ni tratar de eso; pero sin pasión (que no me mueve ninguna) se puede gastar con ella cualquier

dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncica.

Y diciendo esto saltó del carro y fuése al otro según pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por éstos se puede decir que tienen mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasión, y preguntóme que á dónde iba, y algo de mi hacienda y vida. Al fin dejamos, tras muchas palabras, para Toledo las obras; íbamos holgando por el camino mucho. Yo, acaso, comencé á representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte, que les di codicia; y sabiendo (por lo que yo dije á mi amigo, que iba en la compañía) mis desgracias y descomodidades, díjome que si quería entrar en la danza con ellos. Encareciómе tanto la vida de la farándula, que yo, que tenía necesidad de arrimo y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor; hícele escritura de estar con él, y dióme mi ración y representaciones, y con tanto llegamos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó cuatro loas y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en el lugar; era de una nave (de lo que son todas) que venía destrozada y sin provisión, y decía lo de: Este es el puerto; llamaba á la gente: Senado; pedía perdón de las faltas y silencio, y entréme.

Hubo un vitor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo antes que si no eran comedias del buen Lope de Vega y Ramón, no había otra cosa. Al fin, la comedia se hizo el primer día, y no la entendió nadie; el se-

gundo empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salía yo armado y con rodela; que si no, á manos del mal membrillo, tronchos y badeas, acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecíalo la comedia, porque traía un rey de Normandía sin propósito, en hábito de ermitaño, y metía dos lacayos para hacer reir; y al desatar de la maraña no habia más de casarse todos, y allá vas.

Al fin, tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero poeta; y yo diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado, y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino de un paso de uno, y otro de otro, había hecho la capa de pobre de remiendo, y que el daño no había estado, sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacían comedias, á todos les obligaba á restitución, porque se aprovechaban de cuánto habían representado, y que era muy fácil, y que el interés de sacar trescientos y cuatrocientos reales les ponía á aquellos riesgos. Lo otro, que como andaban por esos lugares, y les leen unos y otros comedias, tomábanlas para verlas y hurtábanselas, y con añadir una necedad, y quitar una cosa bien dicha, decían que era suya; y declaróme cómo no había habido farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza; yo confieso que me incliné á ella, por hallarme con algún natural á la poesía, y más que tenía ya conocimiento con algunos poetas, y había leído á Garcilaso; y así determiné de dar en el arte; y con esto, la farsante y representar, pasaba la vida. Pasado un mes que había que estábamos en Toledo haciendo muchas comedias buenas, y también enmendando el yerro pasado (que con esto ya yo tenía nombre, y había llegado á llamarme Alonsete, porque yo había dicho llamarme Alonso, y por otro nombre me llamaban el Cruel, por serlo una figura que había hecho con grande aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar), tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendían sonsacar de la compañía.

Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los cómicos famosos, reprendía los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonico á Morales, y pedíanme el parecer en el adorno de los teatros, y trazar las apariencias. Si alguno venía á leer la comedia, yo era el que la oía. Al fin, animado con este aplauso, me desdoncellé de poeta en un romancico, y luégo hice un entremés, y no pareció mal. Atrevíme á una comedia; y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimías; había sus ánimas del Purgatorio, y sus demonios que se usaban entonces con su «bu, bu», al salir, y «ri, ri», al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de Satán en las coplas, y el tratar luégo de si cayó del cielo, y tal.

En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos á trabajar, porque acudían á mí enamorados, unos por coplas de cejas y otros de ojos, cuál de manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio; aunque, como había otras tiendas, porque acudiesen á la mía, hacía barato. Pues villancicos, hervía en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban, á pura oración, ocho reales de cada una, y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonorosa, que provocaba á gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

> Madre del Verbo humanal,
> hija del Padre Divino,
> dadme gracia virginal, etc.

Fuí el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones, con «aquí gracia y después gloria», en esta copla de un cautivo de Tetuán:

> Pidámosle, sin falacia
> al alto Rey, sin escoria,
> pues ve nuestra pertinacia,
> que nos quiera dar su gracia,
> y después allá la gloria.—Amen.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico, próspero, y tal, que casi aspiraba ya á ser autor. Tenía mi casa muy bien aderezada, porque había dado (para tener tapicería barata) en un arbitrio del diablo, y fué de comprar reposteros de tabernas y colgarlos. Costáronme veinte y cinco ó treinta reales; eran más para ver, que cuántos tiene el rey, pues por estos se veía de puro rotos, y por esotros no se verá nada.

Sucedióme un día la mejor cosa del mundo, que aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía, en mi posada, el día que escribía comedia, ál desván, y allí me estaba, y allí comía; subía una moza con la vianda, y dejábamela allí; yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, á la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera (que era angosta y oscura), con los platos y la olla, yo estaba en un paso de montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia, y decía:

> Guarda el oso, guarda el oso,
> que me deja hecho pedazos,
> y baja tras ti furioso.

Qué entendió la moza (que era gallega), como oyó decir «baja tras ti y me deja», que era verdad y que la avisaba; va á huir, y con la turbación písase la saya y rueda toda la escalera; derramó la olla, quebró los platos, y sale dando gritos á la calle, diciendo: ¡que mata un oso á un hombre! y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y aun contándoles yo cómo había sido ignorancia de la moza (porque era lo que he referido de la comedia), aún no lo querían creer.

No comí aquel día; supiéronlo los compañeros, y fué celebrado el cuento en toda la ciudad; y de estas cosas me sucedieron muchas, mientras perseveré en el oficio de poeta, y no salí del mal estado. Sucedió, pues, que á mi autor (que siempre paran en esto), sabiendo que en Toledo le

había ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas y le pusieron en la cárcel, con lo cual nos desmembramos todos y echó cada uno por su parte. Yo (si va á decir la verdad), aunque los compañeros me querían guiar á otras compañías, como no aspiraba á semejantes oficios, y el andar en ellos era por necesidad, viéndome con dineros y bien puesto, no traté más que de holgarme. Despedíme de todos; fuéronse; y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo há vuesa merced por enojo, dí en amante de red, como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Ante-Cristo, que es lo mismo que galán de monjas. Tuve ocasión para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Venus una monja, á cuya petición había hecho muchos villancicos, que se me aficionó en un auto del Corpus, viéndome representar un San Juan Evangelista. Regalábame la mujer con cuidado, y habíame dicho que sólo sentía que fuese farsante (porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero), y dábala compasión, y al fin me determiné de escribirla el siguiente papel:

Más por agradar á vuesa merced, que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que para mí cualquiera sin la suya es soledad; yo seré tanto más suyo, cuanto soy más mío. Avíseme cuándo habrá locutorio, y sabré juntamente cuándo tendré gusto, etc.

Llevó el billete la andadera. No se podrá creer el grandísimo contento de la buena monja, sabiendo mi nuevo estado. Respondióme de esta manera:

RESPUESTA.

De sus buenos deseos antes aguardo los parabienes, que los doy, y me pesara de ellos á no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en

sí; no resta ahora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio, dudo por hoy; pero no deje de venirse vuesa merced á vísperas, que allí nos veremos, y luégo por las vistas; y quizá podré yo hacer alguna pandilla á la abadesa. Y á Dios.

Contentóme el papel, que realmente la mujer tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en la comedia. Fuíme luégo á la iglesia, recé, y luégo empecé á repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos, para ver si parecía; cuando Dios y en hora buena (que más era diablo y en hora mala) oigo la seña antigua; comenzó á toser, y andaba una tosedura de Barrabás; remedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimiento en la iglesia. Al fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma á la red una vieja tosiendo, y echó de ver mi desventura, que es peligrosísima seña en los conventos, porque como es seña á las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor y sale una lechuza.

Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas; oílas todas, que por esto llaman á los galanes de monjas solemnes enamorados, por lo que tienen de vísperas, y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás. No se creerá los pares de vísperas que yo oí; estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, á puro estirarme para ver. Fuí gran compañero del sacristán y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecía que almorzaba asadores y que comía virotes.

Fuíme á las vistas, y (con ser una plazuela bien grande) era menester enviar á tomar lugar á las doce, como para comedia nueva; hervía en devotos. Al fin me puse donde pude; y podíanse ir á ver por cosas raras las diferentes posturas de los amantes: cuál, sin pestañear los ojos, mi-

rando; cuál, con su mano puesta en la espada y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos, extendidos los brazos á lo seráfico: cuál, con la boca más abierta, que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, la enseñaba á su querida las entrañas por el gaznate; otro, pegado á la pared, dando pesadumbre á los ladrillos, parecía medirse con la esquina; cuál se paseaba, como si le hubieran de querer por el portante como á macho; otro, con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecía que llamaba al halcón.

Los celosos era otra banda; de estos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando á ellas; otros, leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picón, pasaba por el terrero con una mujer de la mano; y cuál hablaba con una criada echadiza que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo y nuestra; pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también, porque las vistas era una torrecilla llena de reendrijas y una pared con deshilados, que parecía ya salvadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas; allí se veía una pepitoria, una mano, y acullá un pié; en otra parte había cosas de sábado, cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; á otro lado se mostraba buhonería; una enseñaba el rosario; cuál mecía el pañizuelo; en otra parte colgaba un guante; allí salía un listón verde; unas hablaban algo recio; otras tosían; y cuál hacía la señal de los sombreros, como si sacara arañas ceceando. En verano es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan, que es gran gusto verlas á ellas tan crudas y á ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle á uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape, ni lluvia que se nos pase por alto; y todo esto, al cabo, es para ver una mujer por red y vidrieras, como hueso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula si habla, y si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan á cabes, y un paloteadico

con los dedos; hincan las cabezas en las rejas, y apúntanse los requiebros por las troneras; aman al escondite. Pues verlas hablar quedito y aderezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente; y lo mejor es ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo.

Al fin, yo llamaba ya señora á la abadesa, padre al vicario y hermano al sacristán; cosas todas que, con el tiempo y el curso, alcanza un desesperado. Empezáronme á enfadar las torneras, con despedirme, y las monjas, con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que á otros se da tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veía que me condenaba, á puñados, y que me iba al infierno, por sólo el sentido del tacto. Si hablaba, solía (porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas) juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba tan bajo, que no me podía comprender si no se valía de trompetilla. No me veía nadie, que no decía: ¡Maldito seas, bellaco monjil! y otras cosas peores. Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado á dejar la monja aunque perdiese mi sustento, y determinéme á ello el día de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son monjas.

Y no quiera vuesa merced saber más de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras y se vistieron de viejo. Y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, trajeron banquetas, en lugar de sillas, á la iglesia, y muchos pícaros del rastro. Cuando yo ví que las unas por el un santo y las otras por el otro trataban indecentemente de ellos, cogiéndola á la monja mía, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra más ancha, quise

probar ventura. Lo que hizo la monja de sentimiento, más por lo que la llevaba, que por mí, considérelo el pío lector.

CAPITULO XXIII

De lo que me sucedió en Sevilla, hasta embarcarme á Indias

PASÉ el camino de Toledo á Sevilla prósperamente, porque como yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y menor, y tenía la mano derecha encubridora de un dado, pues preñada de cuatro, paría tres, llevaba provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de moros y ballestilla, y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores; porque á decirlas todas, me tuvieran más por ramillete, que por hombre; y también porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fíes, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela; guarda el naipe de tocamientos raspados ó bruñidos (cosa con que se conocen los azares). Y por si fueres pícaro, lector, advierte que, en cocinas y caballerizas, pican con alfiler, ó doblan los azares, para conocerlos por lo hendido. Y si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fué

concebido en pecado, y que, con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fíes del naipe limpio, que al que da vista y retiene, lo más jabonado es sucio. Advierte que á la carteta el que hace los naipes no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. Á la primera, mira no dén de arriba las que descarta el que da, y procura que no se pidan cartas, ó por los dedos en el naipe, ó por las primeras letras de las palabras.

No quiero darte luz de más cosas; estas bastan para saber que has de vivir con cautela; pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entiende; *dobles* son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al sano de malicia, y bueno como el pan; y *negro,* al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con este lenguaje y estas flores, llegué á Sevilla; con el dinero de los camaradas gané el alquiler de las mulas y la comida, y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuíme luégo á apear al mesón del Moro, donde me topó un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se decia (por parecerle nombre de poco ruido) Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habían dado, decía:

— No hay tal maestro, como el bien acuchillado.

Y tenía razón, porque la cara era una cuera y él un cuero. Díjome que había de ir á cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverían al mesón. Fuí, llegamos á su posada, y dijo:

— Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no lo tengan por maricón, abaje ese cuello y agobie de espaldas, la capa caída (que siempre andamos nosotros de capa

caída), y ese hocico de tonillo; gestos á un lado y á otro; haga vucé de la g, h, y de la h, g, y diga conmigo: Gerida, mogino, jumo, pahería, mohar, habalí y harro de vino.

Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfange y en lo largo se llamaba espada, que bien podía:

—Bébase— me dijo — esta media azumbre de vino puro, que si no da vaharada, no parecerá valiente.

Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro de ellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecían diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas, las conteras en guarnición, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buidos á lo cuerno, y barbas turcas como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luégo á mi amigo le dijeron (con voces mohinas, sisando palabras):

—Seidor, só compadre.

Respondió mi ayo. Sentáronse, y para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorral, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro satisfizo, empuñando la barba y mirando hacia abajo. Con esto se levantaron todos con mucha alegría y me abrazaron, hicieron muchas fiestas, y yo de la propia manera á ellos, que fué lo mismo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar, y vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman cañones. Sentámonos todos juntos á la mesa; aparecióse luégo el alcaparrón, y con esto empezaron (por bien venido) á beber á mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la ví beber, entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón.

Contentóme la penadilla. Á dos veces, no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta, sin confesión. Recetáronsele al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes, lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. Á mi compañéro con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos, y mirando á la luz:

— Por esta, que es cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, esta noche hemos dar al corchete que siguió al pobre tuerto.

Levantóse entre ellos un alarido disforme, y sacando las dagas lo juraron solemnemente, poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron:

— Así como bebemos este vino, hemos de beber de la sangre de todo acechador.

—¿Quién es este Alonso Álvarez—pregunté — que tanto se ha sentido su muerte?

— Mancebo — dijo el uno de ellos — lidiador ahigado, mozo de manos y buen compañero. Vamos, que me retientan los demonios.

Con esto salimos de casa á montería de corchetes. Yo, como iba entregado al vino, y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertía el riesgo á que me ponía. Llegamos á la calle de la Mar, donde se encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embestimos. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas almas, al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus piés, y apeló por la calle arriba, dando voces. No lo pudimos seguir, por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos á la iglesia mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia y dor-

mimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascos.

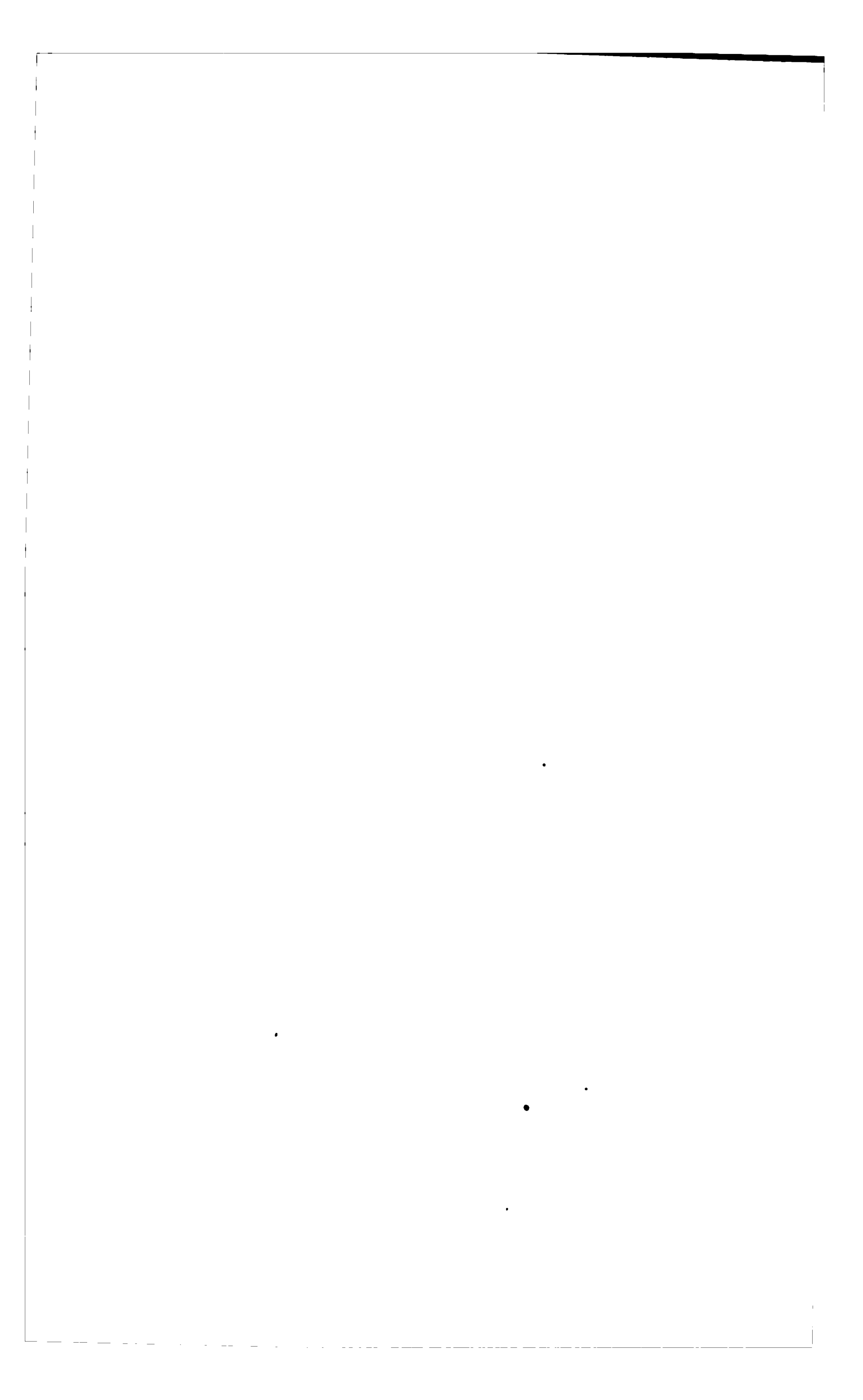
Vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huído el alguacil de un racimo de uva, que entonces lo éramos nosotros. Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas, esta vida; y así propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos días era Rabí de los otros rufianes.

La justicia no se descuidaba en buscarnos; rondábanos la puerta; pero con todo, de media noche abajo rondábamos disfrazados. Yo, que ví que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme (no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador), determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella, á ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte; y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbre.

FIN DEL GRAN TACAÑO



VISITA DE LOS CHISTES



Á DOÑA MIRENA RIQUEZA

HARTO es que me haya quedado algún discurso, después que veo á vuesa merced, y creo que me dejó este por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare; llévoselo yo, porque el mayor designio desinteresado es el mío, para enmienda de lo que puede estar escrito con algún desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invención, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina, si me han aprovechado el estilo y la diligencia. Le remito á la censura que vuesa merced hiciere de él, si llega á merecer que le mire, y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vuesa merced, que lo mismo hiciera yo. En prisión y en la Torre, á 6 de Abril de 1722.

A QUIEN LEYERE

He querido que la muerte acabe mis discursos, como las demás cosas; quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño; no me queda ya que soñar; y si en la Visita de los Chistes no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré sietedurmiente de las tales figuras. VALE.

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos: la desesperación cobarde, y la tristeza esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condición de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prisión; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento, ó por hacer lisonja á mi melancolía) leído aquellos versos que Lucrecio escribió, con tan animosas palabras me vencí de la imaginación, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones, me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido ó escandalizado. Para que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introducción á mi discurso la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa con amenazas tan elegantes:

«Denique si vocem, rerum natura repente
»Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
»Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis ægris
»Luctibus indulges? Quid mortem congemis, ac fles?
»Nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,
»Et non omnia, pertusum congesta quasi in vas,
»Commoda perfluxere, atque ingrata interiere:
»Cur non, ut plenus vitæ, conviva, recedis?
»Æquo animoque capis securam, Stulte, quietem?»

Al fin, hombre nacido
de mujer flaca, de miseria lleno,
á breve vida como flor traído,
de todo bien y de descanso ajeno;
que, como sombra vana,
huye á la tarde, y nace á la mañana.

Con este conocimiento propio me acompañaba luégo esta coplita:

Guerra es la vida del hombre
mientras vive en este suelo:
y sus horas y sus días
como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideración, me ví á los piés de los desengaños, rendido, con lastimoso sentimiento y con celo enojado, repetía estos en la fantasía:

¡Qué perezosos piés, qué entretenidos
pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me alargan los engaños,
y en mí se escandalizan los perdidos.
Mis ojos no se dan por entendidos;
y por descaminar mis desengaños,
me disimulan la verdad los años,
y les guardan el sueño á los sentidos.
Del vientre á la prisión vine en naciendo,
de la prisión iré al sepulcro amando,
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.
Cuantos plazos la muerte me va dando,
prolijidades son que van creciendo,
porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas y respuestas, fatigado y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso, más que natural) me quedé dormido. Luégo que desembarazada el alma se vió ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió de esta manera la comedia siguiente; y así la recitaron mis potencias á obscuras, siendo yo, para mis fantasías, auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual; de manera que los dueños iban encima en mareta, y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios; las bocas emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un brazo; sayos con resabios de baqueros; guantes en infusión, doblados como los que curan; sortijón en el pulgar, con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran éstos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las mulas, que con los doctores, se graduaron de médicos. Yo, viéndolos, dije:

—Si de estos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios, con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que éstos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalle del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera, que estos boticarios; son armeros de los doctores, y ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra, y que no aluda á armas ofensivas; jarabes, que antes les sobran letras para jara, que les falten; botes se dicen los de pica; espátulas son espadas en su lengua; píldoras son balas; clísteres y melecinas, cañones; y así se llaman cañón de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, ellos los infiernos, los enfermos los condenados á muerte, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaetadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciendo: ***Récipe***, que quiere decir ***Recibe***. De la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delincuentes, y luégo ***Ana***, ***Ana***, que juntas hacen un Annás para condenar á un justo. Síguense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luégo ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: ***Ruptalmus***, ***Opoponach***, ***Leontopelatum***, ***Tra-***

goriganum, Potamegotum, Seni pugillo, Diacatolicon, Petroselinum, Scila y Rapa. Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos, perejil y otras suciedades. Y como han oído decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres, porque no sean conocidas, y las compren los enfermos. *Eglematis* dicen lo que es lamer; *Catapocia* las píldoras; *Clister,* la melecina; *Gres* ó *bolanos* la cala, y *Errhina* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué olor habrá de tan mal gusto, que no huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Servén, y verse convertir en baúl una pierna ó muslo donde él está? Cuando ví á estos y á los doctores, entendí cuán mal se dice, para notar diferencia, aquel asqueroso refrán: Mucho va del c... al pulso; que antes no va nada; y sólo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oido, se le llevan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla. Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín y su dicho á la hedentina, no les esperará un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas y destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos, sin alma, y sin conciencia!

Luégo se seguían los cirujanos, cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones, y entre ellos se oía una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía:

—Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, ajigota, rebana, descarna y abrasa.

Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacían

con los cauterios y tientas: unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros, y híceme un ovillo.

En tanto, vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes, haciendo bragueros; y en esto conocí que eran sacamuelas: el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas agenas, y no ver diente que no quieran ver antes en su collar, que en las quijadas, desconfían á las gentes de Santa Polonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato, que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes agenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran:

—¿Quién vendrá acompañado de esta maldita canalla?—decía yo;—y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente: cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles y vacas. ¡Que me maten si no son barberos esos que entran! No fué mucha habilidad el acertar que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis dada; era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decía entre mí:

—¡Dolor de la barba, que ensayada en saltarenes, se ha de ver rapar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folías!

Consideré que todos los demás ministros del martirio, inducidores de la muerte, estaban en mala moneda, y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata. Entretúveme en ver manosear una cara, sobacar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luégo comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores, que parecían azudas en conversación, cuya música era peor, que la de órganos destemplados. Unos hablaban á hilván: otros á borbotones; otros á chorretadas, y otros habladorísimos hablaban á cántaros; gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como

si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de día, ni de noche; gente que hablaba entre sueños y que madrugaba á hablar. Había habladores secos, y habladores que llaman del río, ó del rocío, y de la espuma, gente que graniza de perdigones. Otros que llaman taravilla, gente que se va de palabras, como de cámaras; que hablan á cada furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hacia todas partes, y tirando manotadas y coces; otros gimios, haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo á los otros.

Seguíanse los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas agenas, espulgándolos á todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños, bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un grande auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venían los entremetidos, muy soberbios, satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio; solapos de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venían los postreros, según pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían tan apartados. Y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos):

—Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.

En esto, estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo

abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todos colores; por el un lado era moza, y por el otro era vieja; unas veces venía despacio, y otras apriesa; parecía que estaba lejos y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosicosa, viendo tan extraño ajuar, y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa; porque bien mirado, era figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome:

—La Muerte.

¿La Muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije:

—¿Pues á qué vienes?

—Por ti—dijo.

—¡Jesús mil veces! Muérome, según eso.

—No te mueres,—dijo ella;—vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razón será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? ¡Alto, ven conmigo!

Perdido de miedo, le dije:

—¿No me dejarás vestir?

—No es menester—respondió—que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa; yo traigo los trastos de todos, porque vayan más ligeros.

Fuí con ella donde me guiaba, que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino, la dije:

—Ya se ven señales de la Muerte, porque á ella nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña.

Paróse y respondió:

—Eso no es la Muerte, sino los muertos, ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La Muerte no la conocéis, y sois vosotros vuestra muerte; tiene la cara de cada uno de vos-

otros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamáis morir, es acabar de morir; y lo que llamáis nacer, es empezar á morir; y lo que llamáis vivir, es morir viviendo; y los huesos, es lo que de vosotros deja la Muerte, y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día, y la agena en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas de ella, y que en vuestro lugar hay tantas muertes, como personas; y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola y descomponiéndola. Pensáis que es huesos la Muerte, y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos, que creáis que lo podéis ser.

—Dime—dije yo—¿qué significan éstos que te acompañan? ¿Y por qué van, siendo tú la Muerte, más cerca de tu persona los enfadosos, habladores y entremetidos, que los médicos?

Respondióme:

—Mucha más gente enferma de los enfadosos, que de los tabardillos y calenturas; y mucha más gente matan los habladores y entremetidos, que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso ó destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan; y así no habéis de decir cuando preguntan: ¿de qué murió fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino murió de un doctor tal, que le dió de un doctor cual. Y es de advertir que, en todos los oficios, artes y estados, se ha introducido el Don en hidalgos y en villanos. Yo he visto sastres y albañiles con Don, y ladrones y galeotes en galeras; pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares; sólo de los médicos, ninguno ha habido con Don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más don al despedirse, que Don al llamarlos.

En esto llegamos á una sima grandísima, la Muerte predicadora y yo desengañado; zambullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro monstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y díjome:

—¿Conoces á esta gente?

—Ni Dios me la deje conocer—dije yo.

—Pues con ellos andas á las vueltas—dijo ella—desde que naciste; mira cómo vives,—replicó.—Estos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquel, este es el Diablo y aquella la Carne.

Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte:

—Son tan parecidos, que en el Mundo tenéis á los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el Mundo, y tiene al Diablo. Piensa un lujurioso que tiene la Carne, y tiene el Demonio; y así anda todo.

—¿Quién es—dije yo—aquel que está allí apartado, haciéndose pedazos con estos tres, con tantas caras y figuras?

—Ese es—dijo la Muerte—el Dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el Dinero es el Diablo, en que todos decís: Diablo es el Dinero; lo que no hiciere el Dinero, no lo hará el Diablo; endiablada cosa es el Dinero. Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que no hay más Mundo que el Dinero; quien no tiene Dinero, váyase del Mundo. Al que le quitan el Dinero, decís que le echen del Mundo; y que todo se da por el Dinero. Para decir que es la Carne el Dinero, dice el Dinero: Dígalo la Carne; y remítese á las mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.

—No tiene mal pleito el Dinero—dije yo—según se platica por allá.

Con esto nos fuímos más abajo; y antes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega, me dijo:

—Estos dos que saldrán aquí conmigo, son las postrimerías.

Abrióse la puerta, y estaban á un lado el Infierno, y el que llaman Juicio de Minos (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al Infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte:

—¿Qué miras?

—Miro—respondí—al Infierno, y me parece que lo he visto otras veces.

—¿Dónde?—preguntó.

—¿Dónde? en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos y en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el Infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatreros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oir misas. Y lo que más he estimado, es haber visto el Juicio de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el juicio cómo es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesia tal!—decía yo:—si de este juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creídas, sombra ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener de este juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba, viendo que siendo este el juicio, se está aquí casi entero, y que poca parte está aquí repartida entre los vivos. Mas quiero muerte con juicio, que vida sin él.

Con esto bajamos á un grandísimo llano, donde parecía estaba depositada la obscuridad para las noches. Díjome la Muerte:

—Aquí has de parar, que hemos llegado á mi tribunal y audiencia.

Aquí estaban las paredes colgadas de Pésames; á un lado estaban las Malas nuevas, ciertas, creídas y no esperadas: el Llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido en los necios y desacreditado en los pobres. El Dolor se había desconsolado y creído; y solos los Cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la Envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Alvarez ó González; en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno) los tenía amarillos y gastados; y es la causa, que lo bueno y santo, para morderlo lo llega á los dientes; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La Discordia estaba debajo de ella, como que nacía de su vientre (y creo que es su hija legítima esta). Huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se había huído á las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La Ingratitud estaba en un grande horno, haciendo de una masa de soberbios y odiosos, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre había sospechado que los ingratos eran diablos: y caí entonces en que los ángeles, para ser diablos, fueron primero ingratos. Andaba toda hirviendo de maldiciones:

—¿Quién diablos—dije yo—está lloviendo maldiciones aquí?

Dijo un muerto que estaba á mi lado:

—¿Maldiciones queréis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo? pues todos decís: Mal haya quien me casó; mal haya quien con vos me juntó; y los más: Mal haya quien me vistió.

—¿Qué tienen que ver—dije yo—sastres y casamenteros en la audiencia de la Muerte?

—¡Pesia tal!—dijo el muerto, que era impaciente—¿estáis loco? Pues si no hubiera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? Á mí me lo decid, que soy marido cinco (como bolo) y se me quedó allá la mujer, y piensa acompañarme con otros diez. Pues sastres: ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar á la desdicha peor nombre, la llaman desastre del sastre, y es el principal miembro de este Tribunal que aquí véis.

Alcé los ojos, y ví la Muerte en su trono y á los lados muchas muertes. Estaba la Muerte de amores, la Muerte de frío, la Muerte de hambre, la Muerte de miedo y Muerte de risa, todas con diferentes insignias. La Muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Piramo y Tisbe embalsamados, á Leandro y Hero, y á Macías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente ví, que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interés, resucitaban. En la Muerte de frío ví á todos los ricos, que como no tienen mujer, ni hijos, ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos cada uno carga con lo que puede, y mueren de frío. La Muerte de miedo estaba la más rica y pomposa, y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren á sus mismas manos; sus sayones son sus conciencias; ellos son verdugos de sí mismos; y sólo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios á los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento; los ojos hambrientos de sueño; las bocas quejosas de las manos, y las almas trocadas en plata y oro. La Muerte de risa era la postrera, y tenía un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no

hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia. Estos son los que, diciéndoles: «Restituid lo mal llevado», dicen es cosa de risa. «Mirad que estáis viejo, y que ya no tiene el pecado qué roer en vos; dejad la mujercilla, que embarazáis inútil, que cansáis enfermo; mirad que el mismo diablo os despreciará ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos». Responden es cosa de risa, y que nunca se sintieron mejores. Otros hay que están enfermos y exhortándolos á que hagan testamento y que se confiesen, dicen que se sienten buenos, y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aún no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta visión, y dije herido del dolor y conocimiento:

—¡Diónos Dios una vida sola y tantas muertes! ¡De una manera se nace y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir.

En esto estaba, cuando se oyó una voz que dijo tres veces:

—¡Muertos, muertos, muertos!

Con eso se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en orden, con silencio:

—Hablen por su orden—dijo la Muerte.

Luégo salió uno, con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me quería maltratar, y dijo:

—Vivos de Satanás: ¿qué me queréis, que no me dejáis muerto y consumido? ¿Qué os he hecho, que sin tener parte en nada, me disfamáis en todo y me echáis la culpa de lo que no sé?

—¿Quién eres—le dije con una cortesía temerosa—que no te entiendo?

—Soy—dijo—el malaventurado Juan de la Encina, el cual, habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andáis, en haciéndose un disparate, ó en diciéndole vos-

otros, diciendo: «No hiciera más Juan de la Encina; daca los disparates de Juan de la Encina». Habéis de saber que, para hacer y decir disparates, todos los hombres sois Juan de la Encina; que este apellido de Encina es muy largo, en cuanto á disparates. Pero pregunto: ¿Hice yo los testamentos, en que dejáis que otros hagan por vuestra alma lo que no habéis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñíme la barba para no parecer viejo? ¿Fuí viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenía? ¿Enamoréme con mi dinero, y el quitarme lo que tenía? ¿Entendí yo que sería bueno para mí, el que á mi intercesión fué ruín con otro que se fió de él? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir, y cuando tuve con qué, no tuve vida que vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fuí yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico ó medrase? ¿He creído las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos á los que, al lado de los príncipes, dan toda la vida por una hora? ¿Heme preciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fuí desvergonzado por campar de valiente? Pues si Juan de la Encina no ha hecho nada de esto: ¿qué necedades hizo este pobre Juan de la Encina? Pues en cuanto á decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamáis disparates los míos y parates los vuestros, pregunto yo: ¿Juan de la Encina fué acaso el que dijo: Haz bien y no cates á quién; habiendo de ser al contrario: Si hicieres bien, mira á quién? ¿Fué Juan de la Encina quien, para decir que uno era malo, dijo: Es hombre que ni teme, ni debe; habiendo de decir que ni teme, ni paga? ¿Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer, ni deber; y la mayor de la maldad, ni temer, ni pagar. Dijo Juan de la Encina: De los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino

de las carnes la mujer, de los pescados el carnero, de las aves el Ave María, y después la presentada; de las damas la más barata. Mirad si es desbaratado Juan de la Encina: no prestó sino paciencia; no dió sino pesadumbres; él no gastaba con los hombres que piden dinero, ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer Juan de la Encina, desnudo por no tratar con sastres? ¿Que se dejó quitar la hacienda, por no haber menester letrados? ¿Que se murió antes de enfermo, que de curado, para ahorrarse de médico? Sólo un disparate hizo, que fué, siendo calvo, quitarse á nadie el sombrero; pues fuera menos mal ser descortés, que calvo, y fuera mejor que le mataran á palos porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos, porque era calvario. Y si, por hacer una necedad, anda Juan de la Encina por esos púlpitos y cátedras con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos, que todo el mundo es Muerte, y todos son Encinas.

En esto estábamos, cuando muy estirado y con gran ceño, emparejó otro muerto conmigo, y dijo:

—Volved acá la cara, no penséis que habláis con Juan de la Encina.

—¿Quién es vuesa merced—dije yo—que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia?

—Yo soy—dijo—el Rey que rabió. Y si no me conocéis, por lo menos no podéis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que á todo decís que se acuerdan del Rey que rabió; y en habiendo un paredón viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luégo decís que se acuerda del Rey que rabió. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan de él sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones; ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida, ni apolillada. Han dado en decir que

rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado en decir que rabié, y no tiene ya remedio; y no soy yo el primer rey que rabió, ni solo, que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabie. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes, porque andan siempre mordidos, por las orejas, de envidiosos y aduladores que rabian.

Otro, que estaba al lado del Rey que rabió, dijo:

—Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el Rey Perico, y no me dejan descansar ni de día, ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del Rey Perico. Mi tiempo fué mejor, que ellos pueden pensar. Y para ver quién fuí yo y mi tiempo, y quién son ellos, no es menester más que oirlos, porque en diciendo á una doncella ahora la madre:

—Hija, las mujeres han de bajar los ojos y mirar á la tierra y no á los hombres, —responden:

—Eso fué en tiempo del Rey Perico; los hombres han de mirar á la tierra, pues fueron hechos de ella, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas de él. Si un padre dice á un hijo: «No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición á la mesa»; dice que eso se usaba en tiempo del Rey Perico. Ahora le tendrán por un mal tiempo si le ven persignarse, y se reirán de él si no jura y blasfema, porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura, que al que tiene barbas.

Al acabar de decir esto, se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía, dijo:

—Basta lo que han hablado, que somos muchos, y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido. No dijera más Mateo Pico. Yo vengo á eso solo. Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo Mateo Pico, que luégo andáis si dijera más ó no dijera más? ¿Cómo sabéis que no dijera más Mateo Pico? Déjame tornar á vivir, sin tornar á nacer, que no me hallo bien en

barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos: ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que enmendárades el refrán, diciendo: Más dijera Mateo Pico. Aquí estoy, y digo más; y avisad de esto á los habladores de allá, que yo apelo de este refrán con los mil y quinientos.

Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo Mateo Pico. Era hombrecillo menudo, todo chillido, que parecía que se rezumaba de palabras por todas sus conjunturas; zambo de ojos, bizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote que se bullía con un ardor terrible y andaba danzando por el garrafón, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y de estas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que había visto y pasado me olvidé; y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no me diferenciaba de los muertos:

—¡Jesús mil veces!—dije—¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma?

En esto, oí una voz que salía de la vasija, y dijo:

—¿Qué año es este?

—De seiscientos y veintidos,—respondí.

—Este año esperaba yo.

—¿Quién eres,—dije,—que parido de una redoma, hablas y vives?

—¿No me conoces?—dijo—¿La redoma y las tajadas no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oido decir que me hice tajadas dentro de una redoma, para ser inmortal?

—Toda mi vida lo he oido decir,—respondí;—mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijes y

babador. ¿Qué, tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algún alquimista que penabas en esa redoma, ó algún boticario; todos mis temores doy por bien empleados, por haberte visto.

— Sábete,—dijo,—que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron no sin dolor de los doctos.

— Sí me acuerdo,—dije yo:—oído he decir que estás enterrado; mas hoy me he desengañado.

— Ya que has venido aquí,—dijo,—desatapa esa redoma.

Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra, con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome:

— Espera, díme primero: ¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?

Respondíle:

— No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.

— ¿Ginoveses andan á la sacapela con el dinero?—dijo él;—vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son los lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque sólo el dinero que va á Francia, no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo, andando esos usajes de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en una redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar, antes que verlos hechos dueños de todo.

— Señor nigromántico,—repliqué yo,—aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, enferman de príncipes, y con los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía, y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio

que las mozas vendan las rentas reales de ellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el Consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra. En esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.

—Animádome has,—dijo.—con eso. Dispondréme á salir de esta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.

—Mucho hay que decir en esto—le respondí yo:—tocado has una tecla del diablo; todos tienen honra, todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra honra, y que quieren más hurtar, que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir, que no hurtar. Sí levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen. Que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes, que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin, en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo, se ríen del mundo. Considérome yo á los hombres con unas honras títeres, que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirado bien, son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que, ya en España, ni el vino se queja de mal bebido, ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo, no sabía el vino por dónde subir á las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno sus agujas. Hay maridos calzadores, que los meten para calzarse la mujer con más descanso y sacarlos fuera ellos. Hay mari-

dos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á obscuras parecen estrellas; y llegados cerca, son candelilla, cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen y llegándose apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres cuando piden su honra, que es pedir la que dan. Y si creemos á la gente y á los refranes, que dicen: Lo que arrastra, honra, la honra del marido son las culebras y las faldas.

— No estoy dos dedos de volverme jigote - dijo el nigromántico—para siempre jamás; no se qué me sospecho. Dime: ¿y letrados?

— Hay plaga de letrados,—dije yo;—no hay otra cosa sino letrados, porque unos lo son por oficio, otros lo son por presunción, otros por estudio, y de estos pocos; y otros (estos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado); y todos se gradúan de doctores, bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan, que por las universidades; y valiera más á España langosta perpetua, que licenciados al quitar.

— Por ninguna cosa saldré de aquí— dijo el nigromántico.—¿Eso pasa? Ya los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados, me avecindé en esta redoma, y por no los ver, me quedaré hecho pastel en bote.

Repliqué:

— En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos doctores, y hala sucedido lo que á los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada, como especias. Un Fuero-Juzgo con su maguer y su cuerno, y Conusco y Faciamus era todas las librerías; y aunque son voces antiguas suenan con mayor propiedad, pues llaman sayón al alguacil,

otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menochíos, Surdos y Fabios, Farinacios y Cujacios, Consejos, Decisiones, Responsiones, Lecciones, y Meditaciones, y cada día salen autores, y cada uno con tres volúmenes: Doctoris Putei, 1, 6, vol. 1, 2, 3, 4, 5, hasta 15. Licenciati Abbatis *de Usuris,* Petri Cusqui *in Codigum,* Rupis, Bruticarpin, Castanei, Montocanense *de Adulterio et Patricidio,* Cornazano, Rocabruno, etc. Los letrados todos tienen un cementerio por librería, y por ostentación andan diciendo: «Tengo tantos cuerpos;» y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin almas, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; sólo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que lo quieren para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él, que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas; los pleitos son sobre que el dinero sea de los letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Queréis ver que tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfías; si no hubiera porfías, no hubiera pleitos; si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; si no hubiera enredos, no hubiera delitos; si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; si no hubiera jueces, no hubiera pasión, y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza y lo que autoriza una gorra. Llegaréis á pedir un parecer, y os dirán: «Negocio es de estudio; diga vuesa merced, que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos.» Toman un quintal de libros, dándole dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo, y leen de priesa; remiéndanle una anexión, luégo dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: «En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesa merced me deje los papeles,

que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por mas que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche, porque estoy escribiendo sobre la Tenuta de Trasbarrás; mas por servir á vuesa merced lo dejaré todo.» Y cuando al despediros le queréis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: «¡Jesús, señor!» Y entre Jesús y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres, se emboca un doblón.

—No he de salir de aquí—dijo el nigromántico—hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decían que el palo era alcalde y de ahí vino: Júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser sólo á dar arbitrio á los reyes del mundo, que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo, para que lo embelequen, roben y consuman. Díme: ¿Hay todavía Venecia en el mundo?

—Sí la hay,—dije yo;—no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.

—¡Oh! doyla al diablo—dijo el nigromántico—por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa, que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ageno, no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego, y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones, y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite, por hacer mal á los cristianos; los cristianos, por hacer mal á los turcos; y ellos, por poder hacer mal á unos y á otros, no son moros, ni cristianos; y así dijo uno de ellos mismos, en una ocasión de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: «Ea, que antes fuísteis venecianos, que cristianos!» Dejemos eso, y díme:

—¿Hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?

—Enfermedad es—dije yo—esa, de que todos los reinos son hospitales.

Y él replicó:

—Antes casas de orates entendí yo; mas, según la relación que me haces, no me he de mover de aquí; mas quiero que tú les digas á esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue si le quieren apretar se va; así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos, por la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante de ellos de respeto y temor, porque sino, es fuerza que tiemblen después, hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España? que es la postrera curiosidad que he de saber, que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor.

—Murió Filipo III,—dije yo.

—Fué santo rey y de virtud incomparable—dijo el nigromántico,—según leí yo en las estrellas pronosticado.

—Reina Filipo IV días há,—dije yo.

—¿Eso pasa?—dijo—¿Qué ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba?

Y diciendo y haciendo, subió por la redoma y la trastornó y salió fuera. Iba corriendo y diciendo:

—Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto, que en otros tiempos por doce millones.

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo:

—Déjale ir, que nos tenía con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo, dí que Agrages estuvo contigo, y que se queja que le levantéis: «Agora lo veredes.» Yo soy Agrages; mira bien que no he dicho tal, que á mí no se me da nada que ahora, ni nunca lo veáis; y siempre andáis dicien-

do: «Agora lo veredes, dijo Agrages». Sólo ahora, que á ti y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo, que agora lo veredes. Y pues soy Agrages: «agora lo veredes, dijo Agrages.»

Fuése; y púsoseme delante, enfrente de mí, un hombrecillo que parecía remate de cuchara, con pelo de limpiadera; erizado, bermejizo y pecoso:

— Dígote sastre,—dije yo.

Y él tan presto, dijo:

—¡Os que no pica, pues no soy sino solicitador, y no pongáis nombres á nadie! Yo me llamo Arbalias á unos, y á otros, sin saber á quién lo decís.

Muy enojado á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido, en que juntando lo extraordinario con el desaliño, hacía misteriosa la pobreza.

— Más despacio te he menester que Arbalias,—me dijo: —siéntate.

Sentóse y sentéme, y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo que parecía astilla de arbalia, y no hacía sino chillar y bullir. Díjole el viejo, con una voz muy honrada:

— Idos á enfadar á otra parte, que luégo vendréis.

— Yo también he de hablar—decía;—y no paraba.

— ¿Quién es este?—pregunté.

Dijo el viejo:

— ¿No has caído en quién puede ser? Este es Chisgaravís.

— Doscientos mil de estos andan por Madrid—dije yo;— no hay otra cosa, sino chisgaravises.

Replicó el viejo:

— Este anda aquí, cansando á los muertos y á los diablos; pero déjate de eso y vamos á lo que importa. Yo soy Pedro, no Pero Grullo, que quitándome una d en el nombre, me hacéis el santo, fruta.

Es Dios verdad, que cuando dijo Pero Grullo, me pareció que le veía las alas:

— Huélgome de conocerte,—repliqué.—¿Qué tú eres el de las profecías que dicen de Pero Grullo?

— Á eso vengo,—dijo el profeta estantigua;—de eso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y hacéis mucha burla de ellas. Estemos á cuentas; las profecías de Pero Grullo, que soy yo, dicen así:

> Muchas cosas nos dejaron
> las antiguas profecías:
> dijeron que, en nuestros días,
> será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿había más que desear? Si fuera lo que Dios quiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo: no fuera lo que quiere el diablo, el dineró y la codicia; pues hoy, lo menos es lo que Dios quiere, y lo más, lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere, y el dinero es el Narciso que se quiere á sí mismo y no tiene amor sino á sí. Prosigo:

> Si lloviere, hará lodos;
> y será cosa de ver
> que nadie podrá correr
> sin echar atrás los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Diréis que de puro verdad es necedad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad decís que amarga; poca verdad decís que es mentira; muchas verdades, que es necedad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios que no habéis echado de ver que no es tan profecía de Pero Grullo como decís, pues hay quien corra echando los codos

adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atrás á recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

> El que tuviere tendrá,
> será casado el marido
> y el perdido más perdido
> quien menos guarde y más da.

Ya estás diciendo entre ti: ¿Qué Perogrullada es esta: el que tuviere tendrá? (replicó luégo); pues así es; que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; sólo tiene el que tiene y no gasta; y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico; que el dinero (y llevaos esta doctrina de Pero Grullo) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan; enemigo de que le guarden; que se anda tras los que no lo merecen y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruín es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrerra), habéis de ver á cuán ruín gente le da el Señor, y en esto conoceréis lo que son los bienes de este mundo, en los dueños de ellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no es que estén ya allá, pues roban los ojos); mirad esos joyeros que, á persuasión de la locura, venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡Pues qué, si vais á la platería! no volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo, y no sintiendo los artejos el peso, están aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios y á la ventura y ladrones á diablos y desgracia. Tras éstos se anda el dinero: ¿y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia, de comuni-

carle ningún deseo? Dejemos esto y vamos á la segunda profecía que dice: *Será el casado marido*. ¡Vive el cielo de la cama!—dijo muy colérico, porque hice no sé qué gesto oyendo la grullada—que si no oís con mesura y si os rezumáis de carcajadas de risa, que os pele las barbas. Oíd noramala, que á oir habéis venido y á aprender. ¿Pensáis que todos los casados son maridos? Pues mentís, que hay muchos casados solteros, y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel, y doncella que se casa para morir virgen de su marido. Y habéisme engañado y sois maldito hombre; y aquí han venido mil muertos, diciendo que los habéis muerto á puras bellaquerías. ¡Y certificoos que si no mirara... que os arrancara las narices y los ojos, bellaconazo, enemigo de todas las cosas! . . . . .

Reíos también de esta profecía:

> Volaráse con las plumas,
> andaráse con los pies,
> serán seis, dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engañáis, que eso fuera necedad: dígolo por los escribanos y ginoveses, que estos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora, y que hay Pero Grullo para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías, que á fe que hay que hacer en entenderlo.

Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos renglones, por esta orden:

> Nació Viernes de Pasión,
> para que Zahori fuera,
> porque en su día muriera
> el bueno y el mal ladrón.
> Habrá mil revoluciones
> entre linajes honrados,
> restituir á los hurtados,
> castigar á los ladrones.
> Mis profecías mayores
> verán cumplida la ley
> cuando fuere Cuarto el Rey
> y cuartos los malhechores.

Leí con admiración las profecías de Pero Grullo, y estaba meditando en ellas, cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco, y vestido de blanco, y dijo:

—Duélete de mí, y si eres buen cristiano, sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.

Hincóse de rodillas y despedazándose á bofetadas lloraba como un niño:

—¿Quién eres—dije—que á tanta desventura estás condenado?

—Yo soy—dijo—un hombre muy viejo, á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el Otro, y me conocerás, pues no hay cosa que no la diga el Otro. Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: «Como dijo el Otro.» Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando renglones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayáis al otro mundo, y digas cómo has visto al Otro en blanco, que no tiene nada escrito, y que no dice nada, ni lo ha dicho, y que desmiente de aquí á cuántos lo citan y achacan lo que no saben; pues soy el autor de los idiotas, y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que, en los chismes, me llaman «Cierta persona»; en los enredos, «No sé quién»; en las cátedras, «Cierto autor», y todo lo soy el desdichado Otro. Haz esto y sácame de tanta desventura y miseria.

—Aún aquí estáis: ¿y no queréis dejar hablar á nadie? —dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico y asiéndome de un brazo.—Oíd acá; y pues habéis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidlos que me tienen muy enfadado todos juntos.

—¿Quién eres?—le pregunté.

—Soy—dijo—Calainos.

—¿Calainos eres?—dije—no sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: Cabalgaba Calainos.

—¿Saben ellos cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos, y no se metan en cuentos conmigo.

—Mucha razón tiene el señor Calainos —dijo otro que se allegó; y él y yo estamos agraviados. Yo soy Cantipalos, y no hacen sino decir: El Ánsar de Cantipalos, que salía al lobo al camino.» Y es menester que les digáis que me han hecho del asno Ánsar, y que era asno el que yo tenía y no Ánsar, y los Ánsares no tienen que ver con los lobos; que me restituyan á mi asno en el refrán; que me lo restituyan luégo y tomen su Ánsar; justicia con costas, y para ello, etc.

Con su báculo venía una vieja ó espantajo diciendo: ¿quién está allá? á las sepulturas, con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecía planta de pié; la nariz, en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra, y una cara de la impresión del grifo; la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente, ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza, con temblor de sonajas; la habla danzante, y unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía, con las muertecillas que colgaban de él, que venía pescando calaverillas chicas.

Yo, que vi semejante abreviación del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda:

—Ah, señora, ah, madre, ah, tía ¿quién sois? ¿queréis algo?

Ella, entonces, levantando el *ab initio, et ante sæcula* de la cara, y parándose, dijo:

—No soy sorda, ni madre, ni tía; nombre tengo; trabajos y vuestras sinrazones me tienen acabada.

¡Quién creyera que, en el otro mundo, hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como esta!

Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita por donde echaba un tufo de cimenterio. Díjela que perdonase, y preguntéle su nombre. Díjome:

—Yo soy la Dueña Quintañona.

—Qué: ¿dueñas hay entre los muertos—dije maravillado.—Bien hacen de pedir cada día á Dios misericordia más que *Requiescant in pace,* descansen en paz, porque si hay dueñas, meterán en ruido á todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá, me desengaño, y me he holgado de verte, porque, por allá, luégo decimos: ¡Miren la Dueña Quintañona; daca la dueña Quintañona!

—Dios os lo pague, y el diablo os lleve—dijo—que tanta memoria tenéis de mí, sin haberlo yo menester. Decid: ¿No hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy Quintañona: ¿No hay deciochenas y setentonas? ¿Pues por qué no dáis tras ellas y me dejáis á mí, que há más de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, guardando cabos de tizones como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: ¿Dueña? no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo á quién atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos también se quejan de que no los dejo ser muertos como lo habían de ser, y todos me han dejado en mi albedrío, si quiero ser dueña en el mundo. Mas quiero estarme aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima guardando doncellas, que son más de trabajo, que de guardar. Pues, en viendo una visita, aquel «llamen á la dueña;» y á la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo

todos. En faltando un cabo de vela, «llamen á Álvarez, la dueña le tiene»; si falta un retacillo de algo, «la dueña estaba allí»; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algún chisme hay, «¡alto á la dueña!» Y somos la gente más bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos y los veranos en los zaquizamíes. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso, y tienen razón, por ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. ¡Pues cuando, en una visita de señoras, hay conjunción de dueñas! allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lentejas, y pronostican candiles, veladores y tijeras de espabilar. ¡Pues qué cosa es levantarse ocho viejas, como ocho cabos de años, ú ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas, las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataúd, la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos padeciendo, que volver á ser dueña; pues hubo caminante, que preguntando dónde había de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y diciéndole que en un lugar que llaman Dueñas, dijo: Si había adonde parar antes ó después. Dijéronle que no, y él á esto dijo: Más quiero parar en la horca, que en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota. Sólo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendición, pues para decir que destruirán á uno, dicen que le pondrán cual digan dueñas: ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refrán y me dejen

descansar á mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querría andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.

Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos, una esclavina por capa, un soportal por sombrero, y amarrado á una espada, se llegó á mí un embozado, y llamándome con la seña de los sombrereros:

—Ce, ce—me dijo.

Yo le respondí luégo. Lleguéme á él, y entendí que era algún muerto vergonzante. Preguntéle quién era.

—Yo soy el mal cosido, y peor sustentado don Diego de Noche.

—Más aprecio haberte visto—dije yo,—que cuánto hay. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gaznate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados de los señores! ¡Oh tarasca de los convites, y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañón de las cenas! ¡Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del medio día! No hay otra cosa en el mundo, sino cofrades, discípulos é hijos tuyos.

—Sea por amor de Dios—dijo don Diego de Noche—que esto me faltaba por oir; mas, en pago de mi paciencia, os ruego que os lastiméis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de gregüescos; el jubón en pelo sobre las carnes; el más tiempo, en ayunas de camisa; siempre dándome por entendido de las mesas agenas, esforzando con pistos de cerote y ramplones desmayos de calzado; animando á las medias á puras sustancias de hilo y abuja, y llegué á estado, en que viéndome calzado de geomagía, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté las piernas, y dejé correr. No se vió jamás socorrido de pañuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo; y si acaso alcanzaba

algún pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á oscuras. En el vestido he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto; hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta) si todos me las prestasen, todas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida y aborrecídola, decían todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podía esperar era un bostezo ó un parasismo; porque todos esperaban el de «Vuesa merced présteme; Hágame merced»; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oía: «No hay que dar; Dios lo provea; cierto que no tengo; yo me holgara; no hay un cuarto». Y fuí tan desdichado, que á tres cosas siempre llegué tarde; á pedir prestado siempre llegué dos horas después, y siempre me pagaban con decir: «Si llegara vuesa merced dos horas antes, se le prestara ese dinero». Á ver los lugares llegué dos años después, y en alabando cualquier lugar, me decían: «Ahora no vale nada: ¡si vuesa merced lo viera dos años há!» Á conocer y alabar las mujeres hermosas, llegué siempre tres años después, y me decían: «Tres años atrás me había vuesa merced de ver, que vertía sangre por las mejillas». Según esto fuera mejor que me llamara Don Diego Después, que no Don Diego de Noche. Decir que después de muerto descanso; aquí estoy y no me harto de muerte; los gusanos se mueren de hambre conmigo; yo me como á los gusanos de hambre; y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el Don ó les hurte los huesos, ó les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme; y ando por estos rincones, introducido en telaraña. Hartos Don Diegos hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo, que no viene muerto que luégo no pregunte por Don Diego de Noche. Y díles á todos los

dones á teja vana, caballeros chirles, hacia hidalgos, y casi dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentil hombre-mendicante, caminaba con horma y bigotera á un lado, molde para el cuello, y la bula en el otro; y esto y sacar mi sombra, llamaba yo mudar mi casa.

Desapareció aquel caballero visión; dió gana de comer á los muertos, cuando llegó á mí con la mayor priesa que se ha visto un hombre alto y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo:

—Hermano, dejadlo todo presto, luégo, que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habéis de ir al instante á oirlos, y hacer lo que os mandaren, sin replicar, y sin dilación, luégo.

Enfadóme la priesa del diablo de muerto, que no ví hombre más súpito, y dije:

—Señor mío, este no es Cochitehervite.

—Sí es—dijo muy demudado:—dígoos que yo soy Cochitehervite; y el que viene á mi lado (aunque yo no le había visto) es Trochimochi, que somos más parecidos, que el freir y el llover.

Yo, que me ví entre Cochitehervite y Trochimochi, fuí como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo Cochitehervite:

—Aquí está doña Fáfula, Mari-Zápalos, y Mari-Rabadilla.

Dijo Trochimochi:

—Despachen, señoras, que está detenida mucha gente.

Doña Fáfula dijo:

—Yo soy una mujer muy principal.

—Nosotras somos—dijeron las otras—las desdichadas que vosotros los vivos traeis en las conversaciones disfamadas.

—Por mí no se me da nada—dijo doña Fáfula;—pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de come-

dias, que escribió infinitas, y que me dijo un dia: «el papel, señora, tanto mejor me hallará en andrajos en los muladares, que en copias en las comedias, cuanto no lo sabré encarecer». Fuí mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué, cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: Dame esos piés; responden siempre: Los brazos será mejor. Que la razón era, en diciendo: Dame esos piés, responder: ¿Con qué andaré yo después? Sobre la hambre de los lacayos y el miedo, tuve grandes peloteras con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasión. No me pagarán esto sus padres de ellas en su vida. Fuíle á la mano en los dotes de los casamientos, para acabar la maraña en la tercera jornada; porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse, ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Corpus. Decíale yo: Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el Diablo con gran brío, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brío, que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: huele la casa á Diablo? Por vida nuestra que hagáis un auto donde el Diablo no diga: Esta boca es mía; y pues tiene por qué callar, no hable: hable quien puede, y tiene razón, y enójese en un auto; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó y tomó el azote, y trastornó mesas, tiendas, cátedras y hizo ruido. Hícele que, pues podia decir Padre Eterno, no dijese Padre Eternal, ni Satán, sino Satanás; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo: «bu, bu, bu», y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos ha-

cían los entremeses; y cuando se dolían de ellos, duélanse (decía yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos, y mujer. Las comedias que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos á los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barbería, guitarrica, y cántico.

—¿Tan malas son las mujeres—dijo Mari-Zápalos,—señora doña Fáfula?

Doña Fáfula enfadada, y con mucho toldo, dijo:

—¡Miren con qué nos viene ahora Mari-Zápalos!

Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y al fin se asieron porque Mari-Rabadilla, que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas.

—Mirad—decía doña Fáfula,—que digáis en el mundo quién soy.

Decía Mari-Zápalos:

—Mirad, que digáis cómo la he puesto.

Mari-Rabadilla dijo:

—Decidles á los vivos, que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, que qué mal les hacen á ellos. ¡Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como don Diego de Noche, y otros cofrades de su talle!

Apartéme de allí, que me hendía la cabeza, y ví venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo:

—Pío, pío.

Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pío Eneas, por el perro muerto á la sacapela, cuando oigo decir:

—Allá va Marta con sus pollos.

—¡Válate el diablo! ¿acá estás? ¿Para quién crías esos pollos?—dije yo.

—Yo me lo sé—dijo ella:—críolos para comérmelos, pues siempre decís: «Muera Marta, y muera harta». Y decidles á los del mundo, que: ¿quién canta bien después de hambrien-

to? y que no digan necedades, que es cosa sabida que no hay tono, como el del ahíto. Decidles que me dejen con mis pollos á mí, y que repartan esos refranes entre otras Martas, que cantan después de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refrán.

¡Oh qué voces y gritos se oían por toda aquella sima! Unos corrían á una parte, y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces, que decían: «Yo no te quiero; nadie te quiere»; y todos decían esto.

Cuando yo oí aquellos gritos, dije:

—Sin duda es este algún pobre, pues no le quiere nadie; las señas de pobre son por lo menos.

Todos me decían:

—¡Hacia ti; mira que va á ti!

Y yo no sabía qué me hacer, y andaba como un loco, mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apenas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme; púsoseme en pié el cabello y sacudióme el temor los huesos:

—¿Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres—le dije—que no te veo y te siento?

—Yo soy—dijo—el alma de Garibay, que ando buscando quién me quiera, y todos huyen de mí; y tenéis la culpa vosotros los vivos, que habéis introducido decir que el alma de Garibay no la quiso Dios ni el diablo; y en esto decís una mentira y una herejía: La herejía es decir que no la quiso Dios, que Dios todas las almas quiere y por todas murió: ellas son las que no quieren á Dios; así que, Dios quiso el alma de Garibay, como las demás. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que, pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres, ni sombrereros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es quererle el

diablo, no sé qué es el diablo; pues veo, según esto, que me quiso por poderes, y esta mujer, en virtud de ellos, me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo, y andar entre los desalmados corchetes y mohatreros, que por alma todos me reciben; y así todos estos y los demás oficios de este jaez tienen el ánima de Garibay. Y decidles, que muchos de ellos, que allá dicen que el alma de Garibay no la quiso Dios, ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen á Garibay y miren por sí.

En esto desapareció, con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciendo:

—Aguarda, mi alma.

No ví cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar, y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso, cuando se llegaron á mí Perico de los Palotes y Pateta, Juan de las calzas blancas, Pedro por demás, el Bobo de Coria, y Pedro de Urdemalas (así me dijeron que se llamaban) y dijeron:

—No queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y conversaciones, que no se ha de hacer todo en un día.

Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que había visto, que no me acordaba de nada.

—Sólo queremos—dijo Pateta—que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refrán.

Alcé los ojos, y estaban á un lado el santo Mocarro, jugando al abejón, y á su lado el santo Leprisco; luégo en medio estaba san Ciruelo, y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su día, porque entonces las harían buenas, que sería el día de san Ciruelo. Por encima de él estaba el santo de Pajares, y Fray Jarro hecho una bota, por sacristán junto á san Porro, que se

quejaba de los carreteros. Dijo Fray Jarro (con una vendimia por ojos, escupiendo racimos, oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, la nariz espita y la habla remostada con un tomillo del carro):

—Estos son santos, que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios.

Yo me quería ir, y oigo que decía el santo de Pajares:

—¡Ah, compañero! decidles á los del siglo, que muchos picarones, que allá tenéis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demás que tenemos que decir, se dirá otro día.

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á don Diego de Noche, rascándose en una esquina; conocíle, y díjele:

—¿Es posible que aún hay qué comer en vuesa merced, señor don Diego?

Y díjome:

—Por mis pecados, soy refitorio y bodegón de piojos. Quería suplicaros, pues os vais, y allá habrá muchos y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me envíes algún mondadientes; que como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa; y si hay algo entre los dientes, poco á poco se roe; y si es de lentisco, es bueno para las opilaciones.

Dióme grande risa, y apartéme de él huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredón á puros corcomos.

Dando gritos y alaridos, venía un muerto diciendo:

—Á mí me toca, yo lo sabré, ello dirá, entenderémonos. ¿Qué es esto? y otras razones tales.

—¿Quién es éste tan entremetido en todas las cosas?

Y respondióme un difunto:

—Este es Vargas, que como dicen: «Averígüelo Vargas», viene averiguándolo todo.

Topó en el camino á Villadiego: el pobre estaba afligidísimo hablando entre sí; llamóle, y díjole:

–Señor Vargas, pues vuesa merced lo averigua todo,

hágame merced de averiguar quién fueron las de Villadiego, que todos las toman; porque yo soy Villadiego, y en tantos años no lo he podido saber, ni las echo menos, y querría salir de este encanto.

Vargas le dijo:

—Tiempo hay, que ahora ando averiguando cuál fué primero: la mentira ó el sastre; porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir, si no había sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿cómo pudo haber sastre, sin mentira? En averiguando esto, volveré.

Y con esto, se desapareció.

Venía tras él Miguel de Vergas, diciendo:

—Yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué, ni para qué, y siempre ando con un no á las ancas: «Eso no, Miguel de Vergas»; y nadie me concede nada, y no sé por qué, ni qué he hecho yo.

Más dijera, según mostraba pasión, si no llegara una pobre mujer cargada de bodigos, y llena de males y plañiendo:

—¿Quién eres—la dije—mujer desdichada?

—La manceba del Abad—respondió ella—que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar; y así dicen las empuñadoras de las consejas: «El mal para quien le fuere á buscar y para la manceba del Abad». Yo no descaso á nadie; antes hago que se casen todos. ¿Qué me quieren, que no hay mal que no sea para mí?

Fuése, y quedó á su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva:

—¿Quién eres—le dije—tan aciago, que aun para Martes sobras?

—Yo soy—dijo—Mátalas-hablando; y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es á puro hablar, y esos son Mátalas-callando; que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de

llamar Resucitalas-callando. Y no que anden por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuántos los oyen; y así hay infinitos oídos con mataduras.

—Así es verdad—dijo Lanzarote,—que á mí me tienen esos consumido á puro Lanzarotar, con si viene ó no viene de Bretaña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban de él,
y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Bueno estuviera el rocín, en poder de dueñas! ¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas, por ser mozos, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que me convenía.

—Crean al señor Lanzarote—dijo un pobre mozo sencillo, humilde y caribobo,—que yo lo certifico.

—¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos?

—Yo soy el pobre Juan de buena alma, que ni me aprovecha tener buena alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! «Es un Juan de buena alma», dicen al marido que sufre, al galán que engañan, al hombre que estafan, al señor que roban y á la mujer que embelecan. Yo estoy aquí, sin meterme con nadie.

—Eso no es nada—dijo Juan Ramos—que voto á Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar con: «Daca la gata de Juan Ramos; toma la gata de Juan Ramos». Y ahora no hay doncellita, ni contadorcico, que ayer no tenía que contar sino duelos y quebrantos, ni secretario, ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, juez, pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de Juan Ramos, y todo soy gatas,

que parezco á Febrero; y quisiera ser antes el sastre del Campillo, que Juan Ramos.

Tan presto saltó el sastre del Campillo, y dijo que quién metia á Juan Ramos con el sastre; y él dijo:

—¿Pues no mejoraba de apellido, aunque mudaba de sexo? Pues dijeran: el gato de Juan Ramos, y no la gata.

—Si dijeran, no dijeran, el sastre desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razón) y empezóse una brega del diablo.

Viendo tal escarapela, íbame poco á poco buscando quién me guiase, cuando, sin hablar palabra, ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco; cerré con él y metiéronnos en paz.

Decía el muerto:

—Déjame á ese bellaco, deshonra buenos; ¡voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá!

Yo estaba colérico, y díjele:

—¡Llega y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien; llega, cabrón!

¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mí y yo á él. Llegáronse otros muertos, y dijeron:

—¿Qué habeis hecho? ¿Sabéis con quién habláis? ¿Á Diego Moreno llamáis cabrón? ¿No hallasteis sabandijas de mejor frente?

—¿Qué, éste es Diego Moreno?—dije yo.

Enojéme más y alcé la voz, diciendo:

—Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices á los otros deshonra-buenos? La Muerte no tiene honra, pues consiente que éste ande aquí.

—¿Qué le he hecho yo? Entremos—dijo tan presto Diego Moreno;—¿Yo soy cabrón y otras bellaquerías que compusisteis á él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quién echar mano? ¿No sabías que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose se vuelven Diegos, y que el color de los más maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo

que no hayan hecho otros muchos más? ¿Acabóse en mí el cuerno? ¿Levantéme yo á mayores con la cornamenta? ¿Encareciéronse por mi muerte los cabos de cuchillos y los tinteros? ¿Pues qué los ha movido á traerme por tablados? Yo fuí marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba; siete-durmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podía echar á la bolsa, no lo echaba á mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: «Dios me le guarde á mi Diego Moreno, que nunca me dijo malo, ni bueno». Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno, ducientas veces. Y si está el remedio en eso, á los cabronazos ahora, en el mundo, decidles que se anden diciendo malo y bueno á sus mujeres, á ver si les democharán las sienes, y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro, yo dicen que no dije malo, ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decía: «¡Malo!» y en viendo salir ginoveses decía: «¡Bueno!»; si veía con mi mujer galancetes, decía: «¡Malo!» y si veía mercaderes, decía: «¡Bueno!»; si topaba en mi escalera valientes, decía: «¡Remalo!»; si encontraba obligados y tratantes, decía: «¡Rebueno!» ¿Pues qué más bueno y malo había de decir? En mi tiempo hacía tanto ruido un marido postizo, que se vendía el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos, como á sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería. Y anda el negocio de suerte, que si volviera al mundo (con ser el propio Diego Moreno) á ser cornudo, me pusiera á platicante y aprendiz, delante del acatamiento de los que peinan Medellín y barban de cabrío.

—¿Para qué son esas humildades—dije yo—si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios? ¿El primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas? ¿El primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy, sólo á escribir de día y de noche entremeses de tu vida.

—No irás esta vez—dijo;—y asímonos á bocados; y á la grita y ruido que traíamos, después de un vuelco que dí en la cama, diciendo: «¡Válgate el diablo!» ¿ahora te enojas? (propia condición de cornudos, enojarse después de muertos); con esto me hallé en mi aposento, tan cansado y tan colérico, como si la pendencia hubiera sido verdad y la peregrinación no hubiera sido sueño.

Con todo eso me pareció no despreciar del todo esta visión y darle algún crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretensión y desengañada, más atiende á enseñar, que á entretener.

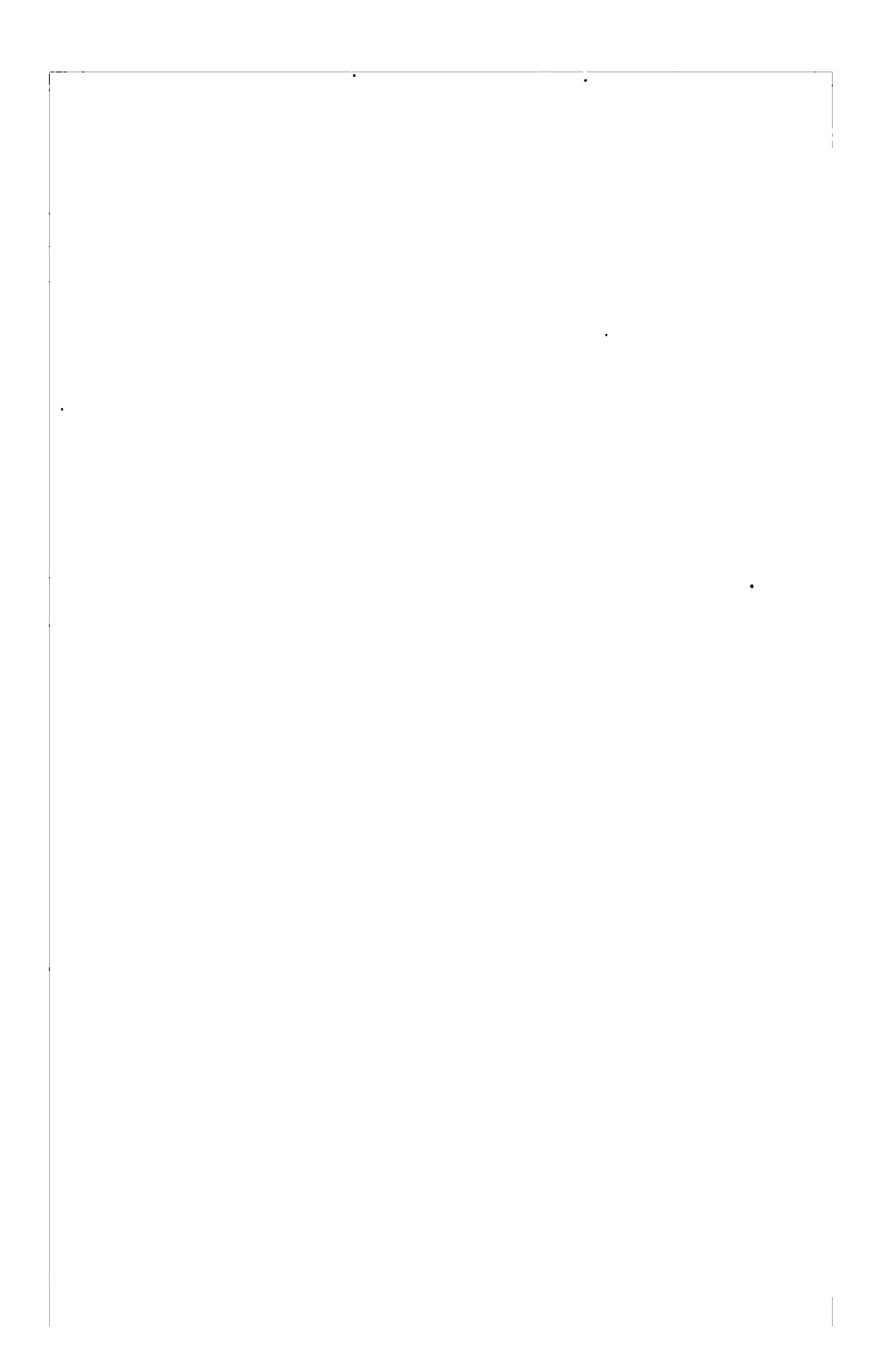
FIN DE LA VISITA DE LOS CHISTES



CUENTO DE CUENTOS

Donde se leen juntas las vulgaridades rústicas, que aún duran en nuestra habla,

barridas de la conversación



Á DON ALONSO MESÍA DE LEIVA

La habla que llamamos castellana y romance, tiene por dueños todas las naciones: los árabes, los hebreos, los griegos. Los romanos naturalizaron con la victoria tantas voces en nuestro idioma, que la sucede lo que á la capa del pobre, que son tantos los remiendos, que su principio se equivoca con ellos.

En el origen de ella han hablado algunos linajudos de vocablos, que desentierran los huesos á las voces; cosa más entretenida, que demostrada; y dicen que averiguan lo que inventan.

También se ha hecho Tesoro de la lengua española, donde el papel es más, que la razón: obra grande y de erudición desaliñada.

Ninguno ha escrito gramática, y hablamos la costumbre, no la verdad, con solecismos. «El alma» decimos; y supuesto que «el alma bueno» no se puede decir, *el*, que es artículo masculino, ha de ser *la*, y pronunciar «la alma».

«No quiero nada»: peca en lo de las negaciones, y debe decirse: «quiero nada.»

Bien considerable es el entretenimiento de esta palabra *mente,* que se anda enfadando las cláusulas, y paseándose por las voces: «eternamente, ricamente, gloriosamente, altamente, santamente», y esta porfía sín fin. ¿Hay necedad

tan repetida de todos igualmente, cosa que algún lector se me quiera excusar de no haberla dicho? «Mal hablado» llaman al que habla mal, habiéndole de llamar «Mal hablador».

«Mire lo que le digo», decimos todos, por «Óigame»; pues no se parecen los ojos y las orejas. «Aqueste», por «este»; «agora», por «ahora». Son infinitas las voces, que pudiendo escoger, usamos lo peor. Hay cosa como ver á un graduado, con más barbas que testos, decir enfurecido: voto á Dios, que se lo dije de «pe á pá». ¿Qué es «pe á pá», licenciado? Y para enmendarlo, dice que se está «erre que erre» todo el día. ¿Qué será no dar á uno «sed de agua», que tan frecuentemente se oye en las quejas de los amigos, y de los criados? Y «hacer bailar el agua delante», es á propósito.

Encarece uno su verdad, y dice: yo le dije «dos por tres». Y decir dos por tres, ¿quién negará que no es decir una cosa por otra? Había de decir: yo le dije «dos por dos».

Pues uno, que encareciendo su diligencia, dice que: vino en un «santiamén», deben de tener los «santiamenes» gran paso. ¿Y los que para encarecer su prudencia dicen: que lo escogieron á «moco de candil?» ¡Miren qué juicio tendrá un «moco de candil» para escoger!

Un enojado, que dice á otro que le trae «sobre ojo», es (con perdón) llamarle nalgas; que, para decir que le atiende, lo propio era «traer los ojos» sobre él. Y el blasón, tan presumido de tener «sangre en el ojo», más denota almorranas, que honra. Y pierdo doblado, si lo juzgan los pujos. «Hablen cartas y callen barbas», sin haber quien haya oído decir á las barbas: Esta boca es mía, aun cuando las caldean y las rapan. Qué de hombres se hacen «mojigatos»; y nadie sabe que son estos gatos moji.

«Verse y desearse», no pasó de Narciso. «Poner piés en pared» no sirve de nada; y yo lo he probado, viéndome en trabajos, como oía decir: no hay sino «poner piés en pa-

red»; y sólo sirve de trepar ó dar de cogote. «Andar la barba sobre el hombro», quien lo tuviere por buen consejo, lo pruebe, y andará hecho corderito de Agnus Dei. «Dióme un remoquete», es dádiva de catarro.

«Llevar la soga arrastrando» dicen que es la mayor desdicha. Yo he llevado arrastrando sogas, y hallo que es peor que la soga lleve arrastrando al hombre. Para decir que uno es muy malo, dicen que «ni teme, ni debe». ¿Puede ser mayor necedad? Pues sólo es bueno el que «ni teme, ni debe». Habían de decir que «ni teme ni paga». Y esto pregúntenselo á los mercaderes y á todos los que fían. No me lo harán creer cuántos aran y cavan. Considere vuesa merced ¿qué letrados ó teólogos buscó, sino gañanes? ¿Vuesa merced ha visto algún «bazo cagado?» que yo no sé por dónde entran á proveerse en un bazo. ¿Hay cosa tan mortal como «zás?» Más han muerto de «zás», que de otra enfermedad. No se cuenta pendencia, que no digan: Y llega, y «zás, y zás»; y calló luégo.

No es el mundo tan grande como «tris». Todo está en un tris. Y no hay dos «trises.» «Estaban en un tris». «Estuvo toda la ciudad en un tris». «Todo el reino estuvo en un tris». Y espantaránse de que la Fénix sea una, siendo el «tris» uno siempre.

Y aquellos majaderos músicos, que se van cantando las «tres ánades, madre,» que no cantarán las dos, si los queman, ni la cuarta.

Considere vuesa merced el buen talle de estas voces, que se nos hacían reacias en la lengua, y no las podemos escupir: «Zurriburri, á cada triquete, traquebarraque, zis, zás, zipizape, abarrisco, irse á chitos, chichota, con sus once de oveja, trochimoche y cochitehervite».

Es decir que no tiene desvergüenza para deslizarse en una historia y entremeterse en un sermón; y están ya tan halladas, que pocas plumas las desdeñan.

Y para ver á cuál mendiguez está reducida la lengua española, considere vuesa merced, que si Dios por su infinita

misericordia no nos hubiera dado estas dos voces *ahora, bien*, nadie se pudiera ir, ni se despidiera de una conversación. Todos dicen: «Ahora bien, ya es hora. Ahora bien, ya es tarde: Ahora bien, ya vuesas mercedes querrán cenar.» Y hay hombre que, por no acordarse de ellas, se detiene, hasta que enfada y mata: en topando con su «ahora bien», se va.

Yo, por no andar rascando mi lenguaje todo el día, he querido espulgarle de una vez en esta jornada, donde yo solo no tengo que hacer. Y en este cuento he sacado á la vergüenza todo el asco de nuestra conversación, que si no tuviere donaire, ni mereciere alabanza, no carece de estimación el trabajo en recoger tan extraños desatinos. Ahora va este papel haciendo lugar á obra más de veras, en que trataré (ni sé si tan docto, como desvergonzado) que ni sabemos deletrear nuestra cartilla, ni razonar con la pluma. En tanto, vuesa merced que hace buena acogida á mis borrones, se divierta y tenga larga vida, con buena salud. Monzón 17 de Marzo de 1626.—*Don Francisco de Quevedo Villegas.*

CUENTO DE CUENTOS

Ello se ha de contar; y si se ha de contar, no hay sino sús, manos á la obra. Digo, pues, que en Sigüenza había un hombre muy cabal y machucho, que dizque se decía Menchaca, de muy buena cepa. Estaba casado con una mujer, y esta mujer era mujer de punto, y más grave que otro tanto. Llámese como se llamare. Tenían dos hijos, que, como digo, eran pintiparados, y no le quitaban pizca

al padre. El uno de ellos era la piel del diablo; el otro un chisgaravís, y cada día andaban al morro por quítame á allá esas pajas. El menor era vivo como una cendra, y amigo de hacer tracamundanas, y baladrón. El padre lo sentía á par de muerte; mas él, ni por esas, ni por esotras. El mayor era hombre de pelo en pecho, y echaba el bofe por una mozuela como un pino de oro, delicada, veme no me tengas, y alharaquienta. Era viuda; y su marido, como digo de mi cuento, murió; y dizque se tuvo barruntos de que ella le había dado con la del Martes.

Estuvo en un tris de suceder una de todos los diablos. El padre, que era marrajo, lloraba hilo á hilo, y iba y venía en estas y estotras. Y un día, entre otros, que le dió lugar la murria, la dijo su parecer de pe á pá; y seco y sin llover, mandóla que se metiese en un convento. Al proviso ella se cerró de campiña; y así se estuvieron erre que erre muchos días, hasta que el padre, que ya estaba atufado, la dijo que por tantos y cuantos, que había de hacer y acontecer, ver veamos si han de ser tijeretas; y en justos, y en verenjustos, dió con ella en una recolección.

Era la pupilera mujer de chapa, y no amiga de carambolas; y el licenciado persona de tomo y lomo. La moza, que vió esto, viene, y toma y qué hace; y sin más, ni más, como quien no quiere la cosa, escribe á su galán, que ya andaba con mosca, diciéndole que todo era agua de cerrajas, y que ella había puesto piés en pared; y que quisiese que no quisiese, se iría con él cantando las tres ánades madre; que atase él bien su dedo y se riese de toda la zalagarda, y traquebarraque.

Pues el diablo del mozuelo, que estaba más enamorado que otro tanto, y estaba sobre las afufas, como se vió señor del argamandijo, no hacía más de á troche y moche escribirla billetes y más billetes, y ella leer que leerás, á tontas y á locas. Pues, como digo, yendo días y viniendo días, la pupilera, que tenía pulgas, soltó la taravilla y la dijo rasamente, que ella era mujer de sangre en el ojo, y

que con ella no había cháncharras máncharras; que anduviese con pié de plomo y la barba sobre el hombro, porque de manos á boca haría de hecho. La mozuela, que era sacudida, casi casi estuvo para envedijarse con ella, y levantar una cantera de todos los diablos. Ella se resolvió en decirla, que para qué eran tantos arremuescos y dingolondangos, siendo todo un papasal; y sepa que ya estoy el agua hasta aquí. Hacía grandes extremos, diciendo que bien entendía la zangamanga. La pupilera lo quiso meter á barato, negando á pié juntillas cuánto ella había dicho. El otro hermanillo, que se venía al husmo, se hizo mequetrefe y faraute del negocio, y por apaciguarlas, empezó á darlas ripio á la mano á sabiendas.

La pupilera se hacía carne, llorando de ver el murmullo y la tabahola que habían metido en su casa. El hermanillo, por desmentir espías, la empezó á traer la mano sobre el cerro; y en estas y estas, cata que hace el diablo, hételo el padre, sin más, ni más, atolondrándose todos, y en volandas llegaron á las inmediatas. Dijéronse los nombres de las fiestas, si ha de salir, no ha de salir:

— Yo saldré — dijo la viuda — zurriando como un rayo; mas para esta...

Aquí fué ello, que como la tía no las tenía todas consigo, empezó á tartalear, y dizque dijo:

—¿Qué ha de haber? ¡Miren quién se mete en docena! Yo la aseguro que ha caído la viudica en el mes del obispo.

— Tanto monta,—dijo la mozuela.

Y replicó la pupilera:

— No sino el alba.

El hermanillo, viendo que andaban al morro, votó á tal y á cual, que todo lo había de llevar á barrisco:

— ¿Qué es abarrisco en mis barbas?—dijo el padre.

Y zás. Llegó á punto crudo el licenciado, cuando andaba el zipizape. Metiólos en paz; mas á cada triquete andaban á mía sobre tuya. Y viendo el peloteo, llevósela el padre á su casa, porque no se metiese en sus dibujos.

Y en llegando, tris tras á la puerta. El viejo tenía barruntos de que un hermano de la mozuela, que no la quitaba pinta, y tenía muy malas manchas, enguizgaba el negocio, y no quiso abrir. Esto fué el diablo, que empezó á decir (y ahora es, y no acaba) que no había de dejar roso, ni velloso, ni piante, ni mamante, y que los había de traer al retortero á todos, y salga si es hombre. El pobre padre no hacía sino chitón, como entendía el busilis. La hija, que olió el poste, y hendía un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo que el padre la menearía el zarzo; qué hace, sino vase á chitos. El picarón, por no hacer una borrumbada, dijo:

—¡Arda Bayona, y esos turronazos no con miquis!

Y acogióse calla callando. Iba la hija saltando bardales, sin decir oste, ni moste, en busca del bribón, corriendo á puto el postre, con la lengua tan larga.

De esto los vecinos tomaban el cielo con las manos y se degañifaban, y andaban unos en pos de otros, zahiriéndose:

—No nos hable con sonsonete—dijo uno,—que al cabo al cabo ha de venir á la melena.

Decía ella:

—No dijera más Pateta; yo he de hacer mi gusto, y esotro es cosa de Moreno, y no quiero cuentos con serranos.

Y de una hasta ciento; que se descalzaban de risa de ver al viejo hecho de hiel, y ella que se iba á cencerros atapados, con un zurriburri refunfuñando.

El licenciado, que pensó que ya mordía en un confite, y que era uña y carne, con mucha sorna se vino mano sobre mano, hecho gatica de Juan Ramos, diciendo entre sí:

—Yo la haré á la tal por cual, que muerda en el ajo.

El padre, que lo vió venir á lo de mi suegro, y le traía entre ojos, empieza á dar voces, y alza Dios tu ira; y á diestro y siniestro le puso de lodo, asiéndole de los andularios, que no podían desengarrafarle, según tenía la hincha con él.

El licenciado daba los gritos que los ponía en el cielo; mas no se dormía en las pajas. Allí fué ella, que el compañero, viendo que andaban á pescuezo, le dió un pan como unas nueces, sin irle, ni venirle. Á la tabahola se entró un vecino, con sus once de oveja, muy sobresaltado, y de hoz y de coz se metió donde no le llamaban. Quiso embestir; mas el bribón puso haldas en cinta. Dijo el pobrete:

—Yo soy hombre de pró, y conmigo no hay levas.

—Yo pajas—dijo el bribón.

Y asentóle un tanto. El pobre no chistó, ni mistó, y volvióse dado á perros y jurando que le había de dar su recado; y sobre esto hubo la mayor turbamulta del mundo.

Mas viendo la mozuela que el bribón la daba en el chiste, estúvose acurrucada por excusar dimes y diretes.

El picarón andaba listo, como una jugadera, de ceca en meca, engolondrinado, dándose tantas en ancho, como en largo, que le podían hender con una uña:

—Este ha de dar un crujido—dijo el hermanillo, que estaba de manga.

El padre pensaba que tenía el oro y el moro, y estábase en sus trece, diciendo que si le hacían, habían de ir rocín y manzanas con todos los diablos; y echó de la oseta.

La viuda y el que nos vendió el galgo, digo el bienhadado del novio, se dieron sendos remoquetes cerca del casamiento, que se estaba en jerga.

Era el bellaco socarrón y mal hablado, y dijo que no le cagasen el bazo, que no erra barro casarse, y que él no se había de casar á medio mogate:

—¿No más de llegar, y zás candil, á osadas, que lo entiendo todo?

Saltó el licenciado, y díjole:

—¡Gentil chirrichote! Danle una moza con mil relumbres, hija de sus padres, más rubia que las candelas, que no sabe lo que se tiene, hecha de cera, que le viene de molde, ¿y hácese de pencas? ¿Para qué es tanto lilao; sino á ojos cegarritas déjese de recancanillas y cásese, pues le viene muy ancho?

Atolondrado el nov-o, así como oyó decir que le vendría muy ancho, dijo:

—Tras que me venga muy ancho ando yo. Déjenme, que lo meteré todo á la venta de la zarza, y volveremos las nueces al cántaro.

Púsose el bribón más colorado que unas brasas, y dijo, que llevado por bien, harían de él cera y pábilo, y que le diría todo lo que le faltaba saber, sin faltar chichota.

El vergantón le dijo dos por tres que mentía; y si no lo ha vuesa merced por enojo, se tornaron á envedijar, y andaban al pelo.

El licenciado, que vió la baraúnda, echólo á doce. El hermanillo cascó la mollera al cuñado. Todos andaban hechos una penilla y al estricote.

Pues ve aquí vuesa merced que, si no es por la viuda, el licenciado paga el pato, con todo su apatusco. Él echaba de vicio y ella le cantaba la sorna, diciendo que más quería andarse á la flor del berro, y qué me sé yo.

En esto estaban á toca no toca, cuando, á la zacapela que traía la gente bahuna, vino un alguacil en un santiamén y un escribano en volandas respailando, y dijeron que de atrás los traían sobre ojo, y que no dejarían de embocar la moza en la cárcel por todos los haberes del mundo, y que bastaba la mueca.

El licenciado replicó, que no se había de hacer todo cochitehervite. Mirábale de hito en hito el hermanillo. El escribano estaba con el ojo tan largo:

—No estoy de gorja—dijo el padre,—ni me mamo el dedo.

Empezó el maridillo á echar verbos:

—¿Alguacil en mi casa?

Y en esto iba y venía:

—Yo traigo un mandamiento tan gordo, que no vengo á humo de pajas—dijo el escribano.

—¿Mandamiento?—dijo el licenciado.—No me lo harán en creyentes, cuántos aran y cavan.

Y sobre esto se batió el cobre lindamente.

Dijo el alguacil:

—Yo no doy mi brazo á torcer.

Replicó el hijo:

—Ni yo me dejo agraviar en el blanco de la uña; y esta casa no es como quiera, y míreme á la cara. ¿Qué, quería llevarse de bóbilis bóbilis mi hacienda? Antes me dejaré hacer trizas; y advierta que no somos todos unos, y me mataré con mi padre en dos paletas y me haré añicos.

—Arda Bayona—dijo el alguacil—que estoy ya hasta el gollete, y he de hacer mi oficio.

El escribano estaba de mampuesto, diciendo que no le untasen el casco, que les pegaría á manteniente con la de rengo.

El hermano se fué rabo entre piernas, el marido echando chispas, y todos se quedaron en jolito. Entonces la moza habló al alguacil muy sobrepeine, y le aconsejó que no se anduviese regodeando, que se acordase de la de marras, que era todo fruslería, y que no había de tener más así, que asado; que toda era gente honrada, escogida á moco de candil y personas de chapa.

El alguacil gritaba como un descosido, viendo que la mozuela le había dado entre ceja y ceja con la de marras; y tomó la hincha con ella. El escribano decía, que no se la había de cubrir pelo. La madre y el padre, que se estaban á más y mejor, y dijeron:

—Esto va de rota; no hay sino hacer de las tripas corazón, y ojo al badil girando; no me hagan, que echaré por esos trigos; y á toda ley habe de tuyo.

—¿No ha de mediarse esto?—dijo el licenciado, viendo la escarapela.

Empezaron todos á encogerse de hombros, y á decir que se rugía cierta cosa; y que aunque no importaba un bledo, bastaba el run run y el qué dirán; y que si no se estorbaba, era fuerza que el alguacil llevase una tunda de coces.

Él no dijo esta boca es mía, y tieso que tieso:

—Ahí me las dén todas—decía el bribón;—que en manos está el pandero, etc.

No lo dijo á sordos, que se quemó de oirlo el escribano, y le dijo:

—Para mí no son menester tantas arengas, que sé dónde me aprieta el zapato; y lo que apuntó la señora lo tengo al cabo del trenzado; pero las razoncitas yo las guardaré, como oro en paño.

Alegrósele la pajarilla al alguacil, y dijo:

—Yo los meteré en pretina, ó podré poco.

—Yo les haré—dijo el escribano—que me bailen el agua delante, y los dejaré en el pelo de la camisa; que no ha de ser todo cháncharras máncharras, y basta la trisca.

Oyó el padre lo que trataban, y dijo:

—¡Oxte, puto! mas á mí no se me da un ardite, que ni temo, ni debo, y al cabo habrá dello con dello.

—¿No daremos un corte en esto?—dijo el licenciado.

Cuando á sabiendas el mozuelo, muy remilgado y cariacontecido, dijo que estaba entre dos aguas y dos dedos de irse por ese mundo adelante, en justos y en creyentes; que estaba cansado de traer los atabales acuestas:

—¿Quién fuiste tú, que tal dijiste?

No es creíble la cólera del padre, pues llegándose á él, le asentó una tabalada. El no chistó, ni mistó.

—¡Bergante!—decía el viejo;—téngote como cuerpo de rey, comiendo mil gollerías, dándote conejo por barba y perdices como tierra, y vino como agua, repapilado y hecho un trompo, vestido á las mil maravillas, la casa como una colmena, y tanto lilao? Míreme á la cara, que el casamiento se ha de hacer de haldas ú de mangas. Quitaos de cuentos, y no andéis en tanto más cuanto, que se me va subiendo el humo á las narices, y conmigo no tendréis un si es, no es.

Entre estas y estotras entróse de claro en claro una fregona, con un canastillo que se venía á los ojos, y unos biz-

cochos que saben que rabian, y yo me comía las manos tras ellos. Anduvimos á la arrebatiña, y no fueron vistos, ni oídos. Traía un billete de la pupilera para el licenciado; diósele, y él dijo:

—Hablen cartas y callen barbas; aquí está quien no me dejará mentir; y el papel decía ni más, ni menos:

«Señor licenciado, ese belitre, que se hace el tuautem de este negocio, tiene muy malas manchas, y no le alcanza la sal al agua, y todo es carantoñar. Yo quedo la más amarga del mundo y echada por puertas, y sé que él y su mujer me están royendo los zancajos; y le advierto que si no calla, le ha de costar la torta un pan, y que entiendo poco de filis; que no se ponga conmigo á tú por tú; y me crea que estoy muy amostazada de ver que se haga zorrocloco y nos venda bulas; que se guarde del diablo, que ahora es todo tortas y pan pintado, y que todo esotro es andarse por las ramas; y que por mal término no hay hacer carrera conmigo, que le veré la boca á la pared, y no le daré una sed de agua.»

Levantóse un remusgo, que hasta allí podía llegar, y daban todos diente con diente y tiritaban de oir tales cosas.

El mozo se ciscó; mas ella se estaba repantigada á lo de mi suegro, como si fuera el padre, con mucho aquel. Juró que le había de dejar en porreta si no se casaba; y sobre esto porfiaron, hasta tente bonete. El hijo decía: que él había hecho cala y cata del negocio, y que le habían de soñar, que por qué y por qué, no teniendo ella cogijos habían de obligarla á que les apeldase; que se iría con el alma en los dientes, y los llenaría de bote en bote de lo que eran todos; y añadió, que ya el viejo estaba calamocano.

¿Calamocano dijiste? Fué un día de juicio, y sucediera muy mal, si no se echara en chacota.

La mujercilla, que ya tenía asomo del negocio, más engolondrinada que otro tanto, empezó á hacer aspavientos, y dijo que todo era así al pié de la letra; mas que no había de ser todo echa y derrueca, supuesto no habían de poder

dar con ellos al traste, aunque los persiguiesen á banderas desplegadas; que más valía que por bien se llevasen su buen por qué, y se dejasen de cuentos. El alguacil decía que les había de poner ras con ras la casa al menorete, hablando de talanquera, con mucho qué me sé yo. El escribano decía:

—Yo callaré ahora; mas yo les daré caperuza.

—Cada uno mire por el virote—dijo el licenciado—pues ha de ir á todo moler; y no echen de vicio, que podría heder el negocio más aína, que piensan.

El alguacil, que vió que el licenciado era de los del asa, y que todos los demás era gente del gordillo, juzgó que el irse le venía á pedir de boca. Quitóse el sombrero, y ni paula, ni maula, sino viene, y vase. El padre, que vió el mal recado, fuése tras él dando cosetadas, por malos de sus pecados; y esto dió una estampida terrible.

—¡Ahí me las den todas!—decía la viuda.

Replicó el marido:

—Á mí no se me da un ardite, que con andar pié con bola, me reiré de todos.

El bribón, que vió que esto iba de capa caída, que iban de romanía, que el mozuelo traía la soga arrastrando, y que la muchacha no era amiga de recancamusas, y que tenía garabato, díjola:

—Aquí no hay sino sús, y alto á casar, que estas son habas contadas.

La viuda, por una parte, no quiso estar á diente; por otra, viendo que el mozo se moría por sus pedazos, estuvo hecha sal y muy donosa, diciendo de aquella boca que daba grima. El maridillo cantó de plano, mientras el licenciado contemplaba en las musarañas; mas no se le quedó por corta, ni mal echada; y como tomó el negocio á pechos, dijo:

—Á mí se me quedaba en el tintero lo mejor.

Y con mucha pausa se fué al padre, y le dijo:

—Acabemos con este mazacote, que no son menester

tantas zarracaterías, ni andar templando gaitas. Cásese, que todos la bailaremos el agua delante, y no se meta en dibujos.

Él, que vió que andaba ya de capa caída, dijo:

—Una por una, yo me casaré, mas luégo roeré el lazo; y otras mil patochadas.

Casóse; y aunque la boda se hizo á somormujo, todos se repapilaron. El padre le dió una linda tragantona con el dote; encajóle todos cuantos cachivaches tenía en casa; y si se quejaba, decía que hablaba adefesios, que no se gobernase por su caletre, que se quedaría in puribus, y que era un maniaco. Y aunque calló entonces, después lloraba los kiries, y propuso de hablarle papo á papo, porque otra vez no se le subiese á las barbas. Con estas cosas le metió las cabras en el corral, y calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba hecho un bausán. Estaba en cuclillas detrás de la puerta la recién casada, oyendo al muchacho con la oreja tan larga, y entró con un tropel de los diablos. Él, por lo que podía suceder, venía hecho un reloj. La mujercilla estaba de veinticinco alfileres, y le dijo para qué se metía de gorra:

—Déjense de tilaterías, que una por una ya están casados—dijo el licenciado;—y si hablamos más, nos echará el gato á las barbas, y volveremos las nueces al cántaro.

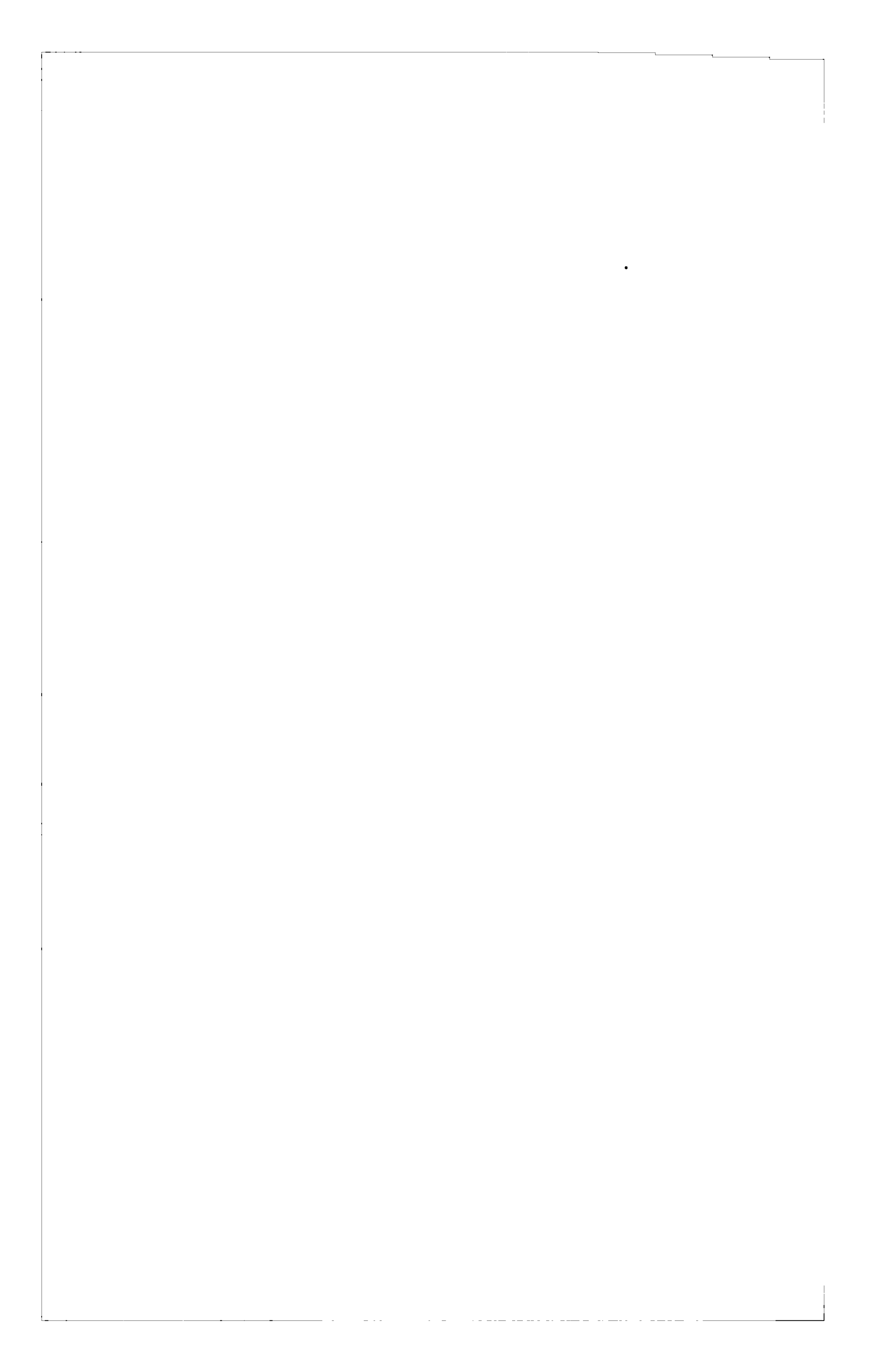
—Libertad me fecit—dijo el hermanillo.

Y con esto se fueron todos á la deshilada, con muy grandes cogijos, sin respetar al coramvobis del padre, que daba gracias á Dios de ver acabada tan grande carambola.

FIN DEL CUENTO DE CUENTOS

CASA DE LOS

LOCOS DE AMOR



A D. LORENZO VANDER-HAMMEN Y LEÓN

VICARIO DE JÚBILIS

Una mañana de las de Enero, señor don Lorenzo, que el frío y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama más de lo acostumbrado, y allí entre las sábanas solo consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento) me hallé tan lejos de mí, como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea de la locura de amor; parecióme oir aquel verso, que Virgilio tomó de Teócrito:

Ah Corydon, Corydon! quæ te dementia cepit?

Y sin ver por dónde fuí llevado, me hallé en un prado, más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en flores de los jardines y en las vegas, sin ser Lope, pasan á las Indias por tesoros, con que, según piensan, enriquecen sin ser Enríquez, sus pobres papeles, ya que no pueden á sí mismos, ni á sus damas. Allí ví dos claros arroyuelos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoroso mormurio, y sin mormurar, que eran arroyos muy comedidos; lisonjeaban los oídos de los que por su

ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba Amor el oro de sus flechas, según colegí de los oficiales, ministros suyos, que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre, y ya quería buscar aquella memorable colmena, de donde salió la abeja, que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasión á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Policiano en su historia.

Mas á esta sazón vi en medio del prado un maravilloso edificio con una gran portada de fábrica dórica, y de excelente artificio, labrada en los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, chapiteles, architraves, frisos y demás partes de que se componía la fachada. Estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos, hacían historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veían con letras de oro tallados estos versos:

Casa de locos de amor,
do al que más sabe de amar
se le da el mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componía, la hacían vistosa mucho; y era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querían entrar, que eran infinitos. Hacía oficio de portero una mujer de rara hermosura. Su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso. y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas: tal al fin era toda, que obligaba á amor y respeto; que mujer pobremente vestida es como moneda falsa, que no pasa si no es de noche; y como la espada, que sólo desnuda puede matar.

Su nombre decía que era Belleza. Á ninguno negaba el paso, ni le pedía ninguno más licencia, que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia, me entré también al primer patio, donde

hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que antes fueron (y á mí con ellos), que apenas unos á otros se conocían: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados, pensativos y amarillos (color de que amor viste sus criados). Díjolo Ovidio en su *Arte Amandi:*

Palleat omnis amans; color est hic aptus amanti,

Y Horacio, Oda 10, lib. 3:

Ne tinctus viola pallor amantium.

Y el Camoes, en el Canto 9 de sus Lusiadas:

As viólas da cor dos amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores, ni respeto á los parientes. Las primeras se hacían terceras, las criadas señoras, y las señoras criadas. Casadas ví amigas del más amigo de su marido, y aun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres.

Esto estaba yo contemplando, cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos, y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, me resolví primero á preguntarle yo quién era, y qué hacía allí. Á ambas cosas me respondió así:

—Mi nombre es Zelos; y muy bien me conocéis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no curarlos; que antes suelo acrecentarlos el mal, y como cuchilladas de vestidos, que descubren el aforro del honor, no sin infamia de muchos. Si queréis saber las más de las cosas de esta casa, no me lo preguntéis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contaros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea

muy apriesa, es el administrador: él os informará largamente de todo lo que quisiéredes.

Con esto me dejó; y sin detenerme, llegué al viejo con su barba tan larga, que podía servir de limpiadera; andaba por allí hisopeando con la cabeza, como si fuera clérigo que dice responsos. Conocí ser el Tiempo; pedíle con la debida cortesía (que es la cosa que vence dejándose vencer) me mostrase los cuartos de aquel palacio, que quería como forastero ver algunos locos, mis compañeros. Mas porque, según me dijo, andaba curando los enfermos, que, como dicen, el tiempo todo lo cura, desde donde estaba me los mostró, me dió licencia, y me dejó ir solo.

Y apenas salí de aquel primer patio (donde los locos andaban barajados, y sin que se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas:

—¿Doncellas hay aquí?—dije yo, sin poner nombre á nadie—¡tristes de ellas! Y con razón, porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres como locas furiosas, aprisionadas, y muy cerradas; que para esto no les vale la locura, aunque tal vez Amor ha dado dispensación; y ellas, que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen, sin reparar en que las ha de hacer la pena cuerdas. No eran estas las que hacían menos locuras; y aunque de razón habían de ser fáciles de curar, había hartas muy peligrosas. Estaba en aquel fuerte de la casa una llorando de una soltera; otra queriendo á un galán, sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reveses, con tantos tuertos como renglones, y todo de mala letra, para que haya más ocasión de leerle más despacio, y volverle á leer con meditaciones. Otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendía, y como tocar á vísperas, para que acudiesen todos á escuchar la afición. Otra le estaba diciendo al suyo, que era suya; pero que no pretendiese de ella, ni quisiese otra cosa; y él decía que lo haría, y así ella lo creía. Unas

querían casarse por amores, y otras, á hombres casados (estas estaban apartadas con las incurables). De estas, unas eran doncellas de casar; y otras, doncellas de servir. Otras tenían requiebros, que eran mujeres de escribanía; y así la mayor parte de ellas estaban escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugando en ellos del vocablo de la cruz, hasta el Dios os guarde, y sea de sus papeles, por quien él es; mayormente cuando despachan cartas de espadas para atravesar corazones y bolsas, para que los galanes respondan con cartas de oros y de copas de plata; y caso que tengan sus papeles gracias, serán de jubileo, que no se gana, sino satisfaciendo. Casi todas las locas de este cuarto estaban hablando de noche y de día sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban y pedían celos. Estas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien entonces la enfermedad. Las que tenían más devoción eran las más pecadoras; y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo esto nacía de la mucha ociosidad y de tratar más con almas, que con almohadillas; y donde la hay, por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el Triunfo del amor:

Ei naque di otio è di lascivia umana.

Y antes que él, Séneca en su Octavia:

Amor est: juventa gignitur, luxu, otio
Nutritur; inter læta fortunæ bona.

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Había aquí quien aceptaba más libranzas, que un banco ginovés, ó fúcar, con sólo el caudal de su sazonado dulce. Unas se hacían terceras de las de los bordones, y

otras tenían por bordón hacerse primas de todos; si bien toda esta música era de falsas; y así todo su trato venía á ser de cuerda, y no de cuerdos. Otras hacían lo que ellas llaman trabajo (yo colación más amarga y picante al pagarla, que dulce al comerla) para sus galanes; y me pareció era bien pensado dar colación á galanes ayunos. Unas deseaban que el visitador no las viese; y otras que las visitase el que no era visitador. Las menos locas se enamoraban del médico de la casa, á quien daban recetas y remedios para sus sordas faltriqueras, y bolsas opiladas; ó del cirujano, á quien también sangraban de la vena del arca, y no del cuerpo. Estas andaban tras la andadera, y la hacían andar (como dicen) más que de paso. Aquellas buscaban lugares prestados; y pagaban los pobres galanes. Algunas había, tan rematadas, que les pedían á los suyos doseles y cera, cosa con que se suele quitar el amor mejor, que con una ingratitud. Las más locas eran las que estaban asentadas en su estrado, presidiendo á la chusma emperrada y faldera, haciendo fiestas á unos perrillos lisonjeros, juguetones y halagüeños, más que sus amas, adornándoles de gargantillas, cascabeles y tafetanes, con más colores que banderas de campo, ó novia de aldea.

—Bueno fuera—dije yo—para estas llevar un saludador, para librarnos así de tanto perro, como de damas tan aperreadas ó aperreadoras.

Al fin, tantas enfermas había en este cuarto, que casi me dió compasión; y aun el enfermero desesperaba de su salud, porque como todas estas eran amantes de anillo, que sólo se mantenían de la esperanza (cosa que con el efecto muere al punto, el cual nunca les llegaba), era su mal incurable é insufrible. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre muchas de este cuarto: y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redención de este cautiverio. Tampoco osé hablar

con ninguna, porque temí que luégo había de pensar estaba enamorado de ella.

Y así pasé al siguiente cuarto, que era de las casadas. Á muchas de éstas tenían atadas sus maridos, y así no podían ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas, que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros, que diesen. Estas no caían en la cuenta, hasta que se acababa el gasto; y otras fingían romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una ví, que sufria de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no le fuese jamás á la mano (digo en nada á la mano); y otra que hacía sus mangas, con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos de los maridos con obras pías; que, como dijo un apasionado (Juvenal, Sátira 3): *Nemo magis gaudet vindicta, quam fœmina.* Y el pagarse adelantado era para ellas la mayor venganza, si bien todas sus venganzas son á traición, á espaldas de sus maridos. Cual estaba melancólica por la dilación de cierto efecto. Á una, muy amiga de su coche, pregunté que por qué le quería tanto, que nunca salía de él; y me respondió, que porque tenía cortinas, que se corrían:

—Pudieran muy bien—dije yo,—de que no se corre vuestro marido.

Y ella, corriendo, me dejó. Entre éstas no estaban las que tenían sus maridos con la propiedad de vocablo: idos al mar, y en Indias, ó andaban en comisiones, y que en lugar de volver con más presteza que un ciervo, vuelven á paso de buey, porque todas vivían al fuero de solteras; y como conjuradas, no eran tenidas por miembros de esta república.

El siguiente cuarto era de las reverendas viudas, locas de ciencia y experiencia. Estaban éstas con blancos pechos

de cisne, muy graves, esto es, posadísimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado; pero no tanto que encubriesen el frenesí, porque á una de ellas vi que juntamente lloraba por el marido, y reía con el amigo. Otra, muy tocada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas (para tener más desembarazados los oídos para oir y escuchar mejor cualquier casamiento), y sin monjil, discurrir por el cuarto, tan compuestas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenía allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisición. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quien más larga traía la toca; y en algunas de éstas advertí que pudieran ahorrar de saya entera: y con tanta toca me pareció eran tocadas y retocadas, y más tocadas, que las demás. Parecían éstas, por defuera, cuaresma; pero, por dentro, pascua alegre y no florida, sino granada y para dar fruto, si ya no le habían dado. Vi que todas las viudas paseantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos en són de primos carnales en sexto grado, y con las cuentas en las manos: cuenta con los bienes agenos y no con los que tienen en su casa, ni con los que tiene que dar á Dios. Estas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpetuos ayunos (que también tienen cuaresma los carnales). Otras traían tocas de gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco moño ó copete, como antiguamente se decía. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponían color, como si tuviesen vergüenza, y algunas se querían casar mil veces; y al fin, cada loca estaba con su tema. Eran éstas, entre todas, las más insufribles; porque como había pocas mozas, y todas habían sido señoras de su casa, y lo eran, cada una quería mandar; y así tenía harto que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante al cuarto de las solteras; ví que todas andaban más sueltas que las demás; y que de puro sueltas y resueltas habían dado en solteras. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, que me dijeron había cada día en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la casa de los locos del interés había muchas más de estas, que en la de los de amor; porque éstas no son las que dan el placer, sino las que le venden y hacen mecánico, y ellas se pasan á mercaderes y mequetrefes del deleite de Venus. Algunas ví allí, que se hallaran mucho mejor con el cuarto, si fuera real, y con el ducado de doce reales, que con el de mayor nobleza y pompa; y en resolución, éstas á todos los hombres quieren que sean del tribu de Dan, hidalgos en dar algo, y Platones en hacerles de ordinario buenos platos. Otras ví que desnudaban al hombre más honrado (como bandoleras de poblado), por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo, y caudal para coleto de ante, y daga mayor de marca, y ser á su sombra respetada y temida de todas y de todos; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Había locas de extremado humor, perdidas por un poeta, aunque pobre, y con más faltas, que una mujer preñada; y si éste era cómico, rematadas, porque por lo menos las sacaba cada día al tablado en estatua, y las hacía los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; que tenían por gusto verse, en un romance, en hábitos de pastoras, y acompañar así á los muchachos que iban al mercado, y dar con qué ganar á los ciegos. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores, me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada día por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia (cuya sombra, con ser tan pequeña como lo es de una vara tan delgada, espanta mucho, causa grande inquietud y afrenta en la

honra, y menoscabo en la bolsa), ya desterradas y emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres: y que cuando más bien medraban, daban en un convento contra toda voluntad, hechas esclavas ó fregonas de monasterio. Unas daban en comer barro por adelgazar; y adelgazaban tanto, que se quebraban. Andaban éstas más amarillas, que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años, y se hacían herejes de ellos, sin jamás confesarlos, y se daban buenos días y aún mejores noches. Estas de puro viejas, por más que andaban sin tocas, frunciendo la boca y estirando el rostro para encubrir las quiebras (que llaman perigallos), parecían mochuelos, asaduras de rastro ó modelos de alabastro, difuntas embalsamadas, muerte del apetito, y carne hedionda de puro manida; y sólo de puro vellosas podían ser alabadas de bellas. Algunas ví, que con ser ya muy figuras, iban á un astrólogo, bachiller planetario, tendero de los planetas y espiador de los movimientos celestiales, para que les levantase una figura, y él levantaba más de dos testimonios. Otros iban á que les espiase y descubriese la vergüenza que perdieron años había; y él, hablando un poco en jerigonza astrológica, les respondía que tres cosas se cobraban tarde, mal y nunca: el dinero, tarde; la salud, mal, y la vergüenza, nunca. Otra ví que se levantaba á ella la figura; pero con crecer los chapines, porque eran mayores, que banqueta de zapatero. Cual por parecer bien daba en afeitarse; y era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar, y mostraba ser muy mentirosa, pues mentía, no sólo por la barba, sino por toda la cara; y como tan mala, daba á entender con los venenosos colores y afeites del solimán, que quería matar más con veneno, que con su hermosura. Estas, como tan pintadas, deben ser desconocidas de todos por la pinta. Cual se enrubiaba algunos días, y tal vez tanto, que le podía muy bien decir el epígrama de nuestro Baltasar Alcázar:

Tus cabellos estimados
por oro, contra razón,
bien se sabe, Inés, que son
de plata sobre dorados.

¡Qué de ellas se ponían cabelleras, ó moños, como ellas los llaman, encubridores de la ancianidad y de la calva, que siendo su cabeza española, tiene su origen francés! ¡Cuántas se ponían dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decían á todos lo que eran! Y en efecto, algunas había tan vestidas de plumas agenas (que se precian de pelar), que si las despojaran de ellas, quedaran tan ridículas, como la corneja de Horacio. Muchas tenían, entre bruja y Celestina una madre vieja, que con tocas de viuda parecía tortuga en blancas tocas, y servía de especia de la vergüenza; y aunque nunca hubiese sido madre, mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre la llamaba y la hija escogía, y muy pocas de éstas guardaban la ley de amor, que ó las corrompía el interés, ó el vicio; y así eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacían locas por librarse. El amor de éstas era á lo gatesco, pues á todo dinero, decían mío.

Ella dice que es virgen, y no miente,
que el deleite de amor aún no ha probado;
y si remeda el gusto, no le siente;
que el interés, del gusto apoderado,
adormece del cuerpo las acciones,
y tiene al apetito encarcelado.

En este mismo cuarto estaban las que, no mereciendo el nombre de damas, tienen el de fregonas. Ninfas fregatrices y de gusto fregonil; y según algunos soplones de amor, iban éstas afeitadas sólo con el tizne de las ollas, pintadas al natural, en cuerpo, sin el manto soplonesco, sin el garbo y sin el trenzado garbín, desgreñadas, con las madejas al descuido, ojos socarrones, calzados á lo bellaco, y la boca torcida á lo pícaro. Traía una un sayuelo pardo, señal de

que sus esperanzas pararon en trabajos; una manga de lana, tan justa, que me espanté que siéndolo tanto, viniese bien á brazos tan pecadores; un mandil, no blanco (que era enemiga de ese color quien había sido un tiempo blanco de muchos, y ahora había quedado en blanco y sin blanca), sino de varios colores, señal de sus miserias é inconstancia. Iba en zapatillos, sacando, al pisar airoso y menudico, por debajo del faldellín los piés, tan medidos como los de Virgilio; y así eran para causar envidia á toda la musa poética. Verdad sea que los zapatos no eran, aunque pulidos, muy pequeños, porque hacen callos, y sienten las mujeres que aun por los piés las hagan callar. Estas son las que, en oyendo en las puertas basura, dan espuertas; y saliendo por las calles con su sayuelo y corpiño, por hablar con su deleite, dejarán llorar un niño todo el día; y entre puercas y mujer, bajan al río á lavar más gualdrapas, que un esclavo, haciendo de la muñeca barreno, y cantando como un carro de bueyes bien cargado en el estío.

Consideré todas las de este cuarto; y temiendo no me sucediese lo que á los jugadores de ajedrez, que á veces les dan mate de caballos, me salí de aquí casi huyendo; y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio, como dicen); y esta era su mayor locura, no querer apartarse de ellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les había de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medicina, y querían más su enfermedad, que su salud, como lo sintió el acuchillado Propercio, libro 2:

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así, obstinados en este error, acababan en semejante mal, pensaban que hacían bien; y otros (que aún es peor) veían lo que hacían; y lo hacían, como lo confiesa de sí el Petrarça en una Canción, lisiado de esta dolencia:

Quel che, fo reggio, é non mi inganna, il vero
Mal conosciuto ansí mi sforza amare.

Y pegósele de otro que dijo de sí mismo lo propio, Ovidio, 7, *Metamorph:*

Quid faciam, video; nec me ignorantia veri
Decepit, sed amor.

No estaban los locos en cuartos diferentes; porque las acciones de cada uno decían, á quien atentamente los mirase, su inclinación, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes, y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear, y sin un cuarto para comer, y despreciados de sus damas, por no acertar á darlas gusto, andando con tantas herraduras y locuras, que de estos se podía decir: «No hay hombre cuerdo á caballo». ¡Cuántos que no tenían pan, y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto que le notase los papeles; y otro le notaba, que era un gran majadero. Otros querían enamorar por lo lindo, muy preciados de tufos y guedejas, manos blancas, piés chicos, con zapatos romos, grandes encubridores de juanetes y sobrehuesos, teniendo ellos más, que un mal casado, siendo un Lucifer en la cara y un escuerzo en el talle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. De estos uno vi, que de puro haber tenido los bigotes en pena, y enfrenado toda la noche con su bigotera, como si fuera braquillo ó gozque, y siendo peor que macho, que éste no duerme con freno, los traía á las estrellas, y el sombrero con la falda grande le servía como de dosel. Casi todos andaban ya con platillos y valonas al uso, y azules, con que parecían sus cabezas y caras imágenes de milagro, presentadas en un plato azul; como hombres de vidrio, metidos todos dentro de valón, jubón y mangas, todo muy algodonado; y algunos de éstos iban tan disformes, que parecían preñados. Los más se acogían al sagrado de la pobreza, que es al vestido de ba-

yeta, que como tan valiente, no admite guarniciones, cuchilladas, ni prensaduras. Uno de estos había que me dió gana de reir, porque siendo un Narciso enamorado de sí mismo, y tanto, que á veces después de haberse bien mirado (que era gozarse á sí mismo) se volvía á querer abrazar su misma sombra; y así, como consigo mismo, decía que no tenía que casarse con mujer ninguna; imaginábase tal, que le parecía que hasta las aves se paraban en lo mejor de su vuelo á mirarle, de puro enamorado de él; y porque pasando un día por una calle, encontrando acaso una mula de un doctor, que mascando el freno, babeando y echando espuma, gruñendo y orejeando, volvió la cabeza hacia él, dijo á su criado:

—¿No has advertido cómo hasta las mulas me miran con rostro y ojos tiernos y alegres?

Otros había que querían enamorar por lo valiente (grandes personas del trago y tabaquera), no considerando que las más son melindrosas; y que celebrando, cuando mucho, ellas las cuchilladas desde las ventanas, ellos se quedan con las espadas y ellas con los oros y escudos. Muchos de éstos traían sombreros á orza (que ellos llaman gabión de la cabeza) con faldas grandes, encubridoras de los chirlos dados en la cara más que en otra parte; que á quien dan, no escoge. Uno de estos vi, que queriéndole otro obligar á reñir, dijo que tenía devoción de no reñir tres días en la semana, sin señalar cuál; y así volviendo la espada en espalda, dijo que iba por cólera para poder reñir el día que no contradijese al de su devoción. Unos vi que salían de noche á no más que salir de noche, hechos unos morciélagos, ó un traslado de brujos; si bien otros, conformándose con la noche que llena de lunares y pecas era por su oscuridad pecosa, en ella salían no más que á pecar. Otros vi que se enamoraban, porque veían enamorar á otros. Estos iban á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas días de trabajo; y á que andaban de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decían más

que sentían, y otros sentían y no decían palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adivinos; mas como los locos nunca oyen, mayormente consejos, no les dije nada. Los desvanecidos, sintiendo que el amor es como rayo, que hiere á lo más alto, se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. De éstos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles, y no paganos, y cual ó cual faltilla personal, que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagan de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Ví á los liberales, que hacían todos los días larguezas, que no las daban, ni aun gusto; y á los lacerados que hacían todos los días de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos, por eso, menos furiosos. Unos de éstos, huyendo de sus mujeres, daban en las agenas, y otros se hacían bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros, quedaban hechos mansos corderos, y se consolaban con decir que el marido debe de ser de su mujer amado, más que temido. De éstos había muchos que hacían todo lo que querían sus mujeres; y ellas tomaban de aquí ocasión y licencia de no hacer cosa, que sus maridos deseasen. Decían éstos que la mujer es como la paja, que si la dejan en el campo y en su natural, en los pajares se conserva con agua y con los vientos; pero si en algún aposento quieren estrecharla, rompe las paredes; y así que no habían de sacar de ella más de aquel zumo que quiere dar de sí, como la naranja, ó han de amargar, sin ser de provecho. Otros tenían por amigas las amigas de sus mujeres; y algunos por comadres á las madres de sus hijos. Uno, que debía de ser mal casado, decía que no había cosa más cansada, que mujer á todas horas, puntos y momentos; y así era peor que la enfermedad; que

esta se quita á veces con medicina, y aquella sólo con la muerte. Yo estoy bien con los que llaman al casar velar y al marido velado, porque no hay cosa que tanto desvele y quite el sueño, como la carga del matrimonio, que yo tengo por carretada. Un lugar hay en Castilla, que se llama el Casar, que sólo por el nombre nunca quise pasar por él, porque quien pasa por el casar, pasará por todo. Gusto me daba el oir éste, considerando lo que pasa entre maridos y mujeres; y no pude dejar de decirle, que considerase que los miembros de los cuerpos de los casados son los mismos de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, y de la mujer la del marido, y que su estado le carga Dios sobre sus hombros, dándole allí una compañera que le ayude á sustentar aquel grande peso. Y en resolución, no se multiplicara el mundo, si no fuera por la mujer; y que lo propio, siempre se ha de amar más, que lo ageno; y es muy grande locura sembrar en tierras agenas. Los gustos de la propia mujer son como los de Midas, que cuánto tocaba se le convertía en oro; y jamás el oro enfadó á nadie, ni dió disgusto. Además que si los hombres sufren á un amigo necio, un grave dolor, ó una perpetua enfermedad, ¿harán mucho en sufrir á una mujer, que viene de la mano de Dios, y que será buena si la escoge más el oido, que la vista? Mayormente que hoy día el ser malas algunas es por culpa de los maridos, que no las dan lo que han menester conforme á su estado; y mujer pobre y necesitada, dice el refrán que es medio conquistada; y marido que no provee su casa, desprovee su honra; y quien ve marido amancebado, se atreve á su mujer, como á casa desierta. Verdad es que muchos toman el matrimonio hoy día para profanar el Sacramento, y dejan tirar la carga, para cargarse con la soga y ahorcarse con ella. Pocos he visto que hayan tenido la reverencia que se debe á tan alto misterio; que las voluntades sean unas, como la carne; iguales en el sí, unánimes en el no; tan sabrosos el uno al otro en los trabajos, como lo están en los gustos; tomando asidero, que son desiguales por la ca-

lidad, cantidad y verdad. De donde saco (hablando con el decoro debido á los privilegios de este Sacramento, humillándome á la corrección de nuestra Madre la Iglesia) que los matrimonios que hoy se usan son un contrato de una venta real, pues no se trata en ellos de otra cosa, que de venderse, y comprar el marido á la mujer ó la mujer al marido, para que después ella vuelva á vender y engañar el uno al otro, quedando después de casados como pared sin tapiz, mostrando cada uno las faltas, defectos y fealdades. Y así fué gracioso el caso que sucedió á dos novios, que diciendo él, al acostarse:

—¡Mi alma, ya somos uno los dos: la verdad es, que estos dientes que traigo son postizos!

Respondió ella, muy ufana y contenta:

—¡Mis ojos, no importa, que también traigo esta cabellera postiza!

Todo lo dicho se entiende donde no hubiere verdad, ni contento; que como es instrumento para defenderse del sol, para hacerse lunas fórmase con él la destruición de la casa, la diminución de la honra y fama, con aumento de gustos y contrapeso de disgustos. Y como el mundo esté lleno de uno y otro, pásase todo, y llevamos, no sólo las personas, pero aun los sesos, como á mal sazonados. Y así estoy bien con mis juveniles años, y esos apartados de compañía perpetua y apesarada; que cuando quiera gustar con mi propia gracia y cuerpo de lo que gozan con uno y otro los que viven sin este yugo, no tengo miedo de mi cabeza, sino de mi alma; que lo uno se cura con el cura en la confesión, y en vida, y lo otro con sólo la muerte propia ó Extrema-unción de la agena. No quiero mujeres de mucha vida, ni de muchos días, porque son de la piel del diablo; y la más simple de ellas engañará un colegio de Catones. ¿Quién me mete á que, con la señal de la paz del cielo, siga del suelo la guerra? Porque son de tal calidad de condición, que si no las amáis, os tienen por necio; si al contrario, por liviano; si las dejáis, por cobarde; si las

seguís, por perdido; si las servís, no lo estiman; si las estimáis, os aborrecen; si las queréis, no os quieren; si no las queréis, os persiguen; si las frecuentáis á menudo, os infaman; si no las frecuentáis, sois menos que hombres. Mas digo, que por lo que hoy se pasa, más vale el humilde título de esclavo, que la bórla de marido. ¿Queréis verlo? Mirad lo que cuenta un grave autor, de una pregunta hecha de un sabio á otro: ¿Qué cuando era bien casar el hombre? Le respondió, «que cuando mozo, era temprano; y que cuando viejo, era tarde». Otro dijo mejor: «que cuando vió una buena mujer, fué cuando la vió ahorcada de un árbol de manzanas, porque la pareció entonces buena fruta, y que pagaba bien y en breve el mal que de tan largo tiempo tenemos». ¡Pesia tal con las tales, ó con el mundo que las sustenta! ¿En qué ley cabe seguir tantas sinrazones, que siendo fea la tengo de querer; si rica, de sufrir; si pobre, de mantener; si hermosa, de guardar, porque no sabe tener modo en el amar, ni dar fin al aborrecer? Y así no me maravillo de aquellos dos divinos filósofos, cargados de años, ciencia y experiencia, diciendo el uno que no se quería casar temprano, porque debía esperar á que supiese más del mundo; y el otro le respondió que se engañaba, porque si conociese qué es la mujer, nunca se casaría. Dejo mil atestaciones y comparaciones; y no quiero más de lo que dijo Platón haciendo plato á un su amigo: que la mujer es como la yedra, que arrimada al tronco, se sustenta verde y fresca; apartada se seca. Más dijo, que corrompe y arranca la pared que acaricia y abraza.

Perdone todo el estado mujeriego esta humilde comparación y las otras. Y porque no deseen el fin de mi vida, y de las que haré adelante con ella y ellas, digo, por no dejarlas con disgusto, que no hay regla sin excepción; y de las susodichas siempre se hallarán algunas (y muy pocas), que siendo dulces en el alma y cuerpo, digan como la mujer de Marco Aurelio: «la que es de buena vida, no ha de temer al hombre de mala lengua;» ofreciéndome en

penitencia cerrar la mía á las suyas, porque mordiéndola no digan dos veces esta sentencia.

Volví la cabeza y ví los viudos; muchos de ellos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los quería acoger; y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad. Otros había, que sacando los cuerpos vestidos de requiem enlutado, tenían las almas llenas de alegría aleluyada; y estando aún caliente la cama y no enterrada la mujer, tenía concertada otra, ó la que antes había sido su amiga (que de puro orada y arada, deseaba serlo con él); y como dolor de mujer muerta dura hasta la puerta, y aun no tanto, el día siguiente amaneció otra vez casado con una niña de oro, ó doncellidueña, más festejada de noche, que de día, y en secreto, para tenerla en público. De oro digo, pues la tomó más en cuenta de este metal, que de mujer, pensando le serviría de Indias, sucediendo tan al revés, que antes de su desposorio se gastó lo que ni fué, ni nunca pudo ser, ni será. De éstos diría yo que más aborrecen, que aman; que habiendo huído una vez de la muerte, vuelven á ella (que tal es el matrimonio, pues sólo con la muerte se deshace); que les maten en vida con las armas de Moisén, ó darles fin á los extremos de la suya con los de la cuna, ó hacer como á los ladrones, que les cortan las orejas la primera vez, para que volviendo á hurtar, sean sin más información ahorcados. Lo mismo había de hacerse con los viudos otra vez casados; pues al cabo, una buena cabra, una buena mula y una mala mujer, son tres malas bestias.

Los solteros acudían á todas partes, y eran de gusto más estragado que Ginebras, y como otro Galaor, que dice que no veía mujer que no le agradase, excepto las pintadas. Aquí se enamoraban, allí se aborrecían, y acullá pedían zelos. Aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones ví con plumas, y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la Gula y á la de la Lujuria. Estos más me parecían

bestias, que hombres; y así andaban los más de ellos con muletas y á cuatro piés; y de puro carnales, habían quedado sin carne, flacos, macilentos, medio muertos, sus rostros como pimientos y sin narices, como figuras de mármol muy antiguas; y al fin hediondos, podridos y hechos un Lázaro en la sepultura; y así se pudiera bien preguntar á las mujeres: ¿Dónde los habéis puesto, que tan desfigurados están? Y sólo, como tan apestados, podían servir para echados en la mar, á dar ponzoña á los peces. Entre tantos, lo que me admiró fué que ninguno negaba que estaba loco; y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas y en cantar romances con estribos, como si anduvieran de camino; y lo más era siempre cantar mal y porfiar; y basta un músico pobre á hacer huir á las mismas estrellas del cielo, mayormente si es enfadoso en el templar; que quien tal sufre, sufrirá primero diez melecinas, sin haberlas menester. Los más poetas, locos también dos veces, hacían sus coplas á quien les hacía la copla. De estos había muchas sectas; andaban casi todos, de puro hambrientos, comiéndose las uñas; y finalmente, de puro pobres en todo, daban en ser poetas de rapiña, invocando por momentos las Musas, para consonante; y ellas, á gente tan pobre, ni aun querían escucharla, cuanto más responder. Otros había que, muy en forma, se ponían á vituperar cuántos versos sabían de los mejores y más celebrados poetas. Á uno oí, que haciendo mofa de aquellas tan celebradas Liras:

Aquí lloró sentado tristemente;

decía:

Poeta impertinente:
¿qué hombre hay, que llore alegremente?

No pude detenerme en escuchar más, porque hedía por allí terriblemente á meados; y era, porque yendo unos de éstos á beber á la fuente del Parnaso, las Musas, pensando

hacerles algún favor, se orinaron en ella; y así me divertí á mirar los más gentiles hombres, que hacían sus diosas á quien eran odiosos; y los más decían sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de día, contemplando ventanas de noche; unos hablando criadas, porque los admitiesen por criados; otros cohechando dueñas, porque los hiciesen dueños, llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache, que tiene un buhonero. Loco había de éstos, que no había hablado á su señora palabra, ni la podía ver sino á tal y tal fiesta del año; conviene á saber: noche de Navidad, de Jueves Santo, de San Juan, y la Porciúncula; y el que más podía alcanzar, era hablar por señas, como si fuera mudo; y mascando una esperanza escabechada, estaba como bestia enfrenada en el pesebre, amancebado con sólo su deseo. Á unos le entretenía una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio. Entre éstos ví uno más triste que un pinar cuando anochece (y con razón mostraba haberlo sido), boquirubio, y poco ó nada curtido; porque teniendo cierta ocasión de poder tener por suya la que ya era de otro, parando en ciertos respetos y temiendo no diese ella voces, le dejó ella por un asno enalbardado (que ni silla merecía), y le envió á decir que bien podía, si no fuera tan necio, haber advertido, al preguntarla de su salud, que le dijo estaba ronca, y que no la oirían de aquí allí. No había como consolarse; porque si bien le dije que el remedio era olvidar, decía que era verdad; pero que luégo se le olvidaba el remedio. Tenía éste ocasión de estar triste; pero no razón, porque se tuvo la culpa.

Los locos de monjas tenían mucho de necios, ó algún poco de virtuosos; pero á unos y á otros los llamaban los demás locos: zánganos de amor. Otros estaban muy de veras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia

del Monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya aguardando á las viejas de casa, ya á las mozas que las sirven, ya sufriendo una cruel tornera, y en el torno la espuerta de las lechugas y las alcuzas del aceite. Uno ví la frente señalada con los hierros de un locutorio, y otro aquí tan perdido, que se pudiera decir de él, como de Abenamar:

> Á los hierros de una reja
> la turbada mano asida.

Los locos de casadas se percibían de recatados; mas no por eso hacían menos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los menos se guardaban mucho de ellos, ó porque ellos no veían, ó no querían ver; y así raros eran los que morían de este mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de comedias, que para el señor marido no faltaba una amiga que lo llevase; y siempre ellos eran buenos hombres y lo creían todo. De locos de viudas había dos géneros: ó que eran queridos ó que no lo eran. Estos libremente pretendían cautivarse; y aquellos tenían amor sin temor, si no era cuando mucho, de algún pariente, hermano ó primos. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

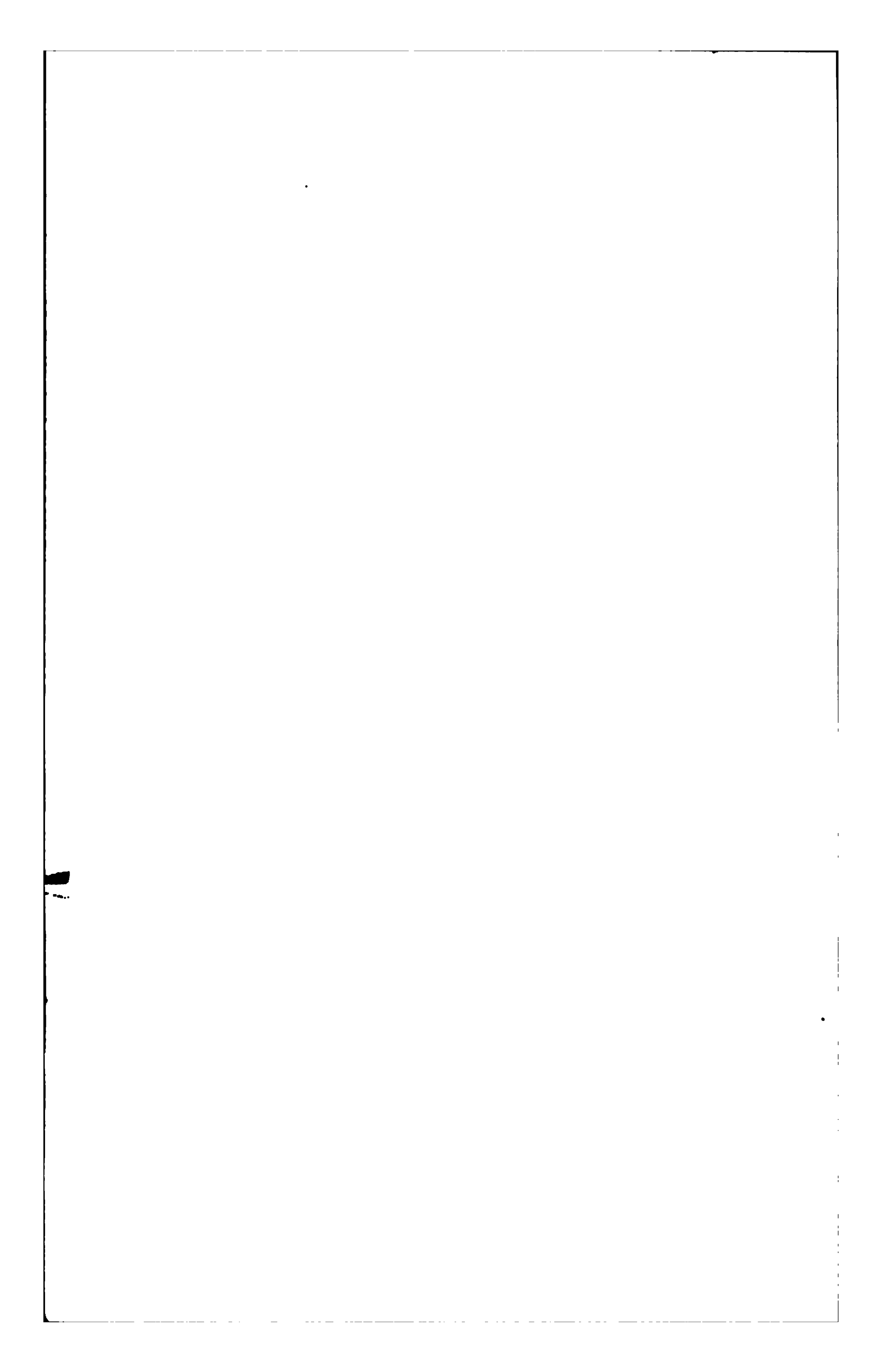
Todos los locos de solteras eran muy apasionados de esta enfermedad, aunque algunos de otras, que suelen doler más, y aun hacer astrólogos á sus dueños. Los más de estos eran mocitos, hijos de vecino, cascabeles, y luégo se metían á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles; y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España; y los mejores vestidos son los de seda, porque se da á ellas. Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reían de ellos; y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias,

que pude ver por entonces; y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé, sin pensar, en el primer patio, donde ví nuevas maravillas. Ví que por horas se aumentaba el número de locos. Ví al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Ví á los Zelos castigar á los más confiados. Ví á la Memoria renovar llagas viejas. Al Entendimiento en un aposento oscuro, y á la Razón con una venda en los ojos. Divertíme algún tanto en esto; mas, cansada la vista de tanta atención, volví á un lado, y ví un póstigo muy pequeño, que apenas se podía salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazón daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasión, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á voces llamándome, porque era muy entrado el día. Con esto volví en mí, y me hallé en mi cama; pero con algún pesar de haberme quedado en la Casa de los locos; si bien con conocimiento de que Amor y sus vasallos es todo locura; y por lo que ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entonces ví.

Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto, Séneca, y otros muchos, que vuesa merced habrá leído, y sabrá mejor, con que se puede confirmar por cierto la imaginación de mi fantasía: *Amor formæ rationis oblivio est, et insaniæ proximus.*

FIN DE LA CASA DE LOS LOCOS DE AMOR



LIBRO

DE TODAS LAS COSAS

Y OTRAS MUCHAS MÁS

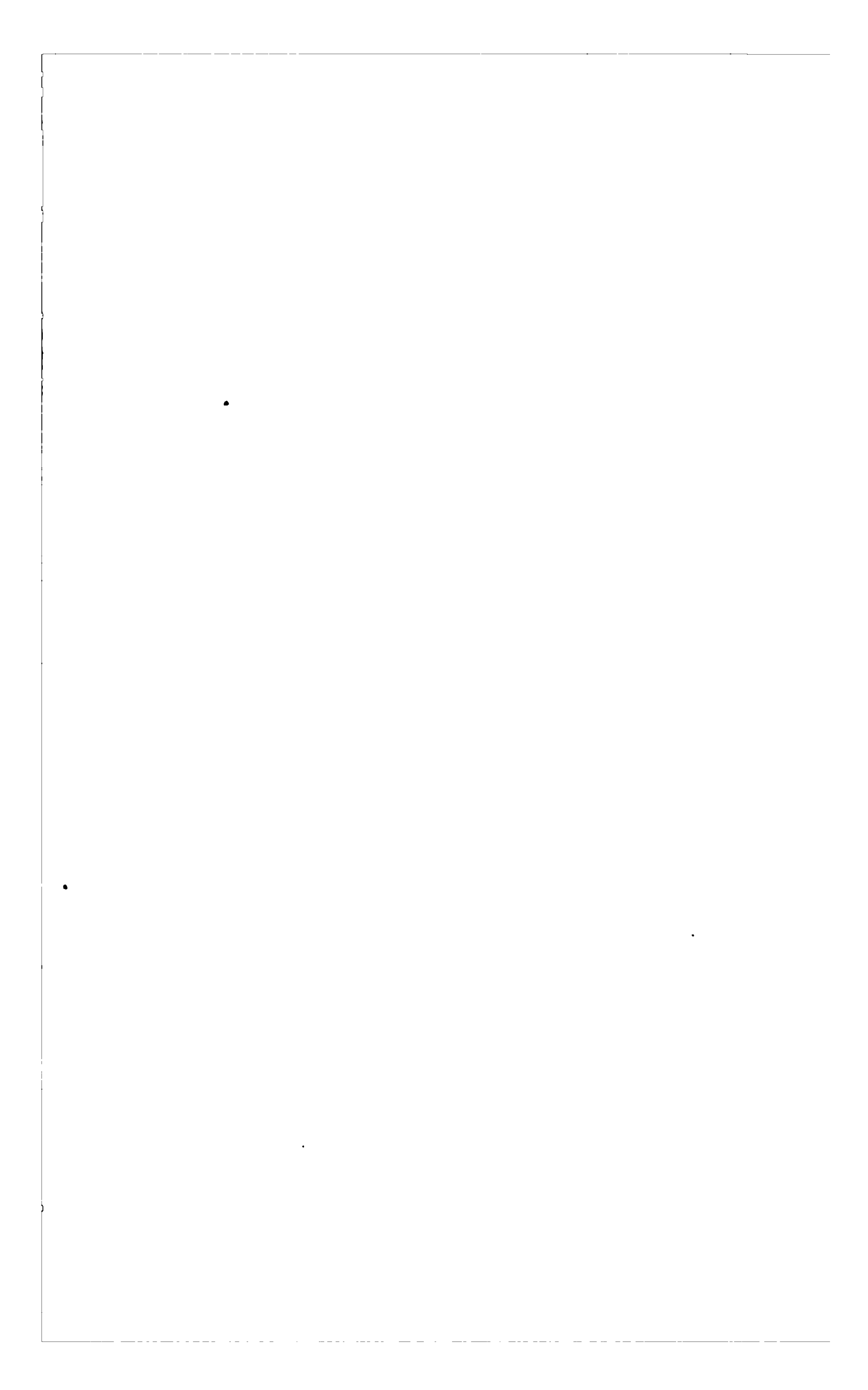
COMPUESTO

POR EL DOCTO Y EXPERIMENTADO EN TODAS MATERIAS, EL ÚNICO

MAESTRO MALSABIDILLO

dirigido á la curiosidad de los entremetidos, á la turbamulta de los habladores, y á la sonsaca de las viejecitas

---



TRATADO PRIMERO

Secretos espantosos y formidables, experimentados, tan ciertos y tan evidentes, que no pueden faltar jamás

---

ADVERTENCIA AL LECTOR

Curioso lector, ó desaliñado, que no importa más lo uno, que lo otro, para el efecto de mi obra: esta primera página contiene las admirables y estupendas proposiciones, en que podrás escoger la maravilla que quisieres obrar, mirando el número que tiene delante y buscándole en la siguiente página, donde está el modo de hacerlo. Y no te espante el prodigio que ofrece la pregunta, que todo lo hallarás fácil en viendo la respuesta:

Tabla de proposiciones.

1. Para que se anden tras ti todas las mujeres hermosas; y si fueres mujer, los hombres ricos y galanes.
2. Para ser bien recibido donde quiera; y es infalible.
3. Para que cualquiera mujer ó hombre que bien te pareciere, seas hombre ó mujer, luégo que te trate, se muera por ti.
4. Para que con sólo haber hablado á una mujer, te siga adonde quiera que fueres.

5. Para hacerte invisible y que, aunque entres entre mucha gente, ninguno te pueda ver. Y encomiéndote, por el Sumo Señor que te hizo, tan alto secreto, por el daño que puede resultar si se divulgase entre ladrones, adúlteros, presos y enemigos.

6. Para que hombres y mujeres te otorguen cuánto pidieres.

7. Para ser rico y tener dinero.

8. Para alcanzar cualquiera mujer en un momento; y es certísimo.

9. Para que no se te rompa ningún vestido que trajeres.

10. Para que no se vaya el halcón aunque le sueltes; y es probado.

11. Para no tener dolor de muelas jamás.

12. Para no encanecer, ni envejecer nunca.

13. Para tener hijos la más estéril mujer del mundo.

14. Para que no te hurten los sastres.

15. Para no morirse jamás.

16. Para no morir sin confesión.

17. Si quieres que el caballo que tuvieres revuelva á todas manos.

18. Para tener grandes cargos en la República.

19. Para verte en altos puestos, en breve tiempo.

20. Para ser tenido.

21. Para no envejecer, seas mujer ó hombre.

22. Para que, aunque seas calvo, no lo puedas parecer, sin cabellera, ni casquete.

23. Para que todos los pleitos salgan en tu favor.

24. Para que te duren poco las enfermedades.

25. Para que no te piquen las chinches de noche.

26. Si quieres ser bien quisto.

27. Para no confesar en el tormento, y es certísimo, (no lo comuniques, por ladrones y delincuentes).

28. Para quitarte los grillos y las prisiones en la cárcel, por grandes que sean.

Tabla de soluciones.

1. Ándate tú delante de ellas.

2. Da donde quiera que entrares, y serás tan bien recibido, que te pese.

3. Sé el médico que la cures; y es probado, pues cada uno muere del médico que le da al tabardillo, ó mal que le dió.

4. Húrtala lo que tuviere, y te seguirá hasta el cabo del mundo, sin dejarte á sol, ni á sombra.

5. Sé entremetido, hablador, mentiroso, tramposo, miserable, y nadie te podrá ver más que al diablo.

6. Pídeles á ellas que te quiten lo que tienes, y á ellos que no te dén nada, y te lo otorgarán todo.

7. Si los tienes, tenerlos; y si no, no desearlos, y serás rico.

8. Aguija, si anda; corre, si aguija; y vuela, si corre, y la alcanzarás.

9. Rásgale tú primero, y es cierto.

10. Pélalo cañón á cañón, y lo verás claro.

11. No las tengas, y es un ahorro que parece muy mal á las quijadas.

12. Muérete cuando muchacho ó recién-nacido.

13. Conciba, pára, críelos y no los suelte, y los tendrá.

14. No hagas de vestir con ellos; y no hay otro remedio.

15. No seas necio, que estos solos son los que se mueren; que á los desgraciados mátanlos las heridas; á los enfermos mátanlos los médicos; y los necios sólo se mueren á sí mismos.

16. Haz delitos de muerte, confiésalos y morirás confesado.

17. Pónle dos días con un escribano, y volverá á todas manos y aun á todo el mundo.

18. Fuerza doncellas, hurta casadas, mata clérigos, roba iglesias, que no hay mayores cargos.

19. Andate de cuesta en cuesta y de cerro en cerro.

20. Déjate agarrar y asir.

21. Andate al sol en el verano y al sereno en el invierno, y no tengas paz con tus huesos; púdrete de todo, come fiambre y bebe agua; no descanses de día, ni de noche, por andar en lo que no te va, ni te viene, que como esta no es vida para llegar á viejos, conseguirás el no serlo.

22. Ten sombrero perdurable y de por vida, y no te lo quites aun para dormir; y si otro te quitare el sombrero remítete á la cabezada y á la reverencia; y si por esto te dijeren que eres descortés, riñeren contigo y te mataren, también vale más ser muerto, que calvo; y procura morir con tu sombrero, como con tu habla.

23. No pagues al abogado, ni al procurador, ni á los oficiales, que eso es lo que se pierde siempre sin remedio, y en eso vas condenado cada día y cada hora. Y si pagando á los susodichos tienes sentencia en tu favor, tienes dinero en contra; y si tienes sentencia en contra, también. Y advierte que, antes que se contesten las demandas, son los pleitos sobre si mi dinero es mío, ó del otro; y en empezándose, es sobre que no sea del otro, ni mío, sino de los que nos ayudan á entrambos.

24. Llama á tu médico cuando estás bueno y dale dineros porque no estás malo; que si tú le das dinero cuando estás malo: ¿cómo quieres que dé una salud que le vale nada, y te quite un tabardillo que le da de comer?

25. Acuéstate de día; y es probado.

26. Presta y no cobres; da, convida, sufre, padece, sirve, calla y déjate engañar.

27. Negar cuánto te preguntaren.

28. Págaselo muy bien al alcaide; y es probado.

Tratado de la Adivinación por Chiromancia, Fisonomía y Astronomía.

Señales de agua. Ver llover, no tener para vino, ahogarse en ella.

Señales de sereno. Catarros á la mañana, reumas y dolor de muelas.

La luna en los Peces significa que está de Viernes; menguará y andarán linternas de noche.

Todas las veces que la luna está en el Toro, es cierto que entre los dos hay cuatro cuernos: saldrá el sol por la mañana.

Las lunas viejas son las que hacen las malas noches en invierno, y se gastan en enseñar á gruñir los vientos y á mormurar á los vientecillos.

Júpiter en Libra parecerá tendero: denota invierno y verano en el año.

Venus con Jéminis, que es signo ungüente, es señal que tiene llagas: miren por sí los boticarios.

Júpiter en el Carnero estará como hueso de muerto: denota melancolía en los presos.

Saturno en Capricornio amenaza casados mollares.

Mercurio en el León parecerá medio ochavo: causará enfermedades si hay melones y pepinos y se bebe agua; y morirán los que enfermaren, si los curan los médicos.

La luna en la cabeza de Dragón significa que el Dragón tiene cabeza.

Luna llena, no cabe nada; y es aforismo de Hermes.

Eclipse solar es eclipse hidalgo: promete oscuridad mientras durare, y mentiras de astrólogos creídas de necios y temidas de poderosos y ricos.

Cometa con cola es cierto, si se llegan á ella, que se pegará. Denota muchas bocas abiertas, nueces de gaznates empinadas y ojos de puntillas para verla. Y si fuere crinita, morirán sin duda, aquel año, todos los reyes que Dios quisiere.

Conjunción magna: habrá encuentros de reyes en las barajas jugando á la carteta, muchas muertes en los rosarios, y durarán sus efectos hasta que se rompan. Ptolomeo, Maxinio y Origano.

Capítulo de los agüeros.

Si vas á comprar algo y al ir á pagar no hallares la bolsa adonde llevabas el dinero, es agüero malísimo y no te sucederá bien la compra.

Si vas á reñir y se te cae la espada, es mejor que no si te cayeran las narices. Pero si riñendo se te cae y te rompen la cabeza, es mal agüero para tu salud, y bueno para el cirujano y alguacil.

Si al salir de tu casa vieres volar cuervos, déjalos volar y mira tú donde pones los piés.

El martes es día aciago para los que caminan á pié y para los que prenden.

Si se te derrama el salero y no eres Mendoza, véngate del agüero y cómetela en los manjares. Y si lo eres, levántate sin comer y ayuna el agüero, como si fuera santo; que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, porque siempre sucede desgracia, pues lo es no comer.

Días aciagos y horas menguadas son todos aquellos y aquellas en que topan al delincuente el alguacil, el deudor al acreedor, el tahur al fullero, el príncipe al adulador y el mozo rico á la ramera astuta.

Tres cosas las mejores del mundo aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud, los médicos, la paz, los soldados y la verdad, algunos escribanos y letrados.

Cómo se han de hacer las cosas y en qué días, para que te sucedan bien.

Domingo reina el sol: es día á propósito para comer á costa agena y no hace mal, aunque sea algo más de lo ordinario; porque, según Hipócrates y Galeno, no son dañosos los ahítos de balde, y está el sol en su casa y tú en la del otro.

Lunes, compra todo lo que hallares á menos precio ó de balde.

Martes, toma todo lo que te dieren y no repares cumplimientos, que es día de Marte; y si no lo haces, te mirará en el arrepentimiento de mal aspecto.

Miércoles, pide á Dios y á ventura, que quizá toparás con alguno á quien Mercurio, tocado de la vanidad, incline á darte lo que tuviere.

Jueves es día á propósito para no creer nada que te digan los aduladores.

Viernes es buen día para huir del acreedor, de la ejecución y de la embestidura meridiana de las panzas al trote.

Sábado es buen día para levantarte tarde, andar despacio, comer caliente, hablar mucho, vestir ancho y calzar holgado, que es Saturno viejo y amigo de su comodidad, y tiene gota, como sale de Acuario y no se ha enjugado.

De la fisonomía.

Todo hombre que tuviere el cabello ensortijado, negro y recio, dará más que hacer á los barberos; y el que criare piojos, se rascará á menudo la cabeza.

Todo hombre calvo no tendrá pelo, y si tuviere alguno, no será en la calva. Á éstos, si son barbados, les reluce el casco, y parecen sus caras, cabezas, con el pelo, y sus cabezas, caras, sin él.

Todo hombre de frente chica y arrugada parecerá mono, y será ridículo para los que le vieren.

El que tuviere la frente ancha, tendrá los ojos debajo de la frente, y vivirá todos los días de su vida; y esto es sin duda.

Quien tuviere nariz muy larga, tendrá más que sonar y buen apodadero.

El de narices meñiques y romas, llamadas nariquetas, que hay algunos que las tienen tan pequeñas, que apenas se las puede hallar en la cara el mal olor, son hombres aunque parecen otra cosa, y en vida empiezan á hacer diligencias para calaveras. No son coléricos, porque por mi-

lagro se les sube el humo á las narices, como no se las halla.

Boca grande de oreja á oreja, significa tarasca ó alnafe, y mucha espuma sin freno. Y estos paran bien, porque no sólo no son desbocados, pero son boca-todos.

Boca pequeña y fruncida, que hace hocico de hurón y parece oído, denota oscuridad en los dientes, y es como tener encías con saetera, en lugar de ventana.

Boca en almíbar, con humedad de balsa, que habla con perdigones y razona con zumo, ondeada de jabonaduras, con la risa nadando en salivas, más necesidad tiene de enjugador, que de requiebro.

El que tiene manos muy grandes, tendrá grandes dedos y diez uñas en entrambas; el que tuviere mucha mano, privará; el que muchas manos, será valiente, y por el contrario.

Ojos vivos no huelen mal y relucen; los pequeños tienen niñas; y los grandes, mozas.

Ojos verdes y azules parecen pájaras y no mujeres.

Ninguna mujer que tuviere buenos ojos, buena boca y buenas manos, puede ser hermosa, ni dejar de ser una fantasma, porque en preciándose de ojos tanto los duerme, los arrulla, los eleva, los mece y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir.

Si tiene buenas manos, tanto las esgrime y las galopea por el tocado, tecleando de araña el pelo y haciendo corvetas con los dedos por lo más fragoso del moño, que amohinará los difuntos.

Pues considérameIa de buenos dientes, arrezagados los labios, con todas las muelas y dientes desenvainados y en púribus los colmillos, muy preciada de regaño de mastín, á pique de alma condenada; y veréis cuánto mejor es un neguijón fruncido, unos ojos rezmellados y una mano de mortero, contenta con ser mano, sin introducirse en revoloteos, en sonajas, en pinzas y en taravilla de bullicios.

Mujer con cara podrida como olla, donde hay, con hocico

de puerco y carne de vaca, de todo en la escarapela de facciones, más preciada de bien prendida, que los que están en los calabozos; dama de la cárcel, muy presumida de los alfileres, pretendiendo pasar por lindeza lo bigarrado, de puro bien prendida, merece que no la suelten las Pascuas; y pues todo su caudal es ser solamente bien prendida, es razón que la llamen Doña Escariote y que sea conocida por el prendimiento, como Judas.

Mujer tarasca, que delincuente de cara, muy revesada de ojos, muy gótica de narices, muy ética de labios, muy penitente de mejillas, muy obscura de encías, con dentadura de raja y frente tan angosta, que el cabello sirve de cejas, si retrajere estas bellaquerías vivas en lo discreto, cuando pida se le ha de dar audiencia, y no joya; tenga cátedra, no amante. Alábensele las cláusulas y las doctrinas, no el talle, ni el rostro; tenga lugar en las librerías y no en las voluntades. Y porque conviene que con ella se gaste muy poco tiempo, queremos que en las visitas, ya que no sea oída, ni vista, sea sólo oída y en la vista huída.

Unas viejas en duda que se usan, que se toman de los años como del vino y andan diciendo que la falta de dientes es corrimiento, que las arrugas son herencia, las canas disgustos y los achaques pegados, y por no aparecer huérfanas de la edad, llaman mal de madre el que es mal de abuela; decimos que se les dé para su sustento una plaza de dueñas, que con esto serán viejas y no dejarán ser mozas á las niñas á puros chismes, y tendrán venganza, ya que no pueden remedio; y las graduamos de mujeres de vacinica, que pidan para las otras.

Las mujeres que tienen las cejas en arco y no ballesta, tendrán dos pestañas en cada ojo y serán bien miradas, si las miran bien.

En viendo un tuerto, puedes juzgar, por esta ciencia, que le falta un ojo.

Los bizcos son tuertos en duda, que no se sabe de qué ojo lo son.

El hombre zurdo sabe poco, porque aún no sabe cuál es su mano derecha, pues la una lo es en el lugar y la otra en el oficio. Es gente de mala manera, porque no hacen cosa á derechas.

Hombre corcovado no le trates, y júzgale por mal inclinado, pues lo anda con la corcova.

Capón, que ni es hombre, ni mujer, y parece entrambas cosas, es gente intratable, que ni merece ser hombre, ni se atreve á ser dueña.

Quien tuviere pequeño pié, ese sin duda calzará menos zapato y tendrá menos zancajos que le roan los maldicientes.

Pié grande, que los gallegos llaman pata, si el que le tuviere dice, riñendo: que meterá á otro en un zapato, lo podrá cumplir, sin ser valiente.

Chiromancia, ó arte de adivinar por las rayas de las manos, en un capítulo breve.

Todas las rayas que vieres en las manos (oh curioso lector), significan que la mano se dobla por la palma y no por arriba, y que se dobla por las junturas; y por eso están las grandes en las coyunturas, y de esas, como es cuero delicado, resultan las otras menudas. Y para ver que esto es así, mira que en el pescuezo, frente, caderas, corvas, codos, sangraduras y nalgas, por donde se arruga el pellejo, y en las plantas de los piés, hay rayas. Y así había de haber, si fuera verdad, como hay chirománticos, nalguimánticos, frontimánticos, codimánticos, pescuecimánticos y piedimánticos.

Para saber todas las ciencias y artes mecánicas y liberales, en un día.

Si quieres saber todas las lenguas, háblalas entre los que no las entienden; y está probado.

Si escribieres comedias y eres poeta, sabrás guineo en volviendo las rr ll, y al contrario, como: Francisco, Flancico; Primo, Plimo.

Si quieres saber vizcaíno, trueca las primeras personas en segundas con los verbos, y cátate vizcaíno, como: Juancho, quitas leguas, buenos andas vizcaíno; y de rato en rato su: Juangoicoa.

Morisco hablarás casi con la misma adjetivación, pronunciando muchas xx ó jj, como; Espadahán, Jerro, Boxanxe, Borriquela, y Meñdozas, Mera Boxanxe; y así en todo.

Francés, en diciendo: Vu, como niño que hace el coco, añadiendo: Bon compere, y nombrando: Macarelage; sin descuidarte de decir: la Francia, Monsieur y Madame, está acabado.

Italiano es más fácil, pues con decir: Vitela, Signor sí, Corpo dil mondo, y saber el refrán de pian pian, si fa lontan, y pronunciando la ch ce, y la ce che, está sabida la lengua.

Alemán y flamenco es lengua breve, pues se aprende en un: brindis gotis, guencaraos, menpiat, menestiat. Y para tratar de guerra, en diciendo: País, Duna y Dique, no hay más que desear.

La arábiga no es menester más que ladrar, que es lengua de perros, y te entenderán al punto.

Griego y hebreo, como todos los que lo saben, lo saben sobre su palabra, por sólo que ellos dicen que lo saben, dílo tú, y sucederáte lo mismo.

Dejo de tratar de la jerigonza y germanía, por ser cosa que puedes aprender de los mozos de mulas.

Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrerazo de tafetán; y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor. Y si andas á pié, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula.

La ciencia es esta: dos refranes para entrar en casa; el ¿qué tenemos? ordinario; venga el pulso; inclinar el oido; ¿ha tenido frío? Y si él dice que sí primero, decir luégo: Se echa de ver; ¿duró mucho? Y aguardar que diga cuánto, y luégo decir: Bien se conoce; cene poquito, escarolitas, una ayuda. Y si dice que no la puede recibir, decir: Pues haga por recibirla. Recetar lamedores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo á hacer, hasta que, ó acabes con el enfermo, ó con la enfermedad. Si vive y te pagan, dí que llegó tu hora; y si muere, dí que llegó la suya. Pide orines, haz grandes meneos, míralos á lo claro, y tuerce la boca; y sobre todo advierte que traigas grande barba, porque no se usan médicos lampiños; y no ganarás un cuarto, si no parecieres limpiadera. Y á Dios y á ventura, aunque uno esté malo de sabañones, mándale luégo confesar, y haz devoción la ignorancia. Y para acreditarte de que visitas casas de señores, apéate á sus puertas, entra en los zaguanes, orina y tórnate á poner á caballo; que el que te viere entrar y salir, no sabe si entraste á orinar ó no. Por las calles vé siempre corriendo y á deshora, porque te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche, haz á tus amigos que vengan de rato en rato á llamar á tu puerta en altas voces, para que lo oiga la vecindad: «al señor Doctor, que lo llama el duque; que está mi señora la condesa muriéndose; que le ha dado al señor obispo un accidente;» y con esto visitarás más casas, que una demanda, te verás acreditado, y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo.

Para ser caballero ó hidalgo, aunque seas judío y moro, haz mala letra, habla despacio y recio, anda á caballo, debe mucho, y véte donde no te conozcan; y lo serás.

Si quieres ser letrado almendruco por madurar, que hagas mal á los pleitos y tus alegaciones sepan á madera, ten de memoria los títulos de los libros, dos párrafos y dos

textos y esto acomoda á todas las cosas, aunque sea sin propósito. Á todas las cosas que te dijeren, dí que hay ley expresa que habla en propios términos. Si abogares, da muchas voces y porfía; que en las leyes el que más porfía tiene, si no más razón, más razones. Á todos dí que tienen justicia, por desatinos que pidan. Y sabe cierto, que no hay hoy disparate en el mundo tan grande, que no tenga ley que lo apoye. Y mira si hay mayor disparate que no beber vino y no comer tocino, y tiene la ley de Mahoma que lo abone. Si no entendieres la relación que te hicieren de los pleitos, dí que ya estás al cabo y harto de vocear el mismo caso en la chancillería. No te olvides de la ley del Reino que está en romance, y ten en la memoria á Panormitano y Abad. Podrás alegar al cierto jurisconsulto y al otro, y algún refrancico, que al fin son evangelios abreviados. Y sobre todo tendrás en tu estudio libros grandes, aunque sean de solfa ó caballerías, que hagan bulto; y algunos procesos, aunque los compres de especerías y tiendas de aceite y vinagre. Si dijeres algo por auténtico y te apretaren á decir en qué autor lo viste, dí que en Carolo Molineo, antes que le vedaran, que por estar vedado no se podrá averiguar, ó inventa un autor de consejos, pues salen nuevos cada día; y no te olvides de traer chinelas, gorra y capa con capilla, por quien Dios es.

Si quieres ser alquimista y hacer de las piedras yerbas, del estiércol y aguas oro, hazte boticario ó herbolario, y harás oro de todo lo que vendieres. Y guárdate de quemar metales y sacar quintas esencias, que harás de oro estiércol y no del estiércol oro.

Y si quieres ser autor de libros de alquimia, haz lo que han hecho todos, que es fácil, escribiendo jerigonza; recibe el rubio y mátale, y resucítale en el negro. Item, tras el rubio toma lo de abajo y súbelo, y baja lo de arriba y júntalos, y tendrás lo de arriba. Y para que veas si tiene dificultad el hacer la piedra filosofal, advierte que lo primero que has de hacer es tomar el sol, y esto es dificultoso

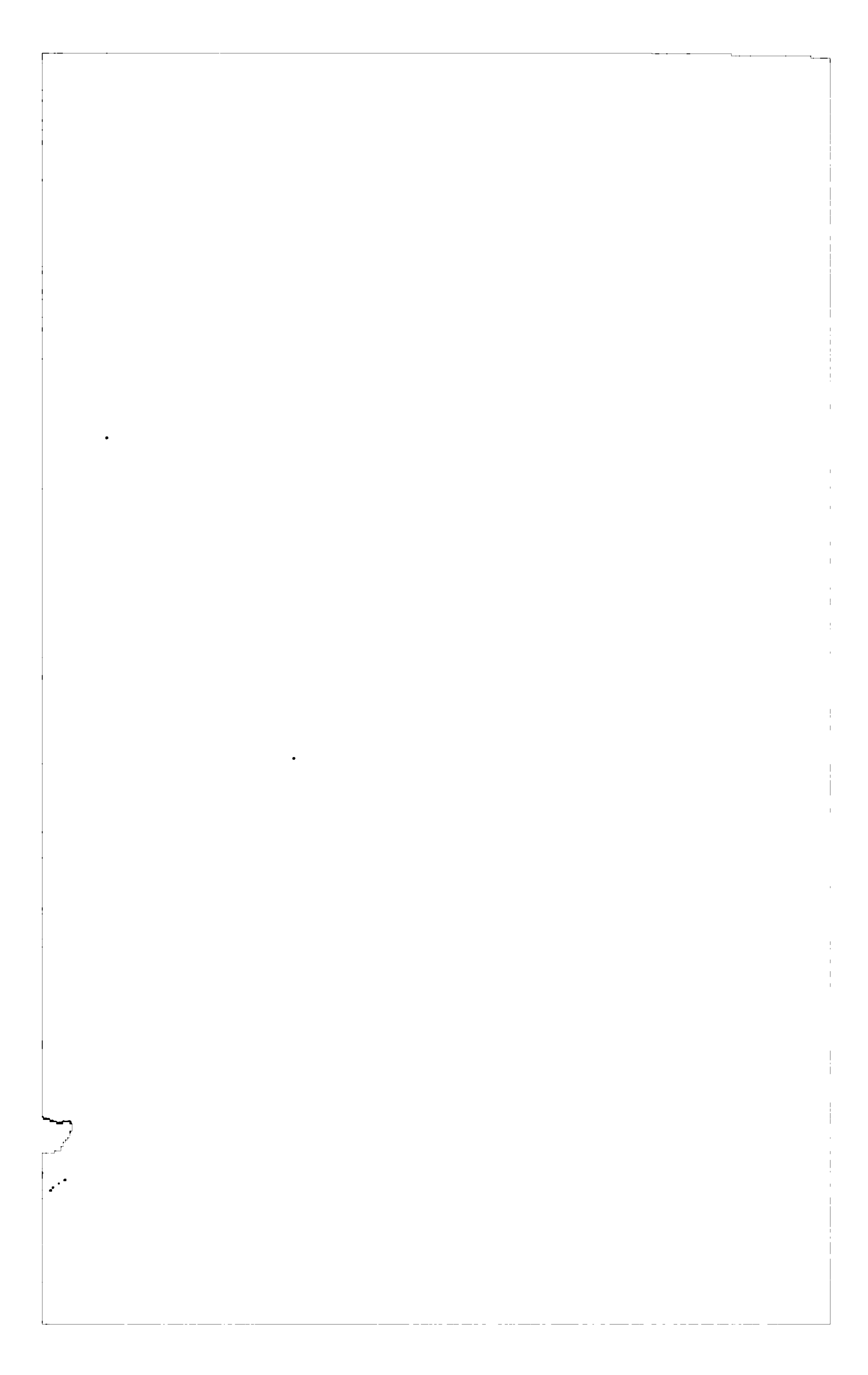
por estar tan lejos. Hazte mercader, y harás oro de la seda; y tendero, y harásle del hilo, agujas, aceite y vinagre; librero, y harás oro de papel; ropero, del paño; zapatero, del cuero y suelas; pastelero, del pan; médico, de las cámaras harás oro, y de la inmundicia; y barbero, lo harás de la sangre y pelos; y es cierto, que solos los oficiales hacen hoy oro y son alquimistas, porque los demás antes se deshacen y gastan.

Para ser toreador sin desgracia, ni gasto, lo primero caballo prestado, porque el susto toque al dueño y no al toreador; entrar con un lacayo; solo, que por lo menos dirán que es único de lacayo; andarse por la plaza hecho antípoda del toro; y si le dijeren que cómo no hace suertes, diga que esto de suertes está vedado. Mire á las ventanas, que en eso no hay riesgo. Si hubiere socorro de caballero, no se dé por entendido. En viéndole desjarretado entre pícaros y mulas, haga puntería, y salga diciendo siempre: No me quieren; y en secreto diga: Pagados estamos. Y con esto toreará sin toros y sin caballos.

Si quieres, aunque seas un pollo, ser respetado por valiente, anda con mareta, habla duro, agobiado de espaldas, zambo de piernas, trae barba de ganchos y bigotes de guardamano, y no levantes la habla de la cama sin vaharada del trago puro; habla poco, que ya no tienen por valientes sino á los que callan. Dí cuando estés vestido que estás atravesado por mil partes. Brinda en los banquetes al ánima de Pantoja, y á la honra de Escamilla y Roa. Sé cuerdo en las pendencias, loco en los banquetes, colérico en las paces y flemático en las veras; y de cuando en cuando achácate entre los amigos un herido, ó dos de los que otros mojaren; y con esto no tendrá tanta opinión, como tú, ningún tabardillo.

FIN DEL LIBRO DE TODAS LAS COSAS

PRAGMÁTICA
DEL TIEMPO



PRAGMÁTICA DEL TIEMPO

Nos el Tiempo, mayor maestre del mundo, heredero universal de los hombres, señor de todo, el valentón de la muerte, y de consejo de estado, juez de residencia en lo seglar y eclesiástico, y en todo asistente:

Por cuanto estamos constituido y puesto en este lugar por Dios nuestro Señor, y con este poder nos ha sido fecha relación de los muchos y exorbitantes excesos, que en diferentes cosas se cometen en la república del mundo: por mostrar nuestro buen celo mandamos á todas nuestras justicias de cualesquier parte, só las penas de esta pragmática, que guarden y cumplan todo lo en ella contenido.

Primeramente, informado de los grandes robos y latrocinios que de ordinario se hacen en ventas: mandamos que nadie sea atrevido de aquí adelante á llamarlas ventas, sino hurtos, pues en ellas hurtan más, que venden, so pena de que las haya menester el que á lo tal no obedeciere.

Item, porque sabemos que hay algunos caminantes pelones y gorreros, hospedándose más de lo que es razón en casa de los amigos, declaramos: que el primer día sean bien venidos, tratados con regocijo y hospedados con diligencia; el segundo, admitidos con llaneza; y el tercero, con descuido y enfado, y tan mal detenidos sean tenidos, ya no por amigos, sino por enemigos de casa y de la hacienda.

Otrosí, mandamos generalmente desterrar de nuestra república á todos los estómagos aventureros.

Item, habiendo conocido la natural inclinación de los barberos á guitarras, mandamos: que para que mejor sean conocidas sus tiendas, en lugar de cortinas y bacías, cuelguen ó pinten una, dos, tres ó más guitarras, conforme el babero de tal barbero.

Otrosí, porque vemos que la cosa más estimada en el hombre, que es la barba, la echan á la basura, mandamos: que de aquí adelante la guarden para limpiadera de los papeles, pinturas y espejos que acostumbran tener en sus tiendas; y que pues al quitar la barba llaman afeitar, y quitan por cada vez diez años, que es como pintar con lisonjas y regalo; mandamos que, de aquí adelante, no les llamen barberos, sino pintores.

Asimismo, porque el dormir los hombres con bigoteras es como dormir con frenos, los declaramos por peores que machos; pues éstos duermen sin ellos de noche y aquellos no.

Otrosí, porque sabemos que el pintar á los reyes y emperadores antiguos rapados como frailes, es porque, como eran coléricos, apenas sufrían los bigotes; declaramos por flemáticos pesados, por desocupados, ociosos y mujeriles á todos los que gastan la mayor parte del día en hilarse los bigotes.

Item, porque los pintores son de suyo lisonjeros, y tienen por oficio enmendar las faltas de la naturaleza, y viendo que en sus hijos é hijas pierden esta habilidad, pues los hacen feos; mandamos: que pues de esto no han sabido dar razón concluyente, pinten con fidelidad las damas que retrataren, y sin la mano sobre el pecho; porque haciéndolo. los declaramos por gente vana, y que se alaban á sí mismos, pues es como decir que es la pintura de buena mano, y buena en mi conciencia; y no guardándolo, mandamos les llamen lisonjeros y aduladores, y que no agrade el retrato á quien se lo mandare hacer.

Item, habiendo visto la multitud de poetas con varias sectas, que Dios ha permitido por el castigo de nuestros pecados, mandamos: que se gasten los que hay, y que no haya más de aquí adelante, dando de término dos años para ello, so pena que se procederá contra ellos como contra la langosta, conjurándolos, pues no basta otro remedio humano.

Otrosí, declaramos por moros y turcos á todos los poetas, que como renegando de su patria, disfrazan los nombres de las damas, galanes y de sus amores, con los de los turcos y moros, llamándolos: Abencerrajes, Darajas, etc.

Item, porque piensan los astrólogos, poetas y retóricos, que sólo ellos saben alzar figuras, para oscurecer sus enredos, declaramos; que sean tenidos por figuras los que á nadie quitan la gorra, y más si es de puro arrogantes; los que dicen mal de todo, hablando adrede, descuidados, ignorantes, para dar á entender están divertidos en negocios; los que no teniendo hacienda, blasonan de gastadores; los que, en tiempo de lodos, pisan menudico, y saludan á cuántas mujeres encuentran, aunque sean viejas y feas; los que á las mañanas hacen traer el rosario al criado, y andan toda la tarde enfrenados con el palillo, y al tiempo de hablar, por embarazo de la madera, babean, y rocían las barbas de los circunstantes. Asimismo declaramos por figuras á todos los viejos que se remozan, y dan en requebrar; ordenando, que pues siendo viejos se hacen niños, no les dejen salir de casa, sino con ayo. Y finalmente, declaramos por figuras á todas las mujeres que siendo hermosas, ó ya viejas, se pintan, y generalmente á todas las viudas que dan en lavar ropa blanca, aunque sea á gente grave y de autoridad. Mandamos sean comprendidas con éstas, y tenidas por figuras descorteses, las mujeres que, el día que van en coche, y más si es prestado, desconocen á quien más las conoce, dándose más á conocer con eso.

Item, ha parecido, habiendo visto las varias presunciones de medio escuderos y lacayos, atrevidos hombrecillos que por verse que van delante y dejan atrás á sus señores, como si fueran de más importancia, con poco temor se han atrevido á usurpar las ceremonias de los caballeros, hablando recio por las calles, haciendo mala letra, hablando siempre de armas y caballos, y pidiendo prestado, no teniendo que prestar lienzo á sus carnes: que á los tales llamen caballeros chanflones, donados de la nobleza, hacia caballeros, ó hacia caballos, y cuando mucho como lacayos se queden con título de ayos de hacas flacas y viejas, y duerman siempre sobre pajas ó sobre lana hedionda.

Item, vista la ridícula figura de los criados cuando dan á beber á sus señores, haciendo el coliseo, el guineo, inclinando con notable peligro y asco todo el cuerpo demasiado, y que siendo mudos de boca, son habladores de piés de puro hacer desairadas reverencias, declaramos sea eso tenido por descortesía é irreverencia. Y mandamos á todos los criados que de aquí adelante hicieren semejantes servicios y cortesías, que en pago de eso les dén la comida medio comida, y queden, de puro hacer reverencias, más corcovados que el diablo que traía sastres al infierno; y que estando delante de su señor, y en presencia de muchos, se les caigan las calzas.

Item, declaramos y desengañamos á todos los reyes y señores de este mundo, que no piensen ser ellos los mayores de todos, porque esto sólo lo es el calor, delante de quien están ellos mismos y todos descubiertos; y delante de los reyes, se cubren los grandes.

Item, porque hemos visto que en esto de dar y pedir hay varias trazas, para dar alivio á todas las bolsas y fáciles respuestas para toda mujer buscona y pedigüeña, declaramos: que de aquí adelante nadie dé sino buenos dias y buenas noches, besa manos, favor al que lo mereciere, con buenas palabras no más, lugar en las visitas y conversaciones, y al superior, y gusto á todos en cuanto pudiere.

Asimismo, declaramos: que no dé á ninguna mujer joya alguna, so pena de quedarse con el jo, como bestia; sino sólo darle palabras fingidas, y dar á perros á todas las taimadas que piden perrillos de faldas, y más si han de ser con collares y cascabeles de plata. Y así, á la que te pidiere un manto de raso, enséñale el del cielo azul y raso; si tercipelo, aféitate tres veces; si manto de soplillo, envíale los soplos de tus suspiros; si banda, dale la de los tudescos, ó que en entregarse á ti la tendrás de tu banda; si liga, la de Lepanto; si pasamanos de oro y plata, que se vaya á casa de un platero á pasar las manos por todo esto, á título de quererlo comprar, si tuviere dinero, ó tomarlo, si se lo dieren; si perlas, que ya ella misma es una perla, y con derramar lágrimas verterá cuántas perlas quisiere; si una toca, tócale un laúd ó guitarra; si rosario de cocos, remítela á unas viejas ensartadas en coche, que como parecen micos, esas le harán cocos al vivo; si cadenas, envíala á la de Marsella, que tiene gruesos eslabones, ó á una cárcel, ó galeras; si brincos, los de un ademán; si lienzos, los de un muro; si zapatillas, y más si son de ámbar, excúsate con que es presente en profecía, y que no sabes cuántos puntos calza, y cuando mucho, para quitarte de ruido, envíala la de las espadas negras; si bocados, que se vaya á un alano; si comida, envíale por ante los de un coleto; capones, de un facistol; gallinas, de hombres cobardes; y por postre, buñuelos de viento y nueces de ballesta. Y caso que te vieres forzado á haber de dar algo, sea como la bebida, poco, y muchas veces, porque solicita cada vez, y puede obligar de nuevo. Y mandamos, que los que esto no cumplieren se queden para siempre rotos, enamorados, sin mujer y sin dineros.

Item, porque sabemos cuán lleno está el mundo de cierto género de hombres entretenidos, negociantes, enfadosos y sin vergüenza, mandamos: que los priven de todo cargo y oficio, y sólo se les consienta, á falta de otros, que puedan ser sacristanes y muñidores de cofradías; y para

alivio de la república, y exonerarse de ellos, se repartan por las montañas entre rústicos y por las Asturias, Navarra y Vizcaya, para que éstos pierdan alguna parte de su cortedad. Y á los que quedaren, mandamos poner á la vergüenza en el mismo lugar, y entre las mujeres vendederas y regatonas, y de peso falso; y que en lugar de potros y verdugos para atormentarlos, los entreguen á los necios, mayormente que presumen de sabios.

Item, declaramos por locos todos los mercaderes, que en cuanto á los plazos de las pagas que les debieren; hicieren, sin otro resguardo, confianza de la palabra de los señores; y que sean comprendidos debajo del mismo título los señores que no reparan en comprar á cualquier precio, fiados en que es largo el plazo de la paga; debiendo saber, que no hay cosa que llegue más presto, que el plazo de una deuda, y se cumpla con éstos el refrán que dice: «Todos somos, los unos y los otros».

Item, porque vemos que hoy día nadie dice: Así lo calló fulano; sino: Así lo dijo fulano; ordenamos haya cátedra para callar, como la hay para hablar.

Item, mandamos á cualesquier justicias, que prendan á todas y cualesquier personas que toparen, de día y de noche, con garabato, escala, ganzúa ó ginovés, por ser armas contra las haciendas guardadas.

Otrosí, vedamos los dos extremos, de tener muchas caras, y el de no tener ninguna.

Item, por las muchas iras, escándalos, destruiciones, muertes y venganzas, que en bandos y parcialidades se suelen hacer, vedamos todas las armas aventajadas y dañosas, como son: espadas, pistolas, médicos, cirujanos, boticarios, necios, habladores y porfiados. Y declaramos por tres enemigos del cuerpo á los médicos, cirujanos y boticarios; y por tres enemigos de la bolsa á los escribanos, procuradores, cocheros y gitanos.

Item, porque sabemos hay cierto linaje de valentones matantes, que sólo matan á quien se deja matar; manda-

mos: que no pueda tener nombre de valiente quien no fuere ó pretendiere ser hijo de médico, cirujano y boticario.

Item, por los muchos desórdenes que hay en estas castas de mujeres, á quien por su edad pueden llamar madres; mandamos: que todas las que fueren de treinta y ocho años á cuarenta, el no reirse en las ocasiones de gusto, no se atribuya á falta de alegría, sino de dientes; y que por modo de melindre tan solamente se les permita cuando rian el poner delante la boca el abanillo ó manguito. Asimismo ordenamos no se admita otro melindre, que éste, á la que pasare de veinticinco años.

Item, sabiendo las varias disoluciones de los hombres vagamundos, mandamos: que ninguno llame picado á lo que es roto, ni se pique nadie mientras pierde en el juego, por celos de su mujer, ni porfíe sobre cosa alguna, mayormente si es de poca importancia, so pena que de esto se le sigan grandes inquietudes y daños. Y así establecemos una ley contra el picar que mande: «No te picarás, en ningún tiempo, por ninguna cosa». También mandamos que nadie llame ayuno, devoción ó templanza, á lo que verdaderamente es hambre á no poder más. Y asimismo, sabiendo que se dice ya, por modo de refrán, en el mundo, que soles, penas y cenas son las tres cosas á cuyo cargo está despachar de esta vida para la otra; declaramos: que si bien los soles matan algunos, las penas á otros pocos; pero que mueren más de no cenar, que de las cosas dichas.

Item, porque se nos han quejado los trabajos de que les echan las culpas de muchas canas, se declara que son años; y mandamos que nadie los llame de otra manera.

Item, habiendo advertido la multitud de dones que hay por el mundo (pues hasta el aire le tiene), y considerando que imitan al pecado original en no escaparse de él entre todos, sino sólo Cristo y su Madre; mandamos recoger los dones; y ya que los haya, sea en las manos, y no en

los nombres. Y damos término de tres días, después de la notificación, á todos los oficios, para que se arrepientan de los haber tenido. Asimismo declaramos: que los Mendozas, Enríquez y Guzmanes, y otros apellidos semejantes, que las cotorreras y moriscos tienen usurpados, se entienda que son suyos, como el de Marquesilla en las perras, Cordobilla en los caballos y César en los extranjeros.

Item, porque hay grande falta de amigos verdaderos, y ya los más son como lunas, con menguantes y crecientes, largos de palabras y breves de obras; declaramos: que sean todos conocidos como dinero, cuyo valor se sabe antes de haberlo menester.

Otrosí, porque sabemos se dan muchos por agraviados de lo que no debieran; declaramos: que no pueda agraviar ni lengua de juez, ni de mujer, ni vara, ó lengua de padre airado, ni palos de corcho enchapinados por una mujer, ni gineta de soldado, porque todo pára, ó en la debida autoridad, ó respeto en la naturaleza propia.

Asimismo, mandamos: que ninguno llame á nadie diciendo: *¡hola, hombre honrado!* porque nadie, mientras esté vivo y sano, es honrado con ola, porque las honras se suelen hacer á un muerto; pero no á un oleado, que aún vive. Y por cuanto nos ha sido fecha relación, que se ha perdido el nombre de los cuatro oficios más honrados de la república, conviene á saber; hidalgos, estudiantes, arcabuz y escribano; porque los hidalgos se llaman caballeros; los estudiantes, licenciados; los arcabuces, mosquetes; y los escribanos, ó escribas, ó secretarios; mandamos: que pena de nuestra desgracia, cada uno tenga su título propio.

Item, sabiendo lo que estima un galán que se le caiga á su dama un guante, para levantarle y tenerle por prenda; declaramos: que no se le deje ella traer por hacerle favor, sino para que le compre otros mejores, ó para traerle (si no se los compra) como á pobre vergonzante, y darle un guante para que como tal pida limosna.

Otrosí, contemplando en los galanes de ciertas señoras, y atendiendo á que ellos y los judíos se parecen en el esperar sin fruto; los mandamos desterrar por vagamundos; y si reincidieren, los condenamos á que, en lugar de los bizcochos blancos, que habían de comer en sus casas, los coman en galeras, más duros, que ánima de rico avariento.

Asimismo, sabiendo las locuras y encarecimientos, y aun á veces herejías, que dicen los amantes tiernos á sus damas cuando las requiebran y alaban; ordenamos: que nadie alabe ningún estado de mujeres, ni á las doncellas, sino que digan ellas mismas sus alabanzas, que lo saben mejor que nadie; ni á las casadas, que esas sólo las ha de alabar su marido, y á solas, porque en público sería señal que la tiene para vender; y menos á las viudas, que de éstas sólo lo sabe el marido difunto, y así que aguarden vuelva del otro mundo, ó á otro marido, para que la alabe; ni tampoco á las solteras, que á ellas ninguna necesidad hay de alabarlas, porque de puro lavadas, están harto alabadas para siempre. Y finalmente, mandamos que nadie alabe á mujer alguna por ser grande, que también alabamos por grande una cuchillada, y vemos que ninguno la quiere. Y así nos pareció ordenar que no se usen mujeres por la honra de los maridos, pues vemos que en la más pequeña suele sobrar para todo un barrio; y sólo se da licencia para alabar las pequeñas, porque hay menos de mujer, y como dice el refrán: «Del mal el menos».

Item, mandamos: que no haya seda sobre seda, ni marido sobre marido; y que algunas mujeres, en nombre de doncellas, no sirvan de lo que no son.

Item, para alivio de los presos de la cárcel, y forzados de galera, declaramos: que los mayores presos y forzados son los mal casados.

Otrosí, sabiendo que esto de cornudo se va haciendo honra y granjería, y por no saberlo ser muchos de los que lo son, resultan grandes daños é inconvenientes en la república; por tanto, ordenamos: que se haga oficio, y

que nadie sea admitido á él, sin examen y aprobación, aunque sea comisario y platicante. Asimismo, vedamos á todo marido sufrido el poder hacer testamento, porque no es justo tenga última voluntad en la muerte, quien nunca la supo tener en vida. Y mandamos no le pongan después de muerto piedra sobre la sepultura, porque marido que supo sufrir tanto, él mismo se servirá de piedra.

Item, vedamos á todo hombre sin dientes el casarse, mayormente con mujer vieja, ó flaca, porque las mujeres el día de hoy son tan libres y soberbias, que aun á maridos que les muestran dientes no obedecen; y mal podrá roer (si ella es vieja ó flaca) tanto hueso un hombre sin dientes.

Item, porque es bien dar algún alivio á los maridos, y hablar en abono de las mujeres; declaramos: que dan éstas á aquellos tres días ó tres noches buenas, que es la del desposorio, la primera vez que paren, y cuando se mueren. Y asimismo, contra satíricos maldicientes, que tratan á las mujeres de mentirosas, declaramos: que tres verdades dicen en su vida: la primera cuando dicen: «¡Ay qué loca me levanté de esta cabeza!» La segunda, cuando al decir el marido en la cama: «Volvéos acá»: responde ella: «En eso estaba yo pensando ahora». Y la última, no querer comer delante del marido, diciendo: «Harto harta y cansada me tienen vuestras cosas».

Item, mandamos que el que matare corchete ó soplón (gozque de las regatonas, bufoncillo de los tenientes, trasto de la república, que embaraza y no sirve, puñal del demonio), ó otro cualquiera ministro de los allegados á falso testimonio, le sea lícito deshollarle y andar con el pellejo en las manos entre los pleiteantes, para que le dé cada uno un tanto, como lo hacen los que tienen ganado con el que mata el lobo. Advirtiendo, mando estrechamente á quien tal hiciere, que no diga viene de matar un hombre, sino de despabilar una vela de á dos, que ardía en daño de muchos y se consumía entre sí misma.

Otrosí, porque sabemos hay cierto género de letrados,

que como mujeres comunes, admiten á todo litigante, y más si es apasionado, entreverando y añadiendo las letras de los escudos que ellos reciben á las leyes, con que es fuerza mudarles las significaciones y sentencias; declaramos á los tales por patrones alquilados y por abogados de los pleitos, no de los pleiteantes; y damos por bienaventuradas las repúblicas que carecen de ellos, de la manera que aquellos serán pacíficos que carecen de piratas.

Asimismo, visto que la presunción del vulgo bárbaro califica los estudios y ciencia por los años, mirando en los letrados, médicos y aun teólogos, más en la barba, que en la ciencia; ordenamos: que todos éstos, antes de ir á las universidades á graduarse de ciencia, vayan á casa de algún remendón de la naturaleza, ó á vivir algún tiempo entre los ermitaños á graduarse de barbas. Sólo les vedamos ir á casa de los barberos, porque estaría en sus manos dejarlos sin ciencia, con quitarles la barba, y rapársela toda.

Otrosí, damos por incapaces de razón á todos aquellos que, habiéndoles Dios hecho bien criados de personas, son mal criados de gorra; y deleitándose en ser descorteses, se consuelan á vivir mal quistos.

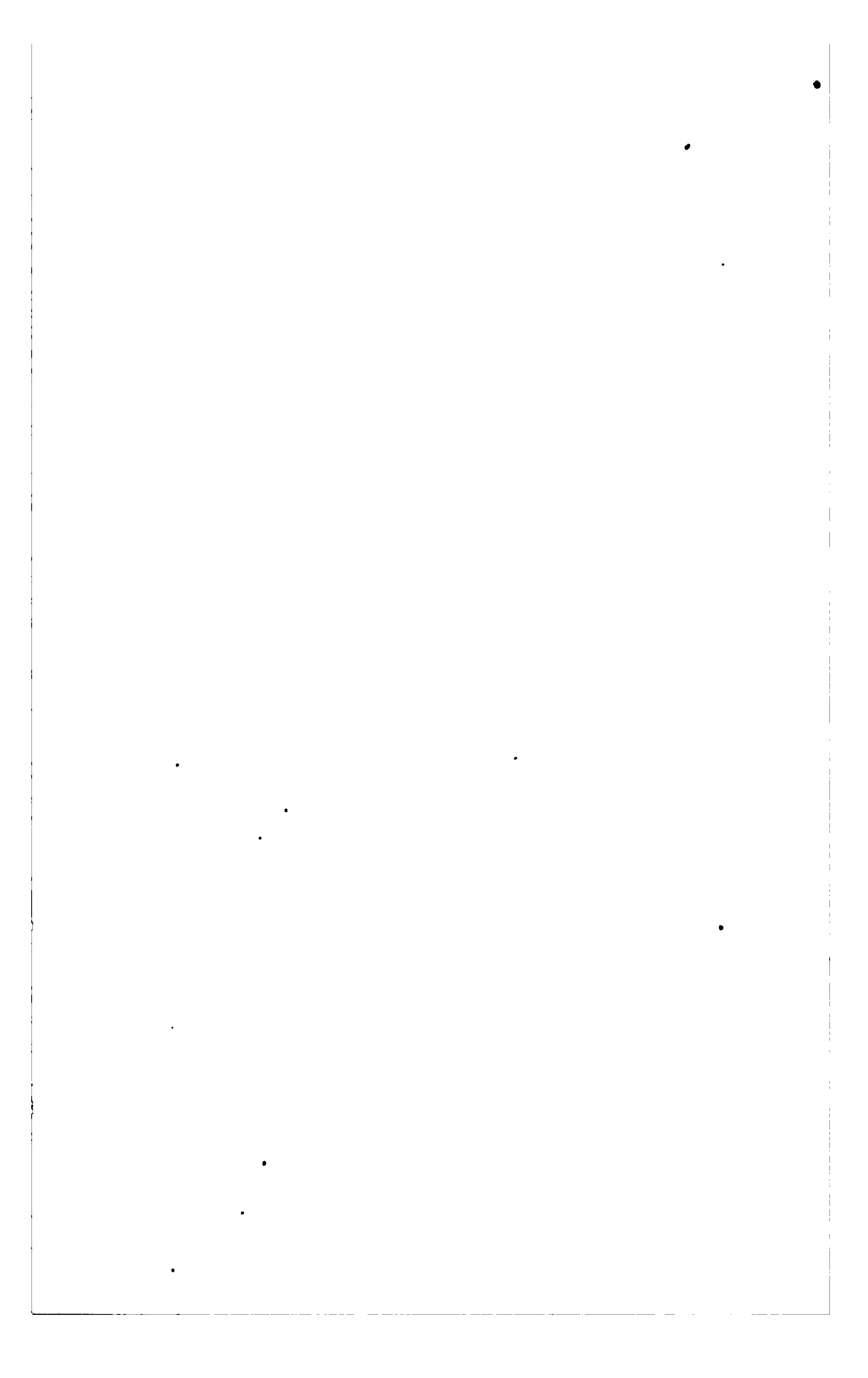
Y asimismo declaramos por regatones de cortesías, y por ladrones, sisadores de excelencias, señorías y mercedes, á todos los que, á los titulados, dicen: Vuseleñcia, en lugar de Vuesa excelencia; y Vusía, en lugar de Vuesa señoría; y á todos los demás Vuesarcé, en lugar de Vuesa merced.

Finalmente, visto que de ordinario andan muchos poetas enfermizos, por tener tan gruesas las venas y tener necesidad de sangrarlas; mandamos á todos los cirujanos sea esto con ballestilla, si no quieren gastar las lancetas, y caer de nuestra gracia.

Todas las cuales cosas mandamos guardar á nuestras justicias irremisiblemente, con el rigor acostumbrado.

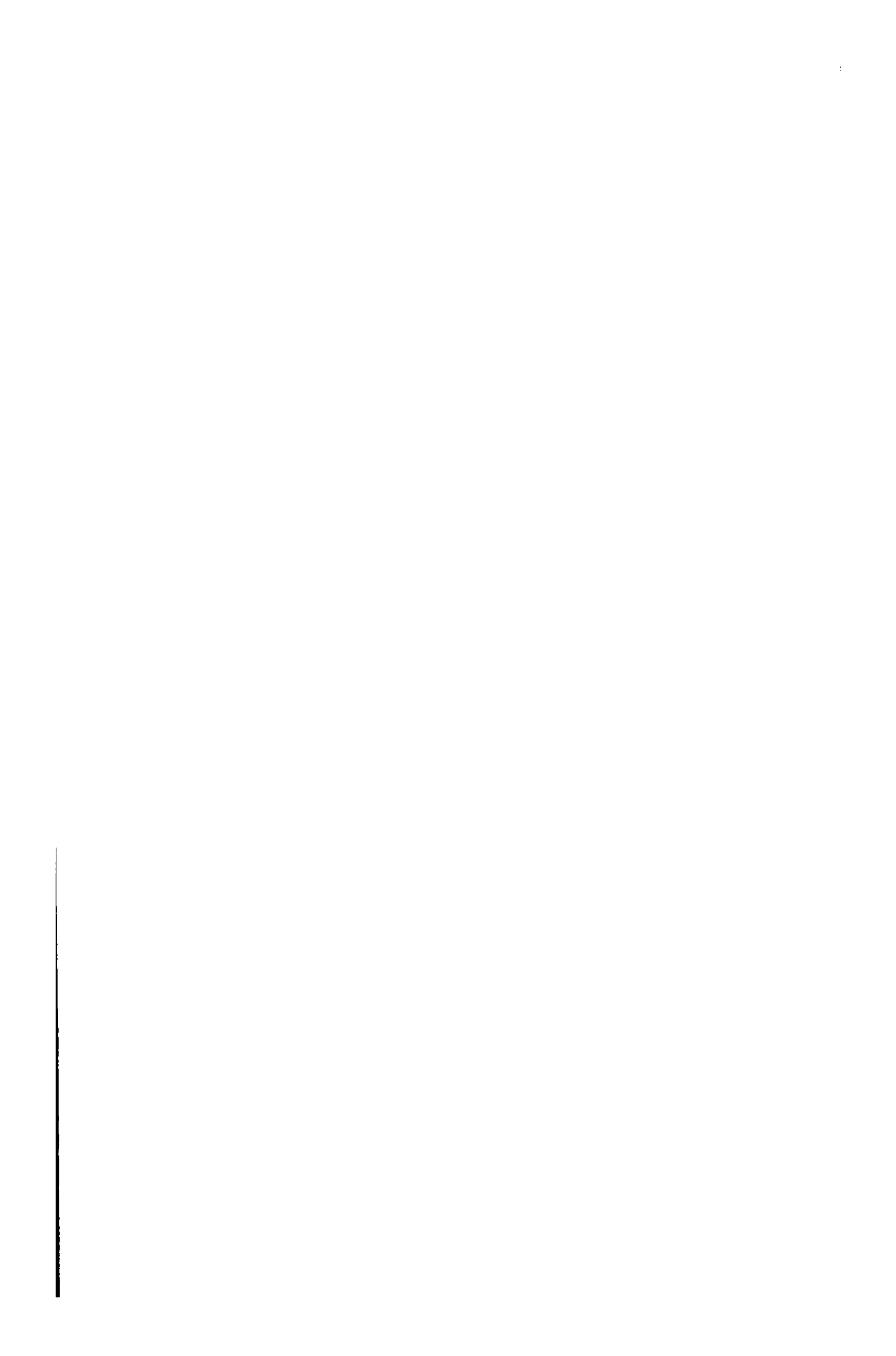
Por mandado del Consejo de la gruta: *El licenciado Cisa, secretario.*

FIN DE LA PRAGMÁTICA DEL TIEMPO.



ÍNDICE

5




PER ANGUSTA AD AUGUSTA